

QUETA BERMEO



**LA
VERDAD DEL
CUERVO**

SERIE CRISTINA PETERSON 1

Contenido

[Dedicatoria](#)

[En conflicto](#)

[Impaciencia](#)

[Molestia](#)

[Desasosiego](#)

[Presunción](#)

[Afán](#)

[Agitación](#)

[Curiosidad](#)

[Satisfacción](#)

[Ansiedad](#)

[Felicidad](#)

[Nostalgia](#)

[Inquietud](#)

[Miedo](#)

[Reluctancia](#)

[Sorpresa](#)

[Excitación](#)

[Desprecio](#)

[Enojo](#)

[Rabia](#)

[Culpa](#)

[Resentimiento](#)

[Escepticismo](#)

[Remordimiento](#)

[Irritación](#)

[Decepción](#)

[Adoración](#)

[Desdén](#)

[Tristeza](#)

[Determinación](#)

[Sobrecogimiento](#)

[Lástima](#)
[Asombro](#)
[Impaciencia](#)
[Envidia](#)
[Nerviosismo](#)
[Sospecha](#)
[Cautela](#)
[Soledad](#)
[Enfado](#)
[Anticipación](#)
[Frustración](#)
[Angustia](#)
[Terror](#)
[Alivio](#)
[Dolor](#)
[Gratitud](#)
[Negación](#)
[Indiferencia](#)
[Arrepentimiento](#)
[Cansancio](#)
[Desesperación](#)
[Incredulidad](#)
[Venganza](#)
[Depresión](#)
[Orgullo](#)
[Confusión](#)
[Furia](#)
[Vergüenza](#)
[Melancolía](#)
[Incertidumbre](#)
[Asco](#)
[Resignación](#)
[Fracaso](#)
[Elación](#)

[Optimismo](#)

[Duda](#)

[Paranoia](#)

[Compasión](#)

[De Roberta para Roberta](#)

[De Roberta para Dolores](#)

[De Roberta para Gisela](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Dedicado a las Mujeres. Va por nosotras.

EN CONFLICTO
Apertura y cierre de la boca
Aumento de la deglución o parpadeo
Sonrisa vacilante

Como todos los sábados por la mañana, en casa de Asunción se preparaban los dulces para el café de la tarde; ese sábado serían rollos de naranja. Pero pese a que, para ser una mañana de finales de febrero, no era tan heladora como lo habían sido sus vecinas, no estaba resultando de las más apacibles.

—Madre, ¡no te vas a quedar quince días sola en la casa y no hay más que hablar! —dijo una exasperada Marisa mientras removía con más ímpetu del necesario la mezcla de azúcar y canela.

—Oh, ¡y tanto que hay que hablar! —respondió su madre—. ¡Y haz el favor de ponerle más canela a ese azúcar, que luego los rollos están sosos!

Marisa, enfurruñada, añadió otra cucharada rasa de canela a la mezcla. No podía creer que su madre, tan sumisa habitualmente, fuera tan terca en este caso.

—Pero, madre, acabas de salir del hospital y mis hermanos no pueden quedarse en el pueblo. Te han ofrecido con gusto sus casas y no quieres ir, y tampoco quieres que venga alguien del pueblo a cuidarte. No estás siendo razonable.

—Razonable, razonable, una ya no tiene por qué ser razonable a mi edad. Que me han ofrecido con gusto, dice —repitió imitando la voz de su hija—. ¿Mis hijos? Anda que dicen de venir aquí a cuidar a su madre. ¿Y qué es lo otro? ¿Que venga una cotilla del pueblo a vigilar a la vieja? ¡Ni hablar! Yo no tengo la culpa de ser una carga para vosotros, y lo que no voy a hacer es irme de mi casa porque todos estéis muy ocupados.

Marisa hizo oídos sordos a los reproches de su madre y siguió dándole forma a los rollos que pronto irían a parar a la sartén. Inspiró profundamente y lo intentó de nuevo, esta vez más paciente.

—Madre, no podemos cancelar el viaje y lo sabes, y tú con tu brazo recién operado no puedes valerte. Hay que buscar una solución.

Esta vez Asunción no se dignó a responder, simplemente resopló negando con la cabeza. Marisa miró a su madre. Con los años había perdido cuerpo, cada vez se la veía más pequeñita y, aunque ella pensara que tenía la misma energía de siempre, Marisa había observado que le costaba más moverse, andaba más despacio y desde la operación estos signos se habían acrecentado.

Como los rollos ya estaban listos y el aceite caliente, echó unos pocos a la sartén. Mientras miraba absorta cómo cambiaban del color blanquecino inicial al dorado que daría por finalizada su cocción, se le ocurrió una idea.

—Madre, ya sé, podemos decirle a la prima Cris que se venga. —Miró a su madre interrogante, sabiendo que no podría negarse, y rezó porque su prima tuviera la disponibilidad y las ganas.

—¿La Cris? ¿La Inglesita? —preguntó Asunción con una amplia sonrisa—. Si ella pudiera...

La verdad es que hace mucho que no la veo. ¡Qué guapa ha sío siempre!, tan hermosa y buena moza —dijo, y a continuación le lanzó una mirada de desaprobación a su hija Marisa que, comparada con su sobrina Cris, parecía enferma y enclenque—. Pero ¿podrá? Creo que estaba metida en la policía, o algo así...

—Algo así, madre —asintió Marisa—. Mañana por la mañana la llamo y salimos de dudas.

IMPACIENCIA
Cejas levantadas
Ceño fruncido
Movimiento corporal inquieto

Apagué el último cigarro que me fumaría antes de subir al tren, en dirección al pueblo de mi tía Asun. Una punzada sorda en mi estómago me comunicó sin ningún tipo de indulgencia que había comido demasiado, como siempre. Seguramente el cigarro empeoraría la situación, pero me esperaba una hora y media de viaje en la que estaba prohibido fumar y no me podía fiar de las paradas durante el trayecto; ahora eran tan breves que, si te despistabas, te quedabas en tierra.

Una vez en mi asiento pude relajarme un poco. Llegar con bastante antelación era un asunto vital para mí, los viajes me estresaban. Toda la planificación horaria que repasaba en mi mente una y otra vez, y hasta el último minuto, se podía ir al traste con cualquier imprevisto —y yo me los imaginaba todos—. Además, odiaba conducir, por lo que no tenía más remedio que ir en tren.

Tras una nueva inspección a la ubicación de mi maleta, tomé la botella de agua de la mochila y bebí hasta saciarme. Le envié un mensaje de texto a mi prima, indicándole que me encontraba en el tren y la hora prevista de mi llegada. Marisa había insistido mucho en esta forma de proceder porque querían ir a recogerme a la estación y que yo no tuviera que esperarlos; todavía hacía bastante frío.

Cómo y por qué me encontraba en ese tren ese día seguía siendo un misterio para mí. Lo cierto es que cuando mi prima me llamó tres semanas atrás para preguntarme si podría cuidar de su madre —ellos tenían un viaje que no aceptaba cancelación—, algo se revolvió dentro de mí y acepté sin pensar.

Tampoco es que tuviera algo mejor que hacer, para qué engañarme: leer, preparar simposios, poco más. Esto mismo lo podía hacer en mi piso en Madrid o en China, llegado el caso.

Además, sabía que el cambio de aires me vendría bien, así no tendría que rumiar la propuesta de John. Solo con pensar en ella se me revolvió de nuevo el estómago. Tendría que tomar una decisión más pronto que tarde, pero la oferta me había pillado de improviso y no era capaz de dar una respuesta coherente, ni tan siquiera a mí misma, mucho menos decidir lo que le iba a responder. Por un lado, me gustaría mandarle a la mierda, pero por otro...

Suspiré y dejé que mi mirada vagara sin rumbo por el andén, donde la gente se apresuraba a buscar su vagón. Personas de toda clase y condición corrían como conejillos desubicados, y con el transcurrir de los minutos, más rápido se movían. Mientras, yo sonreía satisfecha en mi asiento. De pronto, un grito me hizo levantar la cabeza:

—Cris, ¿eres tú? ¡Hija de mi vida, cuánto tiempo sin verte! ¡Madre mía, estás igual!, ¡hasta con tus rizos pelirrojos! —dijo una señora, plantándome dos sonoros besos en las mejillas. Debí notar mi cara de estupefacción, porque continuó—: Soy la Paca, ¿no te acuerdas de mí, chiquilla? La vecina de la Asun, del pueblo.

Tras estas palabras, y la retahíla que vino después, recordé muy bien a la Paca, me había parecido siempre una metomentodo de tomo y lomo. Calculé que ahora tendría unos setenta

años, más o menos la edad de mi tía Asun. La encontré bastante desmejorada desde la última vez que la había visto, unos siete años atrás. El tiempo no pasaba en balde para nadie, tampoco para mí. Recordé las patas de gallo que enmarcaban mis ojos, pero que solo había llegado a entrever en el espejo: la única ventaja de la presbicia.

La señora iba cargada de bultos, así que me ofrecí a ayudarla.

—¿Qué haces aquí, hermosa? ¿Vas para el pueblo de tu madre?

—Voy al suyo, a San Juan, a quedarme unos días con mi tía.

—¡Ay, qué buena sobrina! Ya me he enterado de que ha *estao* pachucha. Yo es que no estaba, ¿sabes? Me he pasado todo el mes en casa de mi hija, *anca* la Luisa, ¿te acuerdas de mi Luisa? —preguntó, pero continuó sin esperar respuesta—: Me vengo todos los eneros porque aquí tienen calefacción y en mi casa todavía está la chimenea de carbón y, claro, el gasto es tremendo. Además, a mi edad me cuesta mucho llenar la chimenea y así mi hija se queda más tranquila. —Su yerno, sin embargo, no creía yo que lo estuviera tanto—. Pero la Juana, que me llama todas las semanas, ya me contó que la Asun se había caído y que se había hecho una buena avería la pobre.

—Sí, tuvieron que operarla —respondí concisa.

—Vas a verla y de paso ves a tu prima y al Pedro, claro, muy bien. —Y continuó tan discreta como la recordaba—: Hay que ver ese muchacho, con lo guapo que era y ahora tan calvo y tan seco.

La afición número uno en San Juan era el chismorreó y la Paca, su reina. Así que intenté dar por finalizada la conversación y se me ocurrieron varias opciones:

Tomé un libro de la mochila y comencé a leer, pero no dio resultado, la Paca siguió hablando como si nada.

Cogí el móvil y simulé tener un mensaje importante del que ocuparme, pero tampoco se dio por aludida, ella continuó a lo suyo. Al parecer, mucho más interesante que mi supuesto mensaje era que estuviera informada de las últimas defunciones que habían acontecido en el pueblo.

Por último, en un alarde de originalidad, me hice la dormida, apoyé la cabeza en la ventanilla y cerré los ojos. En esta situación debería haberse dado por vencida, nadie sigue hablando si hay alguien durmiendo. Craso error. Ella entendió que no eran horas de siesta y comentó que, si no, por la noche no iba a pegar ojo. Así que continuó dale que dale, sin mostrar el más mínimo escrúpulo.

Desesperada y cansada de su charla fastidiosa, le comuniqué que me marchaba al vagón restaurante a por un café.

¡Ja! Por lo visto ese tren, al ser regional, no disponía de vagón restaurante, con lo que, además, cuando pasó el asistente con el carro de bebidas y por insistencia de la Paca en invitarme, tuve que tomarme un insípido café aguado que le sentó como una patada a mi pobre estómago dolorido.

MOLESTIA
Expresión lenta
Ojos entrecerrados
Labios apretados

Pedro se asomó a la salita en la que se encontraba su suegra rodeada de todas las viejas cluecas. Hizo un amago de entrar a saludar, pero se lo pensó y decidió que mejor después, cuando tuviera que marcharse y no le quedara más remedio. «O puede que esta vez ni me digne a saludar», se dijo con determinación en un arrebató de coraje.

Tras confirmar en el espejo de la entrada que estaba adecuadamente vestido para ir a recoger a la prima Cris a la estación, se dirigió al despacho para leer un rato.

Estaba harto de que cada sábado vinieran a su casa y se creyeran con derecho de hacer bromas siempre a su costa. Todos y cada uno de los sábados. Pepa era la peor de todas.

Desde allí podía oír la conversación de las señoras, así que cerró la puerta para no escuchar sus risas estridentes y se sentó a leer. En lo que le parecieron treinta segundos, la cabeza de su mujer se asomó por la puerta.

—Cariño, es tarde. ¿Cómo vas?

A modo de respuesta, se levantó del sillón de un pequeño brinco y marchó en dirección a la calle. Fue despacio, casi de puntillas. Tal vez, si no hacía ruido, las viejas brujas no se percataran de su salida.

Uno de sus pasos hizo que el parqué crujiera.

—Mierda —susurró en voz tan baja que no estaba seguro de si el impropio había sido objeto de su imaginación.

Permaneció inmóvil unos segundos con los latidos de su corazón pulsando a toda velocidad, pero nada ocurrió; siguieron escuchándose las risas de fondo. Al parecer se había librado. Continuó con paso lento hasta su meta, situada a un metro escaso, pero cuando estaba a punto de alcanzar la puerta de la calle, su mujer apareció con la bandeja de la merienda y la petición silenciosa de que le abriera la puerta de la salita, dando al traste con su discreta partida.

Allí estaban las cinco, rodeando la mesa camilla con el brasero encendido; listas para todo, desde hacer punto, a sacarle punta a la mitad del pueblo. Marisa depositó sobre la mesa la ansiada merienda, con infusiones y rollos de naranja, que no comenzaría hasta que él se hubiera marchado y que Pepa hubiera hecho la bromita de rigor.

Presidía el círculo Asunción, su suegra. Se la veía un tanto incómoda ya que, aunque intentaba no quejarse, el brazo operado aún le molestaba un poco. Era una buena mujer, pese a estar rodeada de esas arpías.

A su derecha se encontraban Dolores y Angustias, las gemelas del pueblo, hoy octogenarias. De jóvenes se decía que había sido imposible distinguirlas, pero ahora se las diferenciaba fácilmente; Angustias padecía una especie de demencia senil y su deterioro físico había sido vertiginoso.

Al lado de Angustias, se situaba Pepa, la más peligrosa de todas. Tenía una lengua tan

afilada que Pedro no sabía cómo podía hablar sin cortarse el paladar en el proceso.

Por último, se hallaba Gisela, la única que se salvaba. Tal vez porque era alemana y no hablaba ni papa de castellano.

Pedro se despidió con prisas debido a la urgencia por recoger a la prima Cris, y estaba ya pensando que esta vez se había salvado de las pullas de Pepa cuando, a punto de cerrar la puerta y dar por terminada su pesadilla semanal, oyó a sus espaldas la temida voz avinagrada:

—Pero, Pedro, no te vayas sin probar las pastas, que por lo que veo te hacen cada día más falta.

DESASOSIEGO
Parpadeo rápido
Pasar la mano por el pelo
Cruzar y descruzar las piernas

—Hay que ver, Pepa, que siempre tengas que meterte con mi pobre yerno.

—¿Yo? Pero ¿qué he dicho? —respondió la susodicha mostrando la cara más inocente de su repertorio—. Lo único que digo es que le faltan unos cuantos kilos para llenar la camisa, nada más, y salta a la vista —recalcó mientras introducía en su boca uno de los rollos de naranja.

—¡Pero qué ricos están! —dijo Dolores. Las otras asintieron con la boca llena.

—Entonces, ¿qué decías, Asun? ¿Viene la Inglesita a quedarse contigo? —preguntó Pepa con una sonrisa malintencionada.

Con “inglesita” Pepa se refería a su sobrina Cris. La llamaban Inglesita porque Petra, la hermana de Asunción se casó con un inglés. Y aunque Asunción también llamaba Inglesita a Cris, le molestó el tono con el que Pepa se refirió a su sobrina. Parecía mentira que, con lo que Pepa había pasado, le tuviera esa inquina a su difunta hermana Petra.

—Sí, y hemos tenido mucha suerte —respondió Asunción con una voz cortante impropia en ella—. Ten en cuenta que es una mujer muy ocupada mi Cris. Lleva diez años viajando por el mundo con sus estudios. Además, ahora creo que está dentro de la policía o algo así.

—¿Qué estudios? —inquirió de nuevo Pepa abriendo mucho sus ojos—. ¿Es policía? ¿Qué me dices!

Asunción abrió la boca para responder, pero se interrumpió de golpe al advertir que, de pronto, el rostro de Angustias se deformaba en una mueca grotesca y empezaba a asentir mecánicamente y a balancear su cuerpo sin ningún control.

—¡Policía, policía! ¡Nos meterán en la cárcel! —gritó con la voz inundada por el pánico.

—Que no, cariño —la tranquilizó su hermana—. Nadie se va a enterar de nuestro secreto, amor. —Con mimo le fue acariciando el cabello suavemente hasta conseguir calmarla.

Tras unos minutos con la sala en silencio por la incomprensión y la tristeza, por fin la expresión del rostro de Angustias se relajó, aunque su mirada permaneció distante; su mente no se encontraba en esa habitación.

—¿Otra vez está con eso de los cuartos que escondió hace cuarenta años? —preguntó Asunción.

—Sí, hija, en cuanto oye hablar de la policía me viene siempre con el mismo cuento. Pobrecita mía. No sé qué será de nosotras si a mí me ocurre lo mismo que a ella. —Suspiró profundamente mientras sus ojos se volvían brillantes de pronto.

Una atmósfera lúgubre comprimió el aire de la sala. Asunción, viendo el cariz que estaba tomando la cosa, le dijo a Pepa:

—Niña, acércate al taquillón y saca la botella de mistela y unos vasillos, anda, que los rollos de naranja no pasan bien con la infusión.

Pepa no tuvo más remedio que reírse, se levantó y repartió los vasos con la mistela.

—Oye, ¿qué le pasa al Carlos, que cada vez está más *avinagrao*? —dijo cambiando de tercio—. Esta mañana me pasé por la granja a por una docena de huevos y casi me los pone de sombrero.

—A saber qué le habrás dicho —contestó Dolores con sorna.

—¿Yo? —respondió Pepa con una expresión que iba entre la sorpresa y la indignación—. Pues que me pusiera una docena de huevos, ¿qué le voy a decir?

Por la mirada que le ofreció Dolores, era evidente que no creía que eso hubiera sido lo único que le había dicho al pobre Carlos.

—Tendrá mal de amores —respondió Asunción riendo.

—Tú sabes algo —aseguró Dolores.

—Yo qué voy a saber, lo que se dice en el pueblo.

—¿No lo dirás por la Rosa? —preguntó Pepa—. La pobre lleva loquita por sus huesos desde que tenía quince años, pero él sigue sin hacerle ni caso.

—Las cosas cambian —comentó Asunción con una enigmática sonrisa.

—No creo —sentenció Dolores—. Además, él siempre ha sido muy raro. Tan serio, tan *callao*. La verdad, la Rosa se merece algo mejor.

Asunción estuvo de acuerdo en ese punto y asintió.

—Con lo gracioso que era de niño, ¿os acordáis? —dijo Dolores—. Tan graciosos los dos vestidos de monaguillos, Juanito y Carlitos. Pobre Juanito. —Se santiguó.

—Que Dios lo tenga en su Gloria —continuó su hermana en una letanía automática no discurrida.

—Pues yo creo que algo hay entre esos dos —dijo Asunción retomando el tema inicial—. El Carlos busca algo que tiene delante, y se ha empezado a dar cuenta.

—Qué romántica has *sío* siempre —respondió Pepa burlona.

—No siempre el amor todo lo puede —continuó Dolores en la misma línea.

—Bueno, ya se verá —concluyó Asunción que dejó que su mirada atara sus pensamientos.

PRESUNCIÓN
Frente alta
Brazos cruzados
Contacto visual directo

Antes de que Pedro pudiera sacar las llaves del bolsillo, la puerta de la casa se abrió y aparecieron mi tía y mi prima con una amplia sonrisa en sus rostros. ¡Qué alegría me dio verlas! A Marisa la vi más o menos igual que siempre, quizás un poquito más delgada, pero mi tía había mermado en tamaño; desde la operación la tía había dado un bajón, y su largo periodo de reposo la había adelgazado mucho.

—Ven, hijita, ven. Que te voy a enseñar todo. No vas a reconocer la casa, vas a ver.

Como una niña con zapatos nuevos, no cedió hasta ofrecerme un *tour* completo. Me sorprendí, la casa había experimentado una verdadera metamorfosis. Además de la leñera convertida en despacho, se habían alisado las paredes, la cocina era nueva, con todo tipo de electrodomésticos, y los baños se habían reformado. La salita seguía siendo muy acogedora, se había sustituido la antigua salamandra de carbón por calefacción central, aunque la mesa con el brasero en el centro —un clásico en todas las casas manchegas decentes—, se mantenía indemne. La tía no habría permitido su supresión.

Tras la visita, y habiendo dejado la maleta en la preciosa habitación que me habían asignado, bajé a la cocina, donde me esperaban todos. Marisa había abierto una botella de vino tinto y cortado un pedazo de queso en grandes trozos. El queso, de oveja, como debía ser. También había dispuesto un plato con chorizo y panceta salada, y en otro, una generosa rebanada de pan de hogaza.

Con un buen trozo de chorizo en la boca, me olvidé de todas mis promesas previas. Véase: no traer ni un kilo de más, no comer hasta que no tuviera hambre, beber alcohol lo justo.

Las estaba incumpliendo todas y no llevaba ni una hora en el pueblo. Mientras, a dos carrillos, asentía al pormenorizado relato sobre cómo había sido la caída de mi tía por la que tuvieron que operarla. Marisa la interrumpió cuando los detalles se tornaron incompatibles con la comida en la mesa:

—Primilla, cuéntanos a qué te dedicas ahora.

Yo, que siempre pecaba un poquito de soberbia, saqué pecho, lista para comenzar mi soliloquio:

—Pues, prima, cuando terminé las carreras de Medicina y Psicología e hice el mir en psiquiatría en Madrid, me dediqué a recorrer Europa y Estados Unidos. Fue en Estados Unidos donde me especialicé en psicolingüística y comunicación no verbal.

Me encantaba hablar de mis logros. Al fin y al cabo, mi infancia no había sido fácil y lo había conseguido todo a base de mucho esfuerzo. Sin embargo, por los rostros de mis oyentes, mi explicación no había sido todo lo clarificadora que hubiera deseado, así que intenté explicarme mejor:

—Son disciplinas que estudian la información que la persona transmite, en el caso de la

psicolingüística, al elegir unas palabras y no otras o la entonación con las que las usa. Y en el caso de la comunicación no verbal, la que se transmite con la expresión corporal y facial.

No creía que aquello aclarase mucho más, pero mi tía me sorprendió como siempre; parecía haberlo entendido, o eso hizo ver.

—¡Madre mía!, ¡qué lista ha *sío* mi sobrinilla siempre! —comentó la tía Asun riéndose—. ¿Y eso qué tiene que ver con la policía?

—Pues todo y nada. En España existe una unidad de la Policía Nacional, el SAC, relativa al análisis de conductas, y Sara... ¿Recordáis a mi amiga Sara?, ¿de la universidad? Ella, como policía nacional, tiene contactos en el SAC. Hace un par de años me pidió ayuda con un caso y desde entonces colaboro con ellos. Casos complejos en los que mi disciplina les resulta de ayuda.

No comenté que había decidido no trabajar en ningún caso de homicidio más, por el momento, y que quería centrarme en mi faceta docente que me producía menos desasosiegos.

Tras acabar mi monólogo, y al ver las expresiones a mi alrededor, por fin caí en la cuenta de que en realidad mi prima había preguntado por educación, sin un verdadero interés, y que yo había dado demasiados detalles para una pregunta del todo general.

Bueno, pues lo siento, que no hubiera preguntado.

Era muy curioso que me ocurriera esto con tanta frecuencia. Mi trabajo consistía en analizar todo tipo de conversaciones y rostros para sacar a la luz lo que ocultaban. Era una gran profesional, de hecho, me consideraba la mejor con diferencia. Sin embargo, en mi vida personal era un auténtico desastre. Hablaba de más y decía lo primero que me pasaba por la mente sin contemplaciones.

En fin, procuré arreglarlo cambiando de tema:

—Bueno, ya sabéis todo de mí —dije intentando mostrar una humildad que no sentía—, ahora contadme cosas vuestras y de la gente del pueblo. De camino a casa, hemos hecho una parada en la farmacia y hemos visto a Roberta, está muy guapa.

—Sí que es verdad —respondió la tía con una sonrisa maliciosa—, según la Paca, es desde que tiene ayudantes.

—¡Madre! De verdad... La Paca es muy cotilla, no le sigas en sus historias —la reprendió su hija, y continuó mirándome a mí—: Sí, está muy guapa. Dicen que se ha puesto bótox.

Este comentario provocó el levantamiento de cejas de su marido, Pedro.

—Bendita coherencia.

—Si yo solo digo —se defendió mi tía— que, desde la muerte del Juan, hace ya más de veinte años, Roberta no había levantado cabeza. Solo estaba en el trabajo: trabajar, trabajar y nada más. Pasó un luto muy duro la pobre. Pero ahora es otra cosa. Además, dicen que le hace ojitos a uno de sus ayudantes —terminó con una sonrisa pícara.

—¡Pero madre! —la riñó su hija—. ¡Ya estamos otra vez con lo mismo! ¡Dejad a la gente que haga su vida! ¡Qué manía la de este pueblo, de verdad!

—La pena —continuó su madre ignorando por completo el último comentario de Marisa— es que ya no tiene edad para tener hijos. Le llega tarde.

De los entrantes pasamos a la cena. Mi primo Pedro acomodó a mi tía en la salita y, mientras él ponía la mesa, Marisa y yo nos dedicamos a preparar la cena.

Siempre me ha encantado cocinar. Mis pocos recuerdos felices de la niñez se entremezclaban en la cocina; como si el hecho de lavar la verdura, cortarla o sofreírla y esperar a que su aroma inundara la casa tuviera un efecto cálido que coloreaba mis ensombrecidos recuerdos, haciéndolos más llevaderos.

Me venían a la cabeza multitud de ellos: mi madre, los domingos cocinando sopa de ajo y yo revoloteando a su alrededor, o las tres, con mi tía, haciendo tortas en sartén para San Antón o torrijas en Semana Santa.

En mis estancias en los diversos países por los que había transitado, aprovechaba siempre la ocasión para inscribirme en algún curso de cocina, y así, por un lado, ampliar mi repertorio de platos y, por otro, socializar; cosa que, de otra manera, en algunos lugares hubiera resultado bastante complicado.

De hecho, así conocí a Danny.

Sí, siempre había amado la cocina, y claro, también comer.

Me puse de perfil y contemplé mi reflejo deformado en el cristal del microondas. Había engordado bastante en ese último año. Si bien nunca me había importado demasiado mi físico, la verdad, digamos que había sido plenamente consciente desde niña de que no sería una belleza; lo había asumido y punto. Mi casi metro ochenta de estatura en una generación de mujeres de metro sesenta, una densidad ósea que podría compararse al granito, que nunca hubiera sido demasiado femenina en mis formas y el hecho de no ser la guapa en ningún grupo habían sido argumentos irrefutables de mi condición. Tampoco es que lo considerase un drama.

Comer era un placer del que no pensaba prescindir, y si por ello tenía que añadir alguna talla más a mi exiguo vestuario —no es que fuera una fanática de la moda—, no me importaba demasiado.

Acabada la cena, los primos se retiraron. Al día siguiente tendrían que levantarse de madrugada para coger el tren que los llevaría a Madrid y de ahí al aeropuerto, pero ni la tía ni yo teníamos sueño, así que después de cenar, decidimos hacer un poco de sobremesa delante de sendas infusiones.

Mientras estas se enfriaban, recorrí la sala con la mirada. Pese a los cambios en la casa, la decoración continuaba siendo la misma. La estantería de cerezo, heredada de mi abuela, exponía las mismas fotografías en blanco y negro de toda la familia en diversas edades y épocas; la librería permanecía saturada, hasta casi su desbordamiento, de colecciones inacabadas de los clásicos de la literatura española, y perduraba también el tocadiscos averiado desde los años ochenta, sin reparación posible, pero del que nadie se pensaba desprender. La única novedad la constituía un cuadro de unas señoras cocinando. El cuadro había reemplazado la fotografía de la boda de mis padres.

Fijándome bien, en la pintura me parecía estar viendo a mi tía.

—Tía, ¿eres tú una de las modelos de ese cuadro? —pregunté bastante sorprendida.

—Bueno, hijita, modelo, lo que se dice modelo, no diría yo —dijo con sonrisa pilluela—.

Pero sí, aparezco en el cuadro de la Asociación de Cocina Tradicional. Fíjate y verás a más conocidas. Mira ahí, está también la Paca. —Señaló con su dedo a una señora de perfil, que bien podría ser la Paca o cualquier mujer de luto del pueblo.

»Este cuadro lo pintó mi amiga Pepa, mañana la conocerás —continuó mi tía—. Hace unos tres años, por eso de entretenerme, me apunté a la asociación, y no veas cómo lo pasamos. Allí conocí a Gisela, y hemos hecho un grupo majo. A la Pepa, Dolores y Angustias, ya las conocía, pero no teníamos la relación que tenemos ahora.

—Pues es un cuadro muy bonito. —Y lo decía en serio.

El cuadro mostraba una escena de cocina en chimenea de leña, con mujeres agachadas alrededor del fuego, añadiendo ingredientes al puchero hirviente. El autor había sabido captar el calor de la lumbre, que irradiaba su tenue luz sobre los rostros de las mujeres de forma bastante satisfactoria. Era una pintura muy conseguida.

—Sí, la Pepa es una gran artista. La pintura le ha venido bien, porque ha tenido una vida muy dura la pobre. —No sé si es que vio algún interés en mi rostro, que ya adelante yo que no había ninguno, o que simplemente quería alargar la charla, el caso es que continuó—: Se quedó sola con sus cinco hijos cuando murió su marido de una pulmonía siendo ella bien joven. —A saber de qué habría muerto realmente el marido de Pepa. Antigüamente se le decía pulmonía desde a una tuberculosis hasta a una neumonía; unas fiebres a cualquier infección que terminara en sepsis, y una indigestión podía ser un ataque cardíaco o una salmonelosis—. Tuvo que criar ella sola a sus cinco hijos —continuó—, menos mal que los mayores ya tenían edad para ponerse a trabajar; el mediano, Alberto, se metió a militar para ser una boca menos, a Canarias creo que lo mandaron.

Se quedó pensativa unos momentos, y terminó diciendo:

—Le pasaron otras desgracias que no toca ahora comentar —concluyó enigmática y triste—. Solo diré que la pintura y la Iglesia han sido su tabla de salvación.

Tras esa frase, dio por finalizada la velada, como si el humor festivo que la había acompañado hasta ese momento hubiese sido arrastrado por funestos pensamientos no expresados. Dijo que era muy tarde y que mejor se iba a la cama a dormir ya. Yo la imité, qué remedio, aunque tenía los ojos como platos, y la conversación pendiente con John se aseguraría de que mi cerebro me mantuviera en vela toda la noche.

AFÁN
Ojos brillantes
Fuerte contacto visual
Inclinarse hacia delante

Cuando me desperté al día siguiente, eran las siete de la mañana. Había dormido mejor de lo que esperaba. Pese a los pensamientos recurrentes que no habían dejado de aparecer en mi cerebro —conversaciones inventadas que no llegarían a producirse, pero que resultaban tan dramáticas y vívidas que habían alterado mi natural templanza—, el agotamiento por el viaje había hecho el resto.

Al despertar, la calefacción, encendida toda la noche, se había encargado de mantener una calidez tan reconfortante que me imposibilitaba salir de la cama. Desde mi posición, podía entrever el frío helador del exterior; los cristales de las ventanas mostraban borrosos la humedad de un paisaje poco acogedor pero bello, y la escarcha blanqueaba cualquier lugar en el que se posara mi mirada. Sin embargo, el cielo se exhibía más oscuro de lo que la hora del día hacía prever.

Armándome de valor, conseguí atravesar las sábanas ondinadas y, tras una ducha rápida, bajé las escaleras que llevaban al piso inferior. No había ni rastro de mis primos ni de mi tía. Las maletas no se encontraban en la entrada.

La tía debía de estar dormida todavía. Recordé que mi prima la noche anterior, además de detallarme su rutina de cuidados y medicamentos, también me había comentado que la tía Asun solía despertarse tarde.

Dejé preparado su desayuno para que lo tuviera listo al levantarse y, a continuación, comencé a preparar el mío: una taza de café con leche y una buena rebanada de pan de hogaza con mantequilla y azúcar. El sibilante sonido de la cafetera italiana y la mezcla de aromas a pan tostado y café recién hecho evocaron, sin mi consentimiento, las plácidas mañanas de domingo al lado de Danny.

Aparté esas imágenes de mi mente, con la terquedad que da la costumbre, y desayuné reflexionando sobre el contenido de mi próxima conferencia en Washington. A continuación, con una taza extra de café con leche en mi mano, me dirigí al despacho de mi primo, que sería de mi aprovechamiento las tres próximas semanas.

Un poco antes de las diez, mi tía Asun abrió la puerta del despacho con una sonrisa ilusionada:

—Voy a desayunar, y si no estás ocupada, vente y mientras tanto te cuento los planes para hoy.

El primer plan que tenía mi tía Asun para ese día, era que la ayudara a vestirse y la acompañara a misa. La seguí a la cocina, pese a todo lo que me quedaba por hacer. Me comentó que esa tarde vendrían sus amigas a merendar porque querían conocerme como se debe, y me preguntó si podría preparar algo, o bien ir a comprar algunos pasteles al Clavel. Obviamente, me decidí por hacer un bizcocho de naranja yo misma. Mi tía aprovechó para organizar las estampas

de los santos mientras yo trajinaba.

—Ayer no te quise preguntar delante del Pedro y de tu prima —dijo como quien no quiere la cosa, al tiempo que me miraba de reojo y se aclaraba la garganta—, ¿de amores cómo vas, hijita? ¡Dios! La conversación ya estaba sobre la mesa.

—Nada a la vista —respondí, aunque no pude evitar que Danny se colara en mi mente una vez más—. ¿Sobre qué hora vendrán tus amigas, tía?

Pero, claro, mi tía no iba a permitir un cambio de tercio tan rápido.

—Sobre las cinco y media, más o menos, pero las veremos luego en misa, así te las presento. —Volviendo al tema, continuó—: ¿Y no hay nadie que te interese ni un poquito?

—No, tía, no. —Esta vez fui tajante. Esperaba que pillara la indirecta.

—Bien, si no quieres hablar del tema, no se hable más —refunfuñó.

Pero le duró poco el enfado, pasó en seguida al siguiente tema peliagudo:

—¿Y de John? ¿Sabes algo de John?

—No, nada —mentí. Si pensar en Danny era doloroso, hablar de mi padre ausente, alcoholico y megalómano aún lo era más.

—¡Qué pena, hija! —dijo—. De verdad, qué pena.

Y calló. Casi pude ver cómo sus pensamientos la transportaban años atrás, al lugar en el que cualquier psicólogo en la primera sesión habría establecido como el origen de todos mis problemas emocionales: mi niñez.

Permaneció en silencio los largos minutos en los que el bizcocho aprovechó para señorear y sobresalir del recipiente que apenas lo contenía, mientras su aroma se colaba por las rendijas de la cocina e inundaba la casa.

AGITACIÓN
Faz enrojecida
Mirada inquieta
Movimiento en las manos

La iglesia de San Francisco lucía tan imponente y majestuosa como la recordaba. Sus paredes de grandes bloques de piedra de sillería permanecían indemnes al paso del tiempo, desde el siglo XVI. Llegamos ateridas. El frío nos había calado en los huesos en los cinco minutos escasos de trayecto. El paisaje gris, que desde la ventana de la casa de mi tía me había parecido casi romántico, se había convertido en una pesadilla de viento gélido, que, impetuoso como caballo desbocado, desprendía el calor que permanecía asido apenas a nuestras carnes. Sufrí por mi tía, que de carnes estaba escasa.

Cuando estábamos a punto de llegar a la puerta, vi a alguien a cierta distancia que no pude reconocer. Me llamó la atención su actitud de alerta; todo su cuerpo estaba en tensión. No pude decir por qué, pero me produjo un intenso escalofrío.

Entrar en la iglesia fue nuestra salvación inmediata para salvaguardarnos del frío exterior, y a mí, además, me permitió deshacerme de la desagradable sensación que acababa de sentir.

Aunque no me consideraba una persona muy religiosa, encontraba paz en la quietud de las iglesias. Me ocurría también en cierto tipo de bibliotecas antiguas: su silencio, su austero interior en penumbra, alumbrado por la luz titilante de los cirios encendidos, y la mezcla de olores de cera de velas, flores e incienso me provocaban una sensación de calma que el párroco intensificaría con su voz monótona durante la misa.

Me sorprendió ver la iglesia semivacía. En los pocos bancos ocupados no observé a nadie menor de sesenta años.

El párroco ofreció un servicio religioso clásico, con mucho latinajo, lo que en mi opinión lo distanciaba de sus fieles y le confería una apariencia demasiado rígida. Rigidez que, por otra parte, fue rota por sus monaguillos. Estos metieron la pata en tantas ocasiones durante el transcurso de la eucaristía que lograron que, pese al gesto rancio del padre Damián, algunos feligreses estallaran en risas, solo acalladas por las toses indignadas de sus esposas.

Cuando la misa terminó, mi tía y yo nos acercamos a saludar al cura, que estaba regañando a los monaguillos.

Los niños reaccionaron de forma muy diferente ante la reprimenda suministrada: uno de ellos, el moreno de pelo rizado, mientras el cura le estaba soltando el sermón, contemplaba el cielo como si lo que le estaban diciendo no fuera con él; sin embargo, el otro, el rubito, estaba completamente avergonzado y miraba al suelo en señal de sumisión.

—Buenos días, padre Damián —saludó mi tía.

El padre Damián había sido el párroco del pueblo toda la vida. Muchos de mis recuerdos llevaban entremezclados otros con el padre Damián. Juan y Carlos, mis amigos de la pandilla, habían sido sus monaguillos, y muchas meriendas de mi infancia se habían producido en la casa parroquial. Era un hombre atento y, por lo que recordaba, cariñoso con los niños.

El cura, pese a los años pasados, no había cambiado mucho; era un hombre alto, algo desgarbado, una de esas personas que parecen más jóvenes de lo que son, porque debía de estar ya cerca de los sesenta, edad que no aparentaba. Disponía aún de todo el cabello y no se le apreciaban apenas canas, tan solo unas hebras plateadas en sus sienes.

Se giró al oír su nombre y su rostro enfadado se transformó en una amplia sonrisa. Un cambio demasiado rápido para mi gusto, quizás.

—Buenos días, hija. ¡Pero qué bien acompañada viene, Asunción! Es la hija de Petra, Cristina, ¿verdad? ¡Cuánto tiempo, hija mía!

Sonreí. Nadie me llamaba Cristina, había sido Cris desde niña. Respondí que había venido a pasar unos días, mientras mis primos estuvieran fuera de viaje.

Asintió complacido.

—A mediodía vendrá a visitarnos el padre Gregorio, y había pensado en que fuéramos a hacerle una visita por la tarde —dijo dirigiéndose a mi tía—. Sé que lo tiene en gran estima.

—Por supuesto, padre, estaré encantada de recibirles. Las chicas vendrán también, les hará mucha ilusión.

Las chicas, la más joven debía de tener sesenta años.

Tres señoras vestidas de negro nos esperaban un poco más adelante, saludándonos con la mano. Eran las amigas de mi tía. Pepa, la más alta, y Dolores y Angustias, según me enteré después, las otras dos.

—Pues ya conocéis a mi sobrina preferida —comentó mi tía con una sonrisa de oreja a oreja, consciente como todas, de que yo era su única sobrina—. Y, Cris —dijo dirigiéndose a mí—, tú ya conoces a mis amigas más queridas, solo falta Gisela, a ella la conocerás esta tarde.

Acto seguido se pusieron a hablar todas prácticamente a la vez. Mi tía les contó la propuesta del padre Damián para la tarde, mientras yo me dispuse, sin proponérmelo o quizás por entretenerme, a elaborar el perfil psicológico de las amigas de mi tía.

Pepa: ácida, competitiva. Mujer fuerte donde las hubiere; la vida la había moldeado para ser una superviviente. Me pareció en cierto modo vengativa, mejor no ponerse en su camino porque no lo perdonaría. No me gustó demasiado.

Dolores y Angustias: mi tía me había adelantado que eran gemelas, y si bien su estructura craneal y facial era casi idéntica, nadie lo hubiese dicho.

Angustias presentaba una complexión escuálida casi hasta el extremo de ser insalubre, confiriéndole un aspecto cadavérico, mientras que el cuerpo de su hermana rebosaba salud, con unas mejillas rechonchas y coloreadas.

Pero había algo más... Algo en los ojos de Angustias que, como su nombre, expresaba dolor. Su mirada huidiza, con las cuencas de los ojos muy marcadas, me llevó a pensar que debía de sufrir algún tipo de demencia.

Dolores, sin embargo, resplandecía inocente, bondadosa. No veía la verdad de la vida, aunque se la pusieran delante de la nariz. Se engañaría así misma en todas las circunstancias, hasta que no le quedara otra que aceptar la verdad, pero sería solo al final.

Salí de mi ensimismamiento en el momento de la despedida, y mientras me apartaba para dejar paso a mi tía, miré de reojo por encima del hombro. Me había parecido ver a alguien. Sí, allí estaba, al final de la calle. Llevaba en el mismo lugar desde que habíamos entrado a misa. Tampoco en ese instante pude reconocer su figura, que se encontraba a contraluz.

Había algo en su pose que hizo que me pusiera en guardia. Sin embargo, a los monaguillos no les pareció una amenaza, porque tan pronto lo avistaron, salieron corriendo en su dirección. En ese momento, la tía me tomó del brazo y cuando volví a mirar, habían desaparecido los tres.

CURIOSIDAD
Cejas levantadas
Mirar fijamente
Sonrisa lenta

El camino de vuelta a casa fue más placentero, el sol había decidido por fin hacer acto de presencia y pareció a asustar al viento, que se desvaneció como por arte de magia en cuanto el astro rey hizo su aparición. Más animada que en el camino de ida, decidí hacer feliz a mi tía, dándole conversación sobre un tema que resultara de su agrado: le pedí que me hablara de sus amigas.

Como siempre que me propongo algo, logré mi objetivo fácilmente. A mi tía le brillaron los ojos e inmediatamente comenzó a parlotear.

—¡Ay, mis pobres niñas! —se lamentó tras un largo suspiro—. ¡Vaya vida han tenido todas! A ver, ¿por dónde empiezo? Dolores se quedó viuda muy joven; el marido murió de algo estomacal. Su hermana, Angustias, nunca llegó a casarse. Le afectó mucho la muerte de su cuñado y ver a su hermana con tanto dolor. *Pa* mí que se quedó un poco tocada la pobre.

Hombre, tocada no sé si se quedaría, pero que esa mujer había sufrido más de lo debido saltaba a la vista. Al menos para mí.

—Y Gisela —continuó mi tía con un tono de voz que rayaba en la indignación—, después de traerla el marido a España, un país extraño para ella, dejar a sus amigos y familia porque él quería cambiar de aires, va el señor —agregó haciendo aspavientos con sus manos— y la deja *plantá*. Se vuelve a su país y *pa* mí que con otra señora.

Entendí el enojo de mi tía. Aunque a veces esas cosas pasaban.

—Una pena, claro. Gisela ahora entiende algo de castellano, pero en esa época, hace unos cinco años, no se enteraba de *na*. El padre Damián la ayudó mucho, casi nos obligó a acoger a Gisela, estaba completamente aislada la pobre. Y a la Pepa... —Iba a decir algo más, pero se contuvo. Empezaba a picarme la curiosidad, ¿qué sería aquello tan terrible que le había ocurrido a su amiga Pepa que no quería comentar? En cualquier caso, me abstuve de preguntar—. La Pepa se pasa la vida en la iglesia. Va todos los días. La limpia, cambia las flores, pone las velas nuevas. Si no está con nosotras, o con las brochas, está allí siempre. La iglesia ha sido su refugio desde que le pasó todo aquello.

¿Aquello? Para no querer hablar del tema, no hacía más que nombrarlo.

—Pero, bueno, son desgracias de la vida —sentenció.

SATISFACCIÓN
Mentón elevado
Postura ensanchada
Sonrisa confiada

Al llegar a casa, y después de dejar a mi tía bien acomodada, decidí dar un paseo por el pueblo. Notaba que la ropa cada vez me venía más prieta; un paseo me vendría bien, y de paso aprovecharía para comprar el pan. La comida estaba lista, cuando fuera la hora de comer, solo habría que calentarla.

Mi espíritu deportivo disminuyó drásticamente en el momento en que atisé la cuesta por la que debía transitar para acceder a la panadería. Respiré profundamente para darme ánimos. El tabaco y los kilos de más se manifestaron sin piedad durante el ascenso; subí a paso lento, y mientras un grupo de ancianas me sobrepasaba charlando animadamente, yo llegué a la cumbre sin aliento. Las miré con fastidio pero sin resquemor.

A pocos pasos de la panadería se encontraba el Clavel, y por supuesto no pude resistirme. El Clavel se había convertido en una cafetería-pastelería de estilo moderno, pero sus dulces seguían siendo los mejores de la provincia. Era imposible no pasar al Clavel estando tan cerca. Me relamí con el aroma que aspiré en la puerta al entrar, mientras olvidaba el principal motivo por el que había odiado a las ancianas: mis kilos extra.

Mi primera visión celestial fue su magnífico mostrador. Este exponía todo tipo de pastelillos y repostería. Sus cremas y natas eran finísimas, sus hojaldres crujientes y sus bizcochos tenían el punto exacto de almíbar que provocaba que estuvieran tiernos y húmedos sin resultar empalagosos.

Tras una rápida inspección, me decidí por comprar una variada tanda de pasteles que, para dos personas, una de ellas mi tía, tan comiente como un pajarillo, sabía que resultarían demasiados.

Cuando salía cargada con mis pasteles, tuve un encontronazo con la persona que entraba en ese momento al establecimiento. Tardé un segundo en reconocerla: era Rosa.

ANSIEDAD
Retorcerse las manos
Respiración acelerada
Tocarse la nuca

Carmen miraba distraída por la ventana mientras fregaba los culos de las sartenes hasta dejarse los nudillos. Lo peor es que ya estaban relucientes cuando empezó. Había sido una manía de madre y ahora lo era de ella. Los culos sucios de las sartenes eran de guarras, y ella no era ninguna guarra. Tenía la casa impecable, como la había tenido su madre. Carmen era ama de casa por elección. Podía haber vuelto al trabajo cuando los niños fueron un poco mayores, pero no quiso. Prefería las labores de la casa y darles un buen hogar a sus hijos. Y todo había ido bien hasta ahora.

Cuando los niños eran unos bebés, siempre había sustos, accidentes que los propios niños provocaban: como cuando Pablito se metió la bolita de un juguete por la nariz y hubo que llevarle a urgencias, o como cuando Luisito se cayó de su sillita de la cocina de tanto moverse y se quedó sin respiración, o de repente una fiebre muy alta o un sarpullido muy raro. En todas esas ocasiones Carmen siempre había actuado con muchísima sangre fría e instinto. Su instinto era afilado como el cuchillo de un carnicero, siempre se había fiado de él, e invariablemente había tenido razón.

Carmen confiaba en su instinto por encima de todo, y ahora este le estaba diciendo que algo no iba bien, pero no sabía exactamente qué.

Se había pasado toda la mañana dándole vueltas al tema, completamente ensimismada. Ausente mientras planchaba, había estropeado una de las camisas de su marido Pablo, y mientras cocinaba, con la mente dispersa en sus preocupaciones, había estado a punto de quemar la comida, que al final olvidó meter en la fiambra que el pobre se había llevado vacía aquel día.

No sabía lo que tenía en la cabeza... solo que estaba preocupada por Luisito. Desde hacía un tiempo se estaba volviendo más rebelde. Siempre había sido el más fuerte de los dos. Nacieron mellizos, pero no podían ser más diferentes. Pablito era sensible y callado, y Luisito movido y gracioso, pero de un tiempo a esta parte, Luisito se mostraba desafiante. Ya no quería que lo bañara, y no era tan mayor como para tener vergüenza todavía, de hecho, a su hermano le encantaba jugar distraído con los patitos de goma mientras lo remojaban. Se portaba fatal, hacía las cosas mal a propósito, y se peleaba mucho con su hermano, cuando antes eran uña y carne.

Pero lo que realmente la estaba mortificando era que hubiera vuelto a mojar la cama. La primera vez no le dio importancia, podía ser que se le hubiera escapado. Alguna vez pasaba que soñaban que estaban en el baño y se hacían pis, o que hubieran bebido demasiada agua y no les diera tiempo a salir de la cama, eso era normal, pero ¿tres veces?, ¿y tan seguidas? Carmen no tenía estudios, pero ni falta que le hacía, eso era claramente un retroceso.

Había niños que tardaban en dejar de hacerse pis en la cama, y eso podía ser más o menos normal, pero que un niño no hubiera mojado la cama en tres años y ahora comenzara a hacerlo, eso era raro.

Desde la ventana vio tres figuras a contraluz que bajaban la cuesta de la calle.

«Y luego está lo otro», pensó Carmen. «El Carlos. Lo tenemos *pegao* todo el día».

Jugando como chiquillos llegaban los tres, Luisito, Pablito y Carlos, sonrientes y sudorosos.

Carlos se había ofrecido a llevar a los niños a misa los domingos que su marido no pudiera llevarlos. Los chiquillos tenían que estar muy temprano en la iglesia porque eran los monaguillos. Al principio Carmen lo había agradecido. Su marido no podía llevarlos porque trabajaba casi todos los domingos haciendo turnos en la granja del Carlos, y ella, que normalmente aprovechaba los domingos por la mañana para, una vez terminadas las tareas de la casa, coser lo que le pasaban sus vecinas ya mayores y que, en sus palabras, «no veían ni para enhebrar la aguja», tampoco.

Pero empezaba a ser muy raro. ¿Qué necesidad tenía de ir a la iglesia todos los domingos con los nenes si ni siquiera entraba en misa? Carmen no lo entendía, pero ya le empezaba a molestar que estuviera dando siempre vueltas por allí. No se iba hasta que los niños habían entrado en casa y, claro, Carmen se veía en la obligación de invitarle a tomar una cervecilla o algo cada vez.

En fin, lo cierto era que los críos siempre volvían encantados, y ella tampoco podía quejarse, les hacía un favor y, además, era el jefe de su marido.

FELICIDAD
Sonrisa amplia
Parloteo
Movimientos fluidos

Rosa no pareció sorprendida al verme. Bueno, ya se sabe cómo son estas cosas en los pueblos, habría corrido la voz en el momento en que la Paca hubiera puesto un pie en el andén de la estación: la Inglesita había vuelto para cuidar a su tía.

¡Cuántos años habíamos pasado sin vernos! La última vez que había estado en San Juan, Rosa no se encontraba en el pueblo, y la última vez que la vi... Era mejor no pensar en la última vez que la vi.

Se había hecho guardia civil y había estado destinada en otro lugar, no recordaba dónde. Rosa tenía esa belleza serena y elegante, no era de las mujeres que llamaban la atención inmediatamente, era de las de paladar lento, pero cuando te querías dar cuenta, ya estabas a sus pies. Era inteligente y trabajadora; que se hubiera incorporado a la Guardia Civil era una suerte para el cuerpo.

Rosa me abrazó y casi sin mediar palabra, me cogió del brazo y me llevó al Bodegón.

El Bodegón era mi bar; el mío y el de todos, claro. Durante el día te ponían pinchos con la bebida y, después, copas con música. Siempre estaba lleno de vida. Concurrían allí gentes de todas las edades; podías encontrarte a tus tíos jugando al cinquillo o a tu primo de quince años de merienda con los amigos. Se podía elegir el pincho: la tortilla de patatas de Manuela y sus albóndigas de masa tenían fama extracomunitaria. Su marido, el Gordo, regentaba el pequeño local. El Gordo era un tipo fornido y de buen humor que hacía honor a su sobrenombre. Se movía por la estrecha barra a una velocidad pasmosa, pese a su gruesa circunferencia, y no dejaba de hablar con los clientes que se encontraban agrupados como chinches a su alrededor, mientras controlaba con la mirada al resto para ver si le faltaba algo.

Nosotras también tuvimos que agolparnos para acceder a la barra. Por suerte, era relativamente pronto y conseguimos hacernos un hueco usando codos.

Pedimos unas cañas que fueron acompañadas de la susodicha tortilla. Prefería la comida a la bebida y, tras un rápido sorbo a mi cerveza, atacué el ansiado pincho mientras conversábamos.

Rosa me contó que se unió a la Guardia Civil porque siempre había sentido que pertenecía al cuerpo. Claro, su padre y su abuelo antes que él lo habían sido; lo llevaba en las venas.

Me comentó que estaba muy contenta porque había logrado quedarse en el pueblo tras solo un par de años de periplo por Madrid y Toledo, pero que le habían venido bien —lo dijo con una mirada extraña con la que me transmitió un mensaje contradictorio—. Le habían abierto los ojos sobre muchas cosas.

—¿Y tú, Cris? —me preguntó—. Cuéntame eso de que ahora trabajas con la Policía Nacional. Pero si estudiaste medicina, ¿no? —dijo en tono jocoso.

Le conté cómo acabé colaborando con el SAC y le resumí alguno de los casos en los que había colaborado a través de Sara.

Una cosa llevó a la otra y entre risas, más cañas y más pinchos, acabamos rememorando nuestra juventud y cómo las tres, con Roberta incluida, nos habíamos ido de pueblo en pueblo en las fiestas. Acordamos que Rosa llamaría a Roberta para quedar con ella uno de estos días y juntarnos las tres de nuevo.

En pleno apogeo de risas y alcohol, los ojos de Rosa se desviaron entre la multitud y noté cómo de pronto sus pupilas se encogieron por la tensión. Rosa evitó mi mirada interrogante y continuó como si nada hubiera ocurrido, pero yo, desconfiada por naturaleza, me volví para ver qué era lo que había producido esa tensión en sus ojos, y lo encontré: Carlos.

Rosa había estado colgada de Carlos desde que éramos unas crías, pero él nunca estuvo demasiado interesado ni en ella, ni en novias. De vez en cuando se le veía con alguna turista de fiesta, tampoco nada serio. A mí me caía bien, de hecho, lo tenía en gran estima, pero era demasiado circunspecto para mi gusto, aunque realmente guapo. Demasiado distante, quizás. Llevaba la granja ganadera del pueblo, la que había pertenecido a su familia ni recordaba durante cuántas generaciones. Nunca había sido una explotación que hubiera dado millones, pero funcionaba bien. Según mi tía, Carlos solo estuvo ausente de sus responsabilidades en la granja durante los cinco años de facultad de veterinaria en Murcia, y desde que volvió, él personalmente se encargaba de todo.

Carlos se acercó a nosotras sin mirarnos, sin un asomo de reconocimiento en sus ojos, y hasta que no llegó a nuestra altura no se dignó a ofrecernos su espléndida sonrisa.

Le devolví otra segura; Rosa, sin embargo, se mostró nerviosa: no dejaba de mover las manos, como si de súbito sintiera que no formaban parte de su cuerpo, y exhibió en su rostro una sonrisa radiante pero inmóvil, artificial. Sus ojos se mantuvieron en perpetuo movimiento, intentando controlar todo lo que ocurría a su alrededor, y perdiendo, por el contrario, todo control de lo que realmente estaba ocurriendo en sus narices.

Carlos nos saludó con sendos besos y, tras ponernos al día someramente de las cosas que nos habían sucedido a cada uno, se volvió hacia Rosa y casi al oído le susurró:

—Rosa, si tienes un rato, me paso luego por tu casa, que quiero comentarte algo.

Carlos no llegó a ver cómo Rosa asentía. Dichas aquellas palabras, se giró y salió del bar, dejándome a mí un tanto perpleja y a Rosa temblándole las piernas.

Aproveché su ausencia para preguntarle sobre Carlos:

—Pues como siempre, el perro del hortelano —respondió con voz cansada—. He tenido algún novio, pero no he llegado con ninguno a mucho más, Carlos siempre está ahí.

Asentí pensativa, yo misma había pasado por esa situación con Danny, pero logré alejarlo rápidamente de mi mente.

—Esta tarde vendrán a merendar a casa de mi tía, el padre Damián y el padre Gregorio. —Y agregué con una sonrisa irónica—: Creo que quieren hacer una turné gastronómica por las casas del pueblo.

Rosa soltó una sonora carcajada y dijo:

—No sé cómo ese hombre puede estar tan flaco —refiriéndose al padre Damián— con lo que come. Pero es verdad que ha hecho mucho bien a este pueblo.

—Sí, ya me ha contado un poco la tía, ayudó mucho a Pepa y a Gisela, ¿verdad?

—A la Pepa sobre todo, que lo de Lola fue una putada tremenda.

—¿Lola? —pregunté, me sonaba el nombre, pero no llegaba a recordar...

—Lola era la hija de Pepa, la única mujer y la más pequeña. ¿No la recuerdas? Yo me acuerdo mucho de ella, tenía nuestra edad. ¡Qué guapa era! Con ese pelazo negro que le llegaba a la cintura. Era espectacular.

—¿Y qué pasó? —Por fin me iba a enterar de aquello que mi tía no había querido contarme.

—Pues que una tarde, volviendo de misa, la violaron. Nunca se supo quién fue el culpable, pero la niña apareció llena de moratones y cortes. —Hice un gesto de asentimiento, empezaba a comprender las reservas de mi tía. No era un tema fácil de tratar—. Unos meses después, Pepa se enteró de que, además, la habían dejado preñada. La niña nunca dijo quién la violó porque estaba aterrada, pero, nada más nacer el niño, se suicidó, y el niño tampoco es que durara mucho.

—¿Murió? —musité casi sin palabras.

—Sí. El pobre nació malito, tenía una enfermedad de esas raras que hacía que se desangrara por dentro o que no sintiera dolor o algo así, no recuerdo bien, era muy pequeñín el angelito. El caso es que tuvo un accidente y murió, pero ahí estuvo el padre Damián al pie del cañón. Y luego con Gisela, fíjate que ella ni siquiera es católica, pero cuando el caradura de su marido se volvió para Alemania, ella se quedó completamente sola. Fue él el que propició que el grupo de amigas de tu tía incorporara a Gisela. —Miró la hora y luego a mí y exclamó—: Cris, ¡tenemos que volver! ¡Es supertarde!

Alcé las cejas sorprendida. Era tarde, sí, pero no tanto. Me pregunté si el hecho de que Carlos fuera a pasarse por su casa después tenía algo que ver con sus prisas.

NOSTALGIA
Mirada desenfocada
Sonrisa leve
Movimientos lentos

No serían ni las cuatro y media y mi tía y yo ya teníamos todo preparado para la merienda. Me había ido indicando, de una forma un tanto impaciente, todo lo que tenía que hacer.

Sacó la cubertería de plata e hizo que la limpiara hasta dejarla reluciente, me obligó a coger una escalera para bajar la cristalería de las ocasiones, como la llamó ella, que debía de llevar sin usarse desde tiempos de Maricastaña, y, por último, resolvió que debía poner la mesa con el mantel de hilo que le había cosido su hija Marisa en clase de pretecnología.

Antes de poner el susodicho mantel, recogí las estampas de los santos que mi tía había dejado abandonadas en la mesa de la salita esa mañana. Las observé unos segundos; estaban borrosas del uso. En ellas se disponían las imágenes de los santos por los que mi tía sentía devoción. La primera, por supuesto, la estampa del Niño Jesús en los brazos de su madre. Las agrupé con cuidado, intentando mantener el orden que mi tía había seguido y, tras poner el mantel, las dejé en un lado de la mesa.

A la hora convenida, los invitados se fueron presentando a la merienda. Las primeras en llegar fueron Dolores, Angustias y Gisela, y unos minutos después llegó Pepa.

Dediqué unos segundos a estudiar a Gisela, la única de las amigas de mi tía que no conocía. Era la más joven de todas. Debió de ser una mujer extraordinariamente guapa en su juventud, con una melena rubia brillante y bien cuidada que le habría caído lacia sobre sus hombros; ahora la llevaba anudada en un recogido flojo. Vestía de forma juvenil, con una blusa de escote amplio y colores chillones, unos vaqueros bastante apretados y zapatillas blancas de deporte. Tenía los ojos de un color azul muy pálido y lucía una sonrisa tímida, casi infantil. Al tomar mis manos, sentí su calidez; expresó con su rostro lo que no podía transmitir con las palabras adecuadas.

Los párrocos se iban a retrasar unos minutos más. Mientras los esperábamos, Dolores comentó lo calentito que se estaba en casa de mi tía Asun.

—He encendido la calefacción para que estemos a gusto, pero estoy un poco intranquila porque hasta el lunes no vuelve el chico del gasoil para llenar el depósito.

—¡Es verdad! —dijo Gisela con torpe castellano—. Que no *olvido*, que yo también *mismo*. El lunes *venir* también a mi casa, si no, *no calefacción* próxima semana.

—Es una gaita —continuó mi tía— eso de tener que estar desde las ocho en casa para que lo llenen. Luego vienen cuando quieren. La última vez me tuvieron esperando desde las ocho y aparecieron casi a la una.

—En Alemania es otra cosa. Allí llega *gas* por conducto a *todos pueblos*.

En ese momento llamaron a la puerta y se presentaron ante nosotras los padres Damián y Gregorio.

El padre Gregorio era un hombre fornido de alrededor de ochenta años. Se le veía encantado con la visita y, más concretamente, con la merienda; en cuanto la dispusieron en la mesa, fue

directo a por un trozo de bizcocho.

Desconecté a los pocos minutos de conversación, versada principalmente en los cambios que se habían producido en el pueblo, las últimas bodas, bautizos y comuniones. Mi tía me sacó de mi ensimismamiento de un disimulado codazo. Acto seguido, me lanzó una mirada penetrante que yo interpreté a las claras como «mueve el culo a la cocina y trae más bizcocho».

Tras el tercer trozo de bizcocho que el padre Gregorio se llevara a la boca, el padre Damián le dirigió un expresivo gesto con la cabeza, por lo que el primero comentó:

—El padre Damián se preocupa mucho por mi salud, como tengo de todo: colesterol, tensión alta, ácido úrico... —aclaró con la boca llena—, pero es lo que le digo yo, son cosas de la edad. Qué curioso que ahora me cuide él a mí —dijo con una sonrisa—. Lo tuve de monaguillo, allí en mi parroquia en Castromares. Y de monaguillo pasó a formar parte de nuestra santa Iglesia —comentó orgulloso—. Pero no podía ser de otro modo, obrando su padre milagros.

Estas últimas palabras tornaron la sonrisa del padre Damián en una mueca extraña e hicieron que se revolviera molesto en su asiento; sin embargo, el resto de los asistentes se mostraron muy sorprendidos.

—¿Milagros? —preguntó Dolores.

—Sí, y si la vida fuera más justa con los pobres, ahora estaría canonizado.

—Vamos, padre —protestó el padre Damián—, no exagere.

El padre Gregorio, rojo como un tomate, respondió:

—¡De exageraciones nada! ¡Un santo!, eso es lo que era. Obraba milagros —repitió.

—¿Qué clase de milagros? —quiso saber mi tía.

—Tenía estigmas sangrantes en los pies y en las manos.

Yo había intentado ser prudente y me mordí la lengua hasta casi hacerme sangre, pero no pude contenerme por más tiempo:

—Los estigmas, al fin y al cabo, son heridas —dije—. No digo yo en este caso, pero en muchos otros, se ha probado que los supuestos santos se incrustaban día a día los clavos para que no se les cerraran las heridas.

—Pues este no era el caso —respondió el padre Gregorio ofendido—. Además, ni siquiera sentía dolor. Lo sé porque yo mismo le toqué los estigmas. ¡Un milagro!

Excepto Pepa, que permaneció con la mirada perdida en las estampas de los santos que yo había olvidado recoger, el resto de los presentes nos miramos a los ojos unos segundos de forma elocuente. Obviamente, el padre Gregorio exageraba.

—Bueno, eran otros tiempos —dijo incómodo el padre Damián—. Antes pasaban esas cosas en muchos pueblos. O al menos se decía que pasaban.

Dolores, Angustias y Asunción, sin embargo, seguían muy interesadas, y la conversación se animó y se desvió a otros temas relacionados con el anterior, como las manchas en las paredes con forma de santos; yo volví a desconectar.

La merienda resultó a la postre entretenida, el padre Gregorio torturó al padre Damián con las anécdotas de su infancia como monaguillo, con las que hasta este no tuvo más remedio que reír. La única que se pasó prácticamente toda la merienda callada fue Pepa. De hecho, su rostro estaba mortalmente pálido y mantenía una expresión petrificada. Mi tía también debió notarlo también porque, cuando se marcharon todos, le preguntó si se encontraba bien.

—Pues, Asunción, hija —contestó temblando con lágrimas en los ojos—, que cuando se habla del pasado, mi mente también va *pa* esas épocas.

Mi tía le dio un fuerte abrazo de despedida, apretándola hasta que el dolor en el brazo la hizo temblar a ella también.

INQUIETUD
Deglución excesiva
Tirarse de la ropa
Morderse el labio

Nos encontrábamos mi tía Asunción y yo desayunando unos churros con chocolate que había ido a comprar a la churrería de Beatriz —deliciosos, por cierto—, cuando de pronto llamaron a la puerta y en el dintel apareció la Paca, visiblemente exaltada.

—¡Asun! —gritó—. Que casi nos quedamos sin cura hoy.

—¡Pero qué dices, alma de Dios! —respondió mi tía levantándose de la mesa.

—Pues eso, que me ha dicho la Juana, que le ha dicho la Manuela, que ayer por la noche vieron al padre Damián inconsciente en la parte baja de la casa parroquial con un porrazo en la cabeza.

—¿Pero cómo ha *sío* eso?, ¿cómo se encuentra? —preguntó mi tía.

—Al parecer le cayó una maceta y casi le rompe la crisma.

Yo, mientras tanto, me encontraba en plena reflexión de la poca ocupación que debían de tener la Paca, la Juana y la Manuela como para que la caída de una maceta, por muy maltrecho que hubiera quedado el cura, fuera un buen motivo para interrumpir el estupendo desayuno de churros con chocolate. Sin embargo, a la tía Asun le pareció razón suficiente para decidir, no ya la suspensión, sino la cancelación del desayuno, y me pidió que la ayudara a vestirse y que nos fuéramos para la casa parroquial inmediatamente.

«Inaudito», pensé resignada.

MIEDO
Manos sudorosas
Labios y mentón temblorosos
Parpadeo rápido

Tres días más tarde, Rosa se despertó por el sonido atronador de unos golpes en la puerta de su casa. Quien fuera que estuviera dando esos porrazos iba a tener problemas. Hoy era su día libre y su plan era quedarse en la cama durmiendo hasta mediodía. Miró el despertador, no eran ni las nueve de la mañana.

Ataviada con su bata, bajó los escalones de dos en dos, mientras los golpes a la puerta seguían sin cesar.

Abrió echando humo, dispuesta a soltar unos cuantos improperios, cuando vio quién era el causante de ese escándalo: Carlos. Venía con la cara descompuesta.

—Rosa, perdona que te moleste. Te he estado llamando desde hace una hora, he ido a buscarte al cuartel y me han dicho que tenías el día libre. No sabía qué hacer. No tengo a nadie en quien pueda confiar —dijo un Carlos con la voz deshecha.

A Rosa se le pasó el enfado *ipso facto*. Lo vio tan indefenso que tomó su mano y lo hizo entrar en la casa sin mediar palabra. Por el rabillo del ojo captó a Manuela, su vecina de enfrente, posicionada en su lugar, oteando con el visillo de la ventana corrido. Bueno, pensó resignada, van a tener tema de conversación para varios días.

Una vez sentados en la cocina, Rosa le preguntó qué era lo que había pasado que le había llevado a ese estado de nervios.

—El cura, el hijo de puta ese. Enferma y ahora resulta que soy yo el responsable.

—No te permito que hables así del padre Damián —le cortó Rosa—. Es un pilar en la comunidad y lo sabes.

—Oh, claro que lo sé —respondió Carlos ofendido—. Mira, da igual, déjalo. Me busco la vida como siempre y ya está. —Se levantó y se fue directo a la puerta.

—¡Carlos Escudero Mengual! —le espetó Rosa—. O te sientas de nuevo en esa silla o no vuelvas a dirigirme la palabra. —Y continuó con voz más calmada—: Dime qué ha pasado y empieza por el principio.

Carlos se volvió a sentar en la silla, obediente, y empezó su relato, esta vez más tranquilo. Por lo visto, el padre Damián no acababa de estar repuesto del golpe de la maceta, cuando enfermó de salmonelosis.

—Dos días más tarde lo llevaron al hospital y estuvo a punto de diñarla. Sin pruebas, porque sé con certeza que el cultivo de salmonela ha dado negativo, me ha venido a la granja la plana mayor de la inspección de sanidad, y están revisando todo, inspeccionándolo todo, tomando muestras de todo.

—OK, Carlos, lo entiendo —dijo Rosa—, pero tú siempre has llevado la granja cumpliendo todas las reglamentaciones, has sido muy estricto en ese sentido. Tranquilízate porque no van a encontrar nada.

—Tú no lo entiendes, Rosa, si se tienen en cuenta las muertes de Juan y Mateo, me pueden acusar de homicidio.

La miró, pero no dijo nada más. Se levantó y salió de la casa medio llorando, dejando a Rosa sola en la cocina, completamente atónita.

RELUCTANCIA
Mojarse los labios
Tartamudeo
Cuerpo rígido

Me había encontrado con Roberta y Rosa en la pastelería el Clavel para tomar un cafelito y ponernos al día. A esa hora no habría mucha gente y podríamos hablar de nuestras cosas sin ser escuchadas, algo vital en San Juan.

Me esperaban ambas acomodadas delante de sendos cafés. A Roberta la había encontrado como siempre: alta y extremadamente delgada. No había parado de moverse y hacer aspavientos, mientras le contaba algo a Rosa que me había parecido importante desde la distancia a la que yo me encontraba, pero que podía haber resultado en cualquier cosa, desde algo realmente preocupante a cualquier nimiedad que la hubiera sorprendido en ese momento. Sus movimientos siempre revelaban esos nervios que no la dejaban engordar —lo mismito que yo, que cuanto más nervio, más como—, pero que convertían cualquier pieza de ropa que vistiera en lo más elegante que se había visto. Roberta, seria y resuelta, era de las que arrancaban la tirita de una.

Estaba a punto de pedir un café cuando me llegó un mensaje al móvil; el sonido de la notificación me alteró sobremanera.

Como el perro de Pávlov con su comportamiento condicionado ante el sonido de la campanilla, me había tensado como un alambre a la voz del timbre personalizado. Mi expresión facial debió hacerlo ostensible, porque Rosa me miró inquieta.

No atendí a su petición silenciosa de información y salí del bar para leer el mensaje. El emisor exigía una respuesta. John empezaba a ser John de nuevo. Apagué el móvil, por si había pensado ser más directo e intentaba llamarme, y me dirigí de nuevo al interior del bar, eso sí, echando humo.

—¿Estás bien, Cris? —preguntó Rosa preocupada.

Medité mi respuesta. No quería mentir, pero lo cierto es que «bien» no era el término que me describía en aquel momento.

—Sí —mentí finalmente—. Solo es John dando por saco.

Se hizo un silencio incómodo. Ambas sabían de la relación destructiva que tenía con mi padre. Hicieron un intento por cambiar de tema, pero fue peor el remedio que la enfermedad.

—Y de Danny, ¿sabes algo? —preguntó Roberta.

—Sí, se casó el año pasado con una compañera de trabajo y tienen un churumbel —respondí con sarcasmo.

Rosa me pasó un brazo por los hombros.

—Bueno, han pasado cinco años. Es normal que haya rehecho su vida —comenté con voz triste.

Por cambiar de tema de nuevo, Rosa le preguntó a Roberta directa:

—Bueno, guapa, y ¿qué hay de eso de que tienes un lío con uno de tus asistentes?

El rostro de Roberta mutó a un rojo centelleante.

—¡Pero vamos a ver! ¿Es que lo sabe ya todo el pueblo? —dijo partiéndose de risa. Nuestras risas corearon a Roberta.

—Esto es San Juan, ¿qué quieres?

—Ya, ya. Pues sí, después de casi veinte años ya tocaba darle una alegría al cuerpo. La verdad es que está siendo muy divertido lo de ser un poco mala. Pero vamos, nada serio. Y tú, ¿qué? —contraatacó con una sonrisa maliciosa—. ¿Con Carlos va a pasar algo al final? Últimamente se os ve mucho juntos por el pueblo.

—¡Qué va! Nada de nada. Nos hemos visto solo por temas de trabajo.

—Ya, lo de la salmonela, ¿no?

—¿A qué te refieres, Roberta? —indagué.

—Pues que, al parecer, el padre Damián lleva la negra últimamente. Después de salir del golpetazo que casi se lo lleva para el otro barrio, tuvo que ser ingresado en el hospital por una salmonelosis. Y, claro, salmonela igual a huevo. Imagino que estarán mirando con lupa la granja del Carlos.

—Más o menos eso —confirmó Rosa.

—Sí, sabía que había estado malito porque la tía me había dicho que lo habían tenido que ingresar, pero no sabía que era por una salmonelosis —comenté.

—Es que aquí, en San Juan, puede que haya un foco histórico —dijo Rosa, mirando con un gesto extraño a Roberta.

Tras unos segundos en silencio, Roberta aclaró al ver mi cara de perplejidad:

—Verás, Cris, aunque a mi marido no le llegaron a hacer pruebas de confirmación, se piensa que murió de salmonelosis. Lo mismo que Mateo, el marido de Dolores. Pero, vamos, que, en ambos casos, más se perdió en la guerra.

Acto seguido se levantó y se dirigió a pagar a la barra, dejándonos a ambas estupefactas.

SORPRESA
Labios entreabiertos
Dedos que tocan los labios
Ojos muy abiertos

El lunes por la mañana, me levanté temprano. Tomé un rápido café con leche y salí a dar un paseo por el pueblo, con la idea de traer churros para resarcirme del infructuoso desayuno anterior y, de paso, fumarme el primer cigarro del día.

Me coloqué mejor el gorro y la bufanda, aspiré el frío mañanero al tiempo que inhalaba el humo de mi cigarro y recorrí tranquilamente las calles del pueblo hasta llegar a la plaza.

Pasaba algo extraño. Una ambulancia y varios coches de las fuerzas del orden rodeaban la iglesia. Vi a lo lejos a mi amiga Rosa, aunque esta no pareció verme a mí, estaba dirigiéndose a otros miembros de la Guardia Civil. Realmente la cosa debía de ser grave, teniendo en cuenta los medios que se habían desplegado en un pueblo tan pequeño. Me fijé en que habían formado un cordón policial alrededor de la plaza.

Miré el reloj, no eran ni las nueve y media de la mañana. Cuando me volví para continuar mi camino hacia la churrería, me di cuenta de que ya se habían amontonado multitud de curiosos.

—Dicen que es el cura, que se lo han encontrado muerto —susurró alguien.

—Sí, sí, me lo ha dicho Marcela. Pepa se ha topado con el cadáver en el despacho —afirmó otro.

¿Cómo? ¿Había muerto el padre Damián? Pero no podía ser, si ya estaba casi curado de la salmonelosis. No entendía nada. De pronto me sumí en una tristeza indefinible. Sentí como si parte de mi infancia se deslizara poco a poco, alejándose de mí.

Decidí que debía volver a casa rápidamente, antes de que mi tía se enterara de lo sucedido por otros medios —dicho de otro modo: a través de la Paca— y decidiera presentarse allí por sí misma. Los churros, una vez más, tendrían que esperar para otra ocasión.

Llegué a casa en un tiempo récord, pero, aun así, tarde. La Paca ya estaba en la salita con mi tía.

Al menos había tenido la delicadeza de hacer que mi tía se sentara. Ella misma parecía muy afectada, se retorció las manos y tenía la mirada perdida.

—Pero ¿puedes explicarme qué ha pasado? —preguntó mi tía tímidamente—. Si ayer estaba perfectamente, ¿qué ha sido? ¿una apoplejía?

Paca solo entonces salió de su trance y, apretando la mano de su amiga, dijo:

—No, Asun, no. Ha sido asesinado. Le han rebanado el pescuezo.

EXCITACIÓN

Ojos brillantes

Sonrisa amplia

Hiperactividad

El lunes siguiente llegó casi de improviso. Entre visitas recibidas y realizadas, los días habían ido pasando muy rápido. Entre tanto, la noticia se había propagado a la velocidad de la luz. Se había decretado el secreto de sumario, pero en un pueblo como San Juan, mantener un secreto, el que fuera, era como tratar de contener la marea.

La vida me había enseñado que la mayoría de las personas nos guiamos por tres motivaciones principales: dinero, poder o una combinación de ambas. Si alguien goza de una información de la que no dispone el resto, tener la opción de compartirla o no con un tercero otorga al que la posee cierto nivel de poder. Decidir a quién transmitir esa información secreta genera en el poseedor una satisfacción morbosa contra la que es muy difícil luchar; bien sea por escalar unos peldaños en la valoración familiar o en la escala social, en la escena de un crimen siempre hay un eslabón débil que es fácil que transmita información del caso a alguien ajeno.

En San Juan de los Alcázares, con una vida familiar muy arraigada, la presión sobre ese eslabón era superlativa, y eso fue exactamente lo que le ocurrió al pobre Juan Rubiales, cabo de la Guardia Civil asignado al caso: tras la presión incesante efectuada por su esposa, Luisa, y su señora madre, María del Rosario, relató con todo lujo de detalles lo que los agentes del caso habían averiguado durante las primeras etapas de la investigación, sobre la escena del crimen y el informe preliminar forense.

La consecuente cadena de información fue la siguiente: por un lado, María del Rosario se lo contó a la charcutera de la Carnicería Peter (pronunciado «péter», no «píter») y, por supuesto, a toda la clientela que se encontraba adquiriendo el mejor embutido de San Juan; por otro lado, Luisa, en la panadería de la Juana, hizo lo propio. Entre el público del primer establecimiento se encontraba la Paca y, por tanto, no hay nada más que añadir a este punto de la historia.

Con la información trasmitida de forma verbal, pero de manera muy efectiva, y con las entrevistas que se fueron llevando a cabo en las diferentes visitas a los propios testigos del caso, las mujeres mayores de treinta años de San Juan tenían información más relevante para el caso que los propios investigadores y el estamento judicial asignado al mismo.

Durante esos días, no tuve contacto con mis amigas Roberta y Rosa. Con Roberta porque, debido a la apretada agenda asignada por mi tía Asunción, me había sido imposible quedar, y con Rosa porque sus quehaceres profesionales la habían tenido completamente desbordada. Había llegado a atisbarla en una ocasión, días atrás, cuando salía de una de las visitas acordadas por mi tía y, aunque con bastante distancia, suponiendo que Rosa también me había visto, la saludé con la mano. Ella me miró indecisa e hizo un amago de acercarse, pero una décima de segundo después pareció cambiar de opinión, porque se dio la vuelta y dirigió sus pasos en dirección contraria.

DESPRECIO
Postura rígida
Sacudir la cabeza
Boca apretada

El funeral del padre Damián tuvo lugar ese lunes por la tarde. Las campanas de la iglesia tocaron a muerto. La parroquia se encontraba atestada, no había un alma de San Juan que no estuviera presente.

A falta de familia más cercana, el padre Gregorio se encontraba junto con otros miembros del clero en los bancos delanteros. La misa la oficiaría el obispo de Ciudad Real.

El ataúd del difunto, cerrado, estaba situado en el centro de la iglesia, rodeado de flores y velas encendidas, decoración que probablemente fuera obra de Pepa.

Ayudé a mi tía a atravesar la muchedumbre y llegar al banco donde se encontraban sentadas sus amigas: Dolores y Gisela exhibían signos de estar rotas de dolor, con ojeras alrededor de sus ojos, que se mostraban enrojecidos de tanto llorar; sin embargo, Pepa parecía más repuesta, tenía mejor aspecto que cuando la visitamos días atrás mi tía y yo, aunque todavía presentaba líneas de tensión alrededor de su boca y ojos. Angustias estaba ausente, su rictus revelaba una incompreensión absoluta, estaba desubicada, no sabía qué hacía allí. De pronto pareció haber comprendido algo, su rostro se relajó manifestando felicidad, se puso en pie y clamó a pleno pulmón:

—¡Mateo ha muerto, por fin!

Los rostros de todos los presentes se volvieron hacia ella estupefactos y horrorizados.

Su hermana, tras hablarle pacientemente, consiguió que se sentara y dejara de gritar.

Finalmente, la misa resultó solemne y emotiva. Roberta estaba sentada junto a Rosa, ambas cogidas de la mano y enjugándose las lágrimas con sendos pañuelos. A quien no llegué a ver fue a Carlos. Tras repasar la iglesia con la mirada... No, Carlos, no había asistido a la misa.

Cuando salí, mientras me fumaba un cigarro para aplacar el mono que me había producido la hora larga de misa —definitivamente tenía que plantearme dejar de fumar—, oí el fragmento de la conversación de unas feligresas, unas señoras que vestían completamente de negro, como cuervos agrupados sobre la rama de un árbol; me parecieron de mal agüero.

—¿La has visto? —dijo una de ellas.

—Sí, hija mía, sí. Ahí, cogidita de la mano con las otras. ¡Qué vergüenza! Llorando a moco *tendío* como si el padre Damián fuera cosa suya.

—Mira tú, haber intentado algo con ese hombre que era un santo. Claro, se agarran a cualquier cosa después de la vida que le estaba dado el marido.

—¿Pero tú crees?

—Sí, sí, lo sé de buena tinta. La habían visto alguna vez con los ojos como brevas maduras.

—Calla, Jacinta —le advirtió la otra mientras miraba a mi tía y a sus amigas, que se aproximaban a recogerme.

La conversación se interrumpió de forma fulminante y acto seguido comenzaron a comentar

lo bonita que habían dejado la iglesia con tantas flores.

Tras el funeral, todos los asistentes nos desplazamos al cementerio, donde tendría lugar el entierro.

Una vez allí, mientras el féretro era introducido en su nicho, revisé con detalle los rostros de cada uno de los asistentes. Muy probablemente uno de ellos sería su asesino.

ENOJO
Fosas nasales ensanchadas
Sudoración
Mentón alto

Al día siguiente, cuando repasaba en el despacho la próxima conferencia que tendría que ofrecer, recibí una llamada de teléfono. Se trataba de Rosa, que me pedía que me reuniera con ella en el cuartel de la Guardia Civil del pueblo lo antes posible.

Tras avisar a Paca para que se quedara pendiente de mi tía por si necesitaba algo, me dirigí hacia allí. Me resultó un poco difícil salir de las garras de la Paca sin contar exactamente a dónde iba con tanta prisa, pero conseguí salir airosa.

Tras presentarme en el cuartel, la persona de recepción me acompañó muy amablemente hasta el piso superior, donde se encontraban las oficinas. Al final del largo corredor me esperaba mi amiga, tan nerviosa que estaba a punto de dar saltitos. Estaba acompañada de un hombre moreno, muy alto y atractivo que, según supe después, se trataba del brigada José Antonio Miñana, superior de Rosa y perteneciente al Grupo de Homicidios del Equipo Territorial de la Policía Judicial.

Era un hombre imponente. Iba vestido con el uniforme reglamentario, impecablemente limpio y planchado. Destilaba orden por todos sus poros. Su mirada, sin embargo, era tímida. Sonrió antes de hablar, mostrando una dentadura perfecta.

—Usted debe ser Cristina Peterson, un placer extraño, dadas las circunstancias. —El brigada ignoró mi cara de desconcierto y me estrechó la mano con ímpetu—. Rosa me ha hablado de usted, de su currículum y de su vinculación con el SAC. Aquí, en San Juan, estamos faltos de recursos, y francamente el caso nos viene un poco grande, no solo en cuanto a personal, sino en lo que implica el asunto en otras esferas.

No entendía absolutamente nada y, teniendo en cuenta mi acostumbrada impaciencia, me sorprendí a mí misma por cómo conseguí esperar a que el brigada terminara de explicarse.

—Lo siento, entiendo por la expresión de su rostro que no ha sido informada. El resumen breve es el siguiente: hace ocho días se encontró el cuerpo sin vida de Damián González, conocido como padre Damián, asesinado en sus dependencias privadas. —Fui asintiendo conforme mi cerebro iba procesando la información—. El caso ha comenzado a enquistarse. Siendo franco, no estamos avanzando a la velocidad esperada. Lo que le estoy pidiendo, de forma extraoficial, es que nos ayude. Mañana procederé a informar a mis superiores para que esta colaboración se convierta en oficial. Sé que la Sección de Análisis del Comportamiento Delictivo (SACD), sección de la Guardia Civil análoga al SAC, se encuentra desbordada, con lo que aceptarán de buen grado esta colaboración. Si está de acuerdo, la dejo con la sargento Rosa Galera para que la ponga al día de los detalles.

Rosa me miró suplicante, yo le devolví una mirada airada.

No tenía ningún interés en meterme en ese lío. Sabía cuál era el papel que esperaban de mí y no estaba dispuesta a colocarme en esa situación. ¡Qué fácil lo habían planteado! Usar a uno de

los mejores perfiladores de España, por no decir al mejor, para que les confeccionara los perfiles de víctima y agresor, y elaborara las hipótesis psicológicas que ayudaran a la resolución del caso.

Pero yo no estaba dispuesta ni mucho menos. Sabía lo que eso implicaba, habiendo conocido a la víctima y, muy probablemente, al agresor.

RABIA
Cuello rígido
Fosas nasales abiertas
Manos temblorosas

Una vez a solas, Rosa hizo el amago de empezar a hablar, pero la interrumpí.

Conseguir que una profesional de mis capacidades asistiera un caso de asesinato, podía considerarse muy buena fortuna, pero que, además, lo hiciera en una población de menos de cincuenta mil habitantes era inimaginable.

Sus superiores deseaban aprovecharse de mi relación personal con Rosa. Era obvio. Se habían enterado de quién era yo, y no querían desaprovechar la oportunidad de tenerme en el caso. Pero si había algo que odiaba con todas mis fuerzas era que intentaran manipularme.

El último homicidio en el que había colaborado había sido realmente agotador, y había decidido dar un paso atrás y no involucrarme en ningún otro en bastante tiempo. Además, este caso sería personal, y lo personal no hace buenas migas con lo laboral.

—Mira, Rosa, ya sé lo que me vas a decir, no hace falta que te esfuerces. No voy a inmiscuirme en este caso. ¡Es de locos, Rosa! —Apenas podía controlar mi tono de voz. No me gusta que me presionen y ¿una encerrona como esta? Parecía mentira que no me conociera ni un poquito—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir? —le recriminé—. Ni siquiera estoy segura de que tú debieras estar en el caso. ¿Te das cuenta de lo que implica? El asesino podría ser cualquiera, una persona que quieres, que necesitas, y tendrías que elegir, Rosa, y no es justo para nadie. No lo sería para el padre Damián, que necesita que se haga justicia; tampoco para ti, que puede destrozar tu carrera que está empezando, ni para la gente de este pueblo, que espera un tratamiento del caso ejemplar y, sobre todo, eficaz.

La cara de Rosa fue transformándose conforme yo hablaba, de suplicante a culpable y avergonzada, después a inexpresiva y, por último, a furiosa. Me cogió de la mano y me llevó al baño de mujeres, cerró de un portazo y respiró apenas conteniendo la rabia que le afloraba por todos sus poros.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé lo que me estoy jugando? ¿Pues sabes, Cris? ¡Llegas tarde con tus consejos! ¡Estoy con el agua al cuello y me estoy ahogando por momentos! Si no cerramos este caso, cerrándolo bien, como se debe, no tendré la confianza de nadie en este pueblo, y más me vale irme lo más lejos posible. Cuando te vi el otro día estuve a punto de proponértelo yo misma. Pensé que se había abierto el cielo, que me ibas a ayudar a salir del infierno en el que estoy metida. ¿No te quieres inmiscuir? ¿Y tú te llamas mi amiga? ¡Joder, Cris, te estoy pidiendo ayuda! —Su voz temblaba por la rabia—. ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca te he pedido nada! ¿Pero sabes qué? ¡Yo sí he estado para ti! Desde niñas, ¡y no me hagas hablar más! Si te quieres ir, lárgate, ¡pero ahórrate tus sermones de mierda y déjame en paz!

La miré de hito en hito, sin parpadear, completamente abrumada. Rosa salió dando otro portazo. Un opresivo silencio llenó el espacio que había dejado.

CULPA
Rubor
Bajar la mirada
Hablar demasiado

Mi mirada se perdió entre las baldosas del baño. Seguía despacio las rayitas blancas que las enmarcaban hasta que mis ojos solo las veían a ellas y el resto se convertía en una gran nebulosa. Su blanco reluciente se conjugaba a la perfección con el silencio en el que estaba inmersa. Mi respiración se fue acompasando con ese silencio. Mientras, el sonido lejano del canto de los pájaros de la plaza, a través de la ventana abierta, pujaba por llegar a mi cerebro y activarme.

Sonó un timbre que yo ignoré. Sonó de nuevo; esta vez salí de mi trance. Llamaban a la puerta de mi casa. No esperaba a nadie. Tuve la tentación de ignorarlo, pero insistieron, como si el dedo pulsante se hubiera adherido a la superficie del timbre y su fuerza se transmitiera al extraño y alterado sonido estridente. Me enfurecí. Mi enojo era casi una emoción humana, algo que no había sentido en semanas. Me levanté, no tuve siquiera la tentación de mirarme en el espejo. ¿Para qué? Sabía cuál sería mi aspecto. Lo había visto en pacientes con depresión durante mis prácticas: no hay fuerzas para nada; no te levantas de la cama, no comes, no te duchas, no te peinas. No mudas tu pijama, que se convierte en tu única vestimenta.

Volvieron a tocar el timbre. A través de la mirilla vi a Rosa. Su amplia sonrisa terminó de romperme. Me licué como la fruta pasada que se disuelve con un leve toque. Abrí la puerta y me arrojé a sus brazos. Ella me sostuvo mientras yo lloraba desgarrada, convulsa y sin esperanza. Ella mantuvo ese abrazo, lo expandió, y me sentí recogida en su amor. No le importó la grasa de mi pelo ni mi olor corporal, simplemente me acogió y después me llevó al sofá donde por fin mis palabras brotaron. No había vuelto a hablar con ningún otro ser humano desde la marcha de Danny. A partir de ese instante, todo empezó a mejorar.

RESENTIMIENTO

Boca apretada

Brazos cruzados

Expresión dura

—Está bien, Rosa —dije al acercarme a su mesa—. Cuéntamelo todo.

Rosa asintió, pero se tomó su tiempo, y cuando por fin habló, su voz sonó calmada y muy fría:

—El día nueve de marzo, sobre las nueve de la mañana, Pepa Carretero entró en la casa parroquial y descubrió el cuerpo sin vida de Damián González. Según lo indicado por el forense en su informe preliminar, este murió por arma blanca: un cuchillo de grandes dimensiones le seccionó la aorta, tipo cuchillo cebollero. La hora de la muerte se ha establecido entre las seis y las nueve de la mañana. Vamos a la sala y te mostramos lo que tenemos hasta ahora.

Entramos en la sala, todavía un poco alteradas. En ella nos esperaban el brigada José Antonio Miñana, que nos recibió con la sonrisa de satisfacción de quien ha conseguido que sus planes se cumplan, y dos cabos de la Guardia Civil, que me fueron presentados como el cabo Mariano Ojeda y el cabo Juan Rubiales.

Me fijé mejor en el brigada Miñana, era excepcionalmente alto y guapo. Aparentaba unos cuarenta y cinco años bien llevados. Hablaba despacio y de forma comedida. Probablemente pensaba más que hablaba. Lo catalogué como peligroso, al menos para mí.

Los cabos no me gustaron en absoluto. El primero, Ojeda, mostraba una actitud chulesca, casi bravucona. Lucía un aspecto desaseado, con el cabello grasiento y las uñas descuidadas. La ropa se le ajustaba más de la cuenta en el abdomen y mostraba la cara hinchada, muy probablemente por el abuso continuado de alcohol.

Debido a mi falta de autocontrol frente a provocaciones innecesarias, inicié un duelo de miradas con él cuando, nada más verme, decidió quejarse al brigada por la presencia de un civil en la sala. Queja que, por otra parte, solo sirvió para que el brigada hiciera honor a lo que se esperaba de su rango y lo pusiera en su sitio con un gesto que no aceptaba réplica, tras lo que Ojeda, en un acto de lo más adulto, se dedicó a ignorarnos a todos mientras se examinaba la punta de sus zapatos.

El segundo, Rubiales, me miró con ojos inexpresivos y la boca entreabierta, no daba la sensación de poseer demasiada inteligencia. Ninguno de los dos daba el perfil de lo que se esperaba de un guardia civil.

¡Vaya papelón tenía Rosa lidiando con esos dos!

Tras las presentaciones, revisé la sala de un rápido vistazo. La pared frontal estaba cubierta por una inmensa pizarra magnética que exponía las fotografías del caso.

Me acerqué a ella como una polilla a la luz y comencé a revisarlas una por una, en particular las de la escena del crimen en las que aparecía la víctima.

Me costó reconocer al padre Damián que conocía en el objeto de esas fotografías y, aunque intenté evitarlo, me impresioné. La lividez de su rostro por la pérdida de sangre, la posición

antinatural que ocupaba su cuerpo...

Una de ellas mostraba al difunto postrado en su mesa sobre un gran charco de sangre. La cantidad de sangre ponía de manifiesto que el cadáver no había sido movido; dicho de otro modo, esa era la escena del crimen.

Su rostro parecía relajado, tranquilo. En el momento de la fotografía todavía no había aparecido el *rigor mortis*, por lo que la muerte se habría producido como máximo cuatro horas antes.

En otra de las imágenes, se apreciaba la sección que había producido en el cuello el arma utilizada. Esta iba de izquierda a derecha, anunciándonos que el asesino muy probablemente fuera diestro.

Otra de las fotografías presentaba un plano general del despacho de la casa parroquial, donde se había producido el homicidio. La habitación estaba ordenada, a excepción de unas gafas de lectura y un manojo de flores, que se veían desparramadas en el suelo justo a la entrada del despacho. No se apreciaban forcejeos visibles.

—¿Alguna puerta o ventana forzada? —pregunté para descartar un intento de robo que no parecía plausible.

—No —respondió Rosa—. Y tampoco se ha echado nada en falta.

—¿Y las flores?

—Las traía Pepa, casi todos los días cambiaba las flores de la iglesia. En primavera las recogía de su jardín, pero ahora, en invierno, las solía comprar el día antes. Según ella se le cayeron al entrar, cuando vio al padre.

—¿Quiénes tenían copia de la llave de la casa parroquial?

Rosa, después de repasar sus notas, me respondió que de la casa la tenían Pepa, Dolores, Gisela, mi tía y Marcela, la limpiadora, y de la Iglesia, Pepa y Marcela.

—¿Por qué tanta gente? Ah, es verdad. Hacían turnos para cuidar al párroco —dije recordando la conversación con mi tía, en la que ella intentó convencerme de que estaba lo suficientemente sana como para incluirse en la ronda de turnos de cuidado del padre Damián, y yo me había negado en redondo—. ¿Cómo eran los turnos?

—No sé cómo lo sabes, pero sí, hacían turnos. Dolores y Angustias hicieron el turno de la tarde y Gisela hizo el turno de noche. Pepa debía haber hecho el de la mañana.

Pedí una copia de las notas de la investigación, del informe forense y del dactiloscópico. Este último no aportó apenas información: en él aparecían las huellas de medio pueblo; por lo visto todos habían ido a visitar al padre Damián en algún momento esos días, incluidas mi tía y yo.

El informe forense confirmó lo que me había adelantado Rosa, quien comenzó a hacerme un resumen más detallado.

—Pepa llegó a la casa parroquial sobre las nueve de la mañana. Gisela había estado con él desde las diez y media de la noche hasta las nueve, hora en que se marchó. Roberta confirmó su coartada porque la vio llegar a casa sobre las nueve y media, y la saludó cuando salía ella de casa para comenzar su jornada.

—¿Coartada? —pregunté sorprendida—. Podría haberlo asesinado antes de marcharse. Gisela indicó que se marchó a las nueve de la mañana; eso no la descarta. ¿Y respecto a la de Pepa?

—No tiene, aunque Marcela llegó poco después de las nueve, y ya se encontró a Pepa en estado de *shock*.

—Eso tampoco exculpa a Pepa porque podría haber mentido en la hora de llegada —dije pensativa—. Cuéntame ahora algo más sobre los eventos anteriores: el golpe en la cabeza y la

salmonelosis.

—Sabemos más bien poco. El golpe en la cabeza ocurrió una semana antes, el lunes anterior, cuando se dirigía a la casa parroquial. No hubo testigos, Marcela se lo encontró inconsciente en la calle. Don Eulalio, el médico del pueblo, comentó que no había visto necesidad de llevarlo al hospital. Tras revisar las radiografías que le habían hecho en el ambulatorio al que lo trasladaron inicialmente, decidió que lo que debía de hacer el paciente era descansar. Se investigó como accidente, para gestionar el seguro, y no se detectó nada extraño. Tres días más tarde, empezó a mostrar síntomas de salmonelosis. Como sabes, en San Juan siempre se ha considerado que hay un foco de salmonela no declarado. El caso es que las pruebas resultaron negativas en esta ocasión, pero aun así lo siguieron tratando con antibióticos. Había mejorado, según comentaron las amigas de tu tía que lo cuidaban, cuando después ocurrió el asesinato.

—Un golpe en la cabeza que casi lo mata, una posible enfermedad mortal y, posteriormente, un asesinato. Demasiadas coincidencias, ¿no te parece?

—Bueno, no podemos estar seguros al ciento por ciento.

La miré de hito en hito; solo había que sumar dos más dos.

—¿Alguien que se beneficiara con su muerte? —indagué.

—No que sepamos, pero todavía no hemos podido hacernos con el testamento, estamos en esas diligencias con la jueza —contestó Rosa—. Bueno, si te parece, te dejamos a solas para que puedas ponerte con las declaraciones y las transcripciones de los interrogatorios.

La detuve levantando mi mano y dije mirándola a los ojos:

—¿Y tú, Rosa? ¿Sabes de alguien que pudiera haber odiado tanto al padre Damián como para haber hecho algo así?, ¿o, al menos, que tuviera algo contra él? No es solo que deseara su muerte, era algo muy personal. No fue un accidente, su intención clara era el homicidio. Quería matarlo y lo consiguió.

Todos los presentes la miramos esperando su reacción.

Rosa negó con la cabeza, dubitativa, ni siquiera verbalizó una respuesta. Yo tampoco dije nada, pero sabía que me estaba mintiendo.

ESCEPTICISMO
Labios fruncidos
Aclarar la garganta
Cejas levantadas

Con los datos necesarios para empezar, decidí aclarar los términos de mis futuras actuaciones:

—Brigada Miñana —comencé—, antes que nos comprometamos todos a nada más, necesito que queden claras mis condiciones para que no haya malentendidos —dije mirándolos a los ojos uno por uno.

—Está bien, continúe —me animó el brigada.

—El trabajo del personal del SAC, como saben, es colaborar en la investigación del caso, elaborando los perfiles psicológicos necesarios para poder realizar hipótesis alternativas que puedan llevar a solucionarlo.

Todos asintieron al unísono.

—Bien. No trabajo así. —Y continúe sin esperar a que las caras de sorpresa se disiparan—: Yo no me quedo ahí, y eso es lo que quiero que acepten de primeras. Estaré presente en todas las entrevistas a los testigos y sospechosos y colaboraré de forma directa en la investigación. Obviamente, utilizo mis conocimientos de psicología y psiquiatría, pero iré más allá. Seré, de forma extraoficial, la investigadora jefe del equipo. No una investigadora más, sino la investigadora jefe —insistí. Hice una pausa lo suficientemente larga como para que entendieran que conmigo no habría medias tintas, o aceptaban mis condiciones o nada—. Si están de acuerdo, les expondré mi sistema de trabajo.

El cabo Ojeda bufó y soltó una risa ácida, los demás estaban tan desconcertados que no encontraban palabras.

Lo sé, soy una megalómana de libro, pero me daba igual, cuanto antes se dieran cuenta, mejor.

—Sé que no es lo habitual —dije intentando suavizar mis palabras—, pero así es como trabajo, y les aseguro que soy la mejor.

El brigada permaneció en silencio unos segundos. El cabo Ojeda lo miró sorprendido. No entendía cómo no me habían mandado bien lejos al escuchar mis palabras. Debía pensar: «¿Pero qué coño está considerando?, ¿no ve que no podemos aceptar eso?».

El brigada, sin embargo, se encontraba valorando justamente lo contrario. Repasaba mi brillante currículum mentalmente, y las buenas referencias que de mí le habrían dado en el SAC. Por último, decidió que yo debía de valer la pena; después de todo, se estaban ahogando, y lo sabían.

—Está bien. Lo hemos entendido. Cuéntenos cómo trabaja.

Dicho esto, Ojeda me lanzó una mirada asesina y salió de la sala dando un portazo.

—Mi forma de trabajar no difiere en gran medida de la de ustedes —dije a modo de

introducción—. Primero escucharé las declaraciones grabadas. Es prioritario que conozca a la víctima en profundidad; para ello hablaré con las personas más cercanas a esta y visitaré de nuevo la escena del crimen.

»Después, continuaré con los sospechosos o testigos: empezaré con Marcela, por ser quien mejor conocía a la víctima; después entrevistaré a Pepa, por ser la persona que descubrió el cuerpo, y, por último, hablaré con Gisela, porque, a mi modo de ver, es la única que tuvo la oportunidad de asesinarlo.

Con este discurso les tenía comiendo de la palma de mi mano. Por sus caras entendí que estaban impresionados con la valoración que había hecho del caso a los pocos minutos de entrar en él.

Estaba segura de ello porque pocas personas podían ocultarme información con su rostro. Mi trabajo consistía mayormente en eso: filtrar mentiras. Todo el mundo miente, menos los borrachos y los niños, se dice. Pues bien, todo el mundo miente, y además lo hacemos constantemente.

Nuestra percepción de la realidad se ve influenciada por varios factores, como nuestras conexiones neuronales, nuestra genética o incluso nuestro estado emocional. La mayoría de las mentiras se producen por la propia interpretación de la realidad, la cual puede variar en cada individuo e incluso en función del estado hormonal de la persona. De esta forma, una misma circunstancia puede ser percibida y expresada de manera diferente por cada uno de nosotros según nuestro estado anímico.

Además, solemos mentirnos de forma inconsciente para evitar una realidad dolorosa. También mentimos para proteger a otros: mentiras piadosas o sin importancia, o mentiras de carácter social para engrandecernos a nosotros o a nuestros seres queridos.

Todas estas eran las mentiras con las que se tenía que lidiar en la investigación de un crimen. Sin olvidarnos, por supuesto, de la más importante: la del asesino, que pretende engañar para quedar libre.

Mi trabajo era algo así como separar la paja del trigo.

—Muy bien, Cristina, procederemos como indica —aceptó el brigada.

REMORDIMIENTO

Silencio

Barbilla temblorosa

Mirada hacia el suelo

Una vez sola en la sala, me senté en una de las sillas. Cogí una libreta y un bolígrafo, y me preparé para tomar notas.

Dispuse las transcripciones en el orden en que escucharía las declaraciones grabadas. Mi intención era tomar notas respecto al uso de determinadas palabras y cambios de tono.

El proceso me llevó dos horas, durante las cuales solo me levanté para ir al aseo y coger un café de la máquina.

Las declaraciones grabadas de Pepa y Gisela establecieron los tiempos en los que había podido llevarse a cabo el homicidio: de seis a nueve de la mañana. No habían aportado ninguna otra información relevante. Pepa había confirmado su hora de llegada, —nueve de la mañana—, y que se había encontrado al difunto en un charco de sangre. En el momento de la declaración todavía le costaba articular palabra. Seguía en *shock*.

Al preguntarle a Gisela si alguien podía confirmar la hora en la que se había marchado de la casa parroquial, esta al principio lo había negado, pero luego había recordado a Roberta. Comentó que se la había encontrado cuando salía de casa camino a la farmacia, sobre las nueve y media de la mañana. A ninguna de las dos se les había ocurrido nadie que odiara a la víctima o que pudiera haber hecho algo así.

Marcela había confirmado que llegó sobre las nueve y diez, y que se había encontrado a Pepa blanca como la pared y muy aturdida. Le preguntó qué le ocurría y esta no fue capaz de hilvanar dos palabras coherentes seguidas. Respecto al arma del crimen, el posible cuchillo cebollero, había indicado que no tenían ese tipo de cuchillos en la cocina de la casa parroquial. El padre Damián no cocinaba, era ella la que le llevaba la comida todos los días; la hacía en su casa y la llevaba hasta allí. Cuando le habían preguntado si conocía a alguien que hubiera tenido algún motivo para hacer algo como eso, contestó que no. Pero al preguntarle si sabía de alguien que hubiera tenido alguna animadversión hacia la víctima, de cualquier tipo, había respondido que la única persona que creía que odiaba al padre Damián era Carlos.

¿Carlos? ¿Era por eso por lo que Rosa me había mentido? No quería que pensara en Carlos como un posible sospechoso. Si era así, tendría que hablar con ella muy seriamente. Si yo me estaba metiendo en este lío por ella, lo mínimo que podía hacer era no mentirme.

Las declaraciones de Dolores y Angustias no habían ofrecido nuevos datos. Habían confirmado la hora a la que Gisela había llegado esa noche a la casa parroquial para el cambio de turno.

En la declaración de Carlos, este se había mostrado bastante ofensivo, y había exhibido una conducta impropia del Carlos que yo conocía tan bien. No quiso que le tomaran declaración.

Roberta había confirmado la coartada de Gisela y, por último, finalicé la sesión con la declaración de mi tía Asun, que tampoco había aportado nada relevante al caso, puesto que no

estaba incluida en las rondas para cuidar al padre Damián.

Cuando salí de la sala, me dirigí a la mesa de Rosa, donde esta miraba distraída la pantalla de su ordenador y le daba un trago a su café. Quería confrontarla por su mentira, y le dije intentando controlar mi tono de voz:

—¿Se puede saber por qué me has mentido y de forma tan burda?

—¿Cómo? —Rosa estaba tan sorprendida que casi escupió el sorbo de café que tenía en la boca.

—Que por qué me has mentido —continué sin darle tregua—. Me has soltado un rollo impresionante sobre la amistad, lo importante que es para ti mi ayuda y bla, bla, bla, y a la primera pregunta directa que te hago sobre el caso, me mientes.

Rosa seguía sin comprender, así que se lo aclaré. Aunque no hubiera sabido que Carlos odiaba al padre Damián, cosa que realmente dudaba, Marcela lo había puesto sobre la mesa en su declaración.

No sabía dónde meterse, era consciente de que tenía razón. Su mirada de culpabilidad fue lo que necesitaba para continuar:

—Mira, Rosa, esta es la primera y la última vez que me haces algo así, porque a la siguiente dejo el caso. Me da igual en qué punto esté la investigación. Lo dejo y punto. —La miré directamente a los ojos, quería que le quedara cristalino—. Me dedico a detectar los embustes de la gente registrados en sus caras. Ten por seguro que, si me mientes, me daré cuenta antes de que tú llegues ni a ser consciente. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo mirándose las puntas de los pies.

—Bien, pues entonces a trabajar. Tenemos que hablar con todo el mundo de nuevo. Necesito ver las reacciones de todos, y han pasado varios días. El asesino ha tenido tiempo de recomponerse, será difícil pillarle en una mentira. Primero empezaremos por conocer a la víctima. Vamos a ver la escena del crimen. ¿Estará allí Marcela ahora?

Rosa asintió.

—Perfecto, así mataremos dos pájaros de un tiro. Necesito hablar con ella porque era la persona que conocía al verdadero padre Damián.

En una investigación era clave conocer la vida de la víctima hasta el último detalle, eso nos llevaría a dar con el asesino. Este debía ser alguien que se sentía hasta tal punto enfurecido con el difunto, que había optado por acabar con él. Los detalles en la vida del primero nos llevarían a dar con esos motivos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que las personas dejamos ver una cara de puertas afuera, pero en casa, con nuestras miserias, mostramos otra mucho más cercana a la realidad. Esa versión del padre Damián es la que quiero conocer. Para nosotras, el padre Damián era alguien entrañable, alguien querido, pero para otra persona esto no era así —dije mientras agarraba mi bolso y me lo colgaba en el hombro—. Marcela debía conocer esa otra faceta muy bien, porque se encargaba de las tareas domésticas de la casa parroquial. Para hacerme una idea del verdadero padre Damián, tendré que hablar con ella. —Y continué casi para mis adentros—: Bastante contaminada estoy ya con los recuerdos de mi infancia y mis últimos contactos con él. Necesito vaciarme. Necesitamos a Marcela.

IRRITACIÓN
Labios fruncidos
Ceñudo
Brazos cruzados

Tenía grandes expectativas en la conversación con Marcela y estas se vieron colmadas con creces. Cuando llegamos a la casa parroquial, la encontramos limpiando el despacho del padre Damián.

Marcela era una enjuta mujer de pequeñas dimensiones y carnes secas que se movía a una velocidad vertiginosa. Por su aspecto, debía de tener alrededor de sesenta años, pero contaba con una vitalidad que la rejuvenecía, si no fuera porque, al sonreír, mostraba varios huecos en su dentadura.

—Hola, no las había oído entrar —dijo mostrando su desdentada sonrisa.

—Siento molestarla, Marcela, pero queríamos hablar con usted si nos lo permite —solicitó Rosa.

—Claro, por supuesto —aceptó Marcela, animándonos a sentarnos en los butacones del despacho. Eligió otro para ella y también se sentó—. Estaba terminando de arreglar el despacho, en unos días vendrá el nuevo párroco, el padre Rafael, y quiero que todo esté impecable a su llegada. No saben cómo lo dejó todo aquí la policía, entre eso y bueno... —hizo una pausa—, ya saben.

Sí, lo sabíamos. Se refería a la sangre que el padre Damián había vertido durante su asesinato. Tras el *shock* inicial por el fallecimiento de alguien, especialmente en circunstancias traumáticas, la vida poco a poco continúa y la rutina diaria toma su curso natural, hasta que algo nos golpea y vuelve a traer la muerte a nuestros pensamientos.

Mientras Rosa le explicaba por qué volvíamos a tomarle declaración, yo dediqué esos minutos a revisar el despacho del padre Damián. La mesa estaba situada delante de una gran ventana, pero existía un amplio espacio entre ellas y habría permitido a alguien ocuparlo y maniobrar fácilmente. Todo parecía indicar lo que me temía desde el principio: el padre Damián conocía a su asesino; confiaba en él lo suficiente como para permanecer sentado en su mesa, mientras el asesino se encontraba a su espalda.

—En lo que yo pueda ayudar...

—Respecto a la caída de la maceta, ¿fue usted quien se lo encontró en la calle inconsciente?

—Sí. Salía yo de casa de mi amiga Luisa, que me había invitado a tomar café y echamos la tarde, y una cosa llevo a la otra, y al final abrimos un vinillo...

Rosa la interrumpió con una mirada impaciente, y Marcela abrevió, un poco avergonzada:

—Bueno, pues eso, que salía yo tarde de la casa de mi amiga y pasé por delante de la casa parroquial de camino a mi casa, y allí estaba, *tirao* como un zapato viejo.

—¿Llegó a ver a alguien por los alrededores?

—No. Ni se sabe el tiempo que el pobre llevaría ahí.

Rosa hizo estas preguntas para que yo escuchara en directo sus respuestas. Ya habían

recabado toda la información posible en su momento y no habían llegado a mucho más en esa investigación.

—Nos gustaría aclarar un par de detalles más. La mañana del asesinato, cuando vio a Pepa... ¿llamó algo su atención? Su ropa, por ejemplo —dije.

—¿Quiere decir si estaba manchada de sangre? Pues... no. No tenía manchas de sangre. Quiero decir, me fijé bien, y les aseguro que, si la hubiera visto manchada de sangre, lo hubiera notado.

—¿Qué ropa llevaba esa mañana? —insistí.

—Tengo todo grabado en mi memoria, no puedo olvidar nada, aunque lo intento, no crean. Esos breves momentos se convirtieron en horas. Pepa llevaba su rebeca gris y un vestido marrón con flores blancas —contestó Marcela tras unos segundos.

Esa era la ropa con la que aparecía en las fotografías de la escena del crimen.

—¿Está segura?, ¿no llevaba ningún abrigo?

—No. El abrigo siempre lo dejamos colgado en el recibidor que hay nada más entrar en la casa parroquial. Pepa se lo debió de quitar antes de entrar al despacho a ver al padre Damián —supuso Marcela.

—Sí, tuvo que ser así, sí —comenté abstraída. Eso implicaba que Pepa no se había podido cambiar de ropa.

Aparté el aluvión de pensamientos que surgieron en mi mente en un segundo para centrarme en la otra pregunta que quería hacerle, esta era clave.

—Marcela, necesito que piense antes de responder. ¿Cómo describiría usted al padre Damián? Usted debía de conocerlo muy bien.

Marcela hizo lo que le pedí y, tras unos segundos de reflexión, respondió:

—Sé a lo que se refiere. Aunque nunca se debe hablar mal de los difuntos, creo que no hago mal a nadie, más bien al contrario, si les digo lo que realmente pienso.

Asentí en silencio, animándola a continuar. Sabía que lo que fuera a decir Marcela en ese momento era lo que habíamos venido a buscar allí.

—A mí no me engañaba, era un mal bicho. Parecía encantador y era muy educado con todo el mundo, excepto con aquellos sobre los que ejercía algún tipo de poder: conmigo, con los monaguillos y con una señora que bebía los vientos por él.

—¿Una señora? ¿Quién?

—No insista —dijo Marcela al tiempo que interrumpía mi siguiente pregunta con la mano—, de eso sí que no voy a hablar. No tiene absolutamente nada que ver con lo que ha pasado. Pero respecto al padre Damián, eso es lo que pienso.

—Bien, no le preguntaré por el otro tema... —por ahora—, pero dígame al menos por qué pensaba que el padre Damián no era buena persona.

—Oh, lo viví en mis propias carnes en muchas ocasiones. A los monaguillos siempre los estaba chillando, perdía los papeles muy rápidamente. Tenía la mecha corta, como dicen ahora. Conmigo, lo mismo, si las cosas no estaban como él quería, también me gritaba. En alguna ocasión pensé en despedirme, la paga que me dan no es mucha y como cobro pensión de viudedad de mi Fernando, luego hacienda se lleva un buen pico. A veces no tengo claro que me salga a cuenta dejarme el lomo, y menos como lo hacía por ese desagradecido. Era un maniático y así se lo dije en varias ocasiones.

—¿Y qué hacía él cuando se lo decía?

—No era tonto. Estaba suave como un guante un par de semanas, sabía lo que le convenía, pero luego siempre volvía a las andadas.

—¿De qué se quejaba, si puede saberse?

—Pues, déjeme pensar... Era un obseso, todo tenía que hacerse a su modo. Como si los demás fuéramos capaces de leerle el pensamiento: que si la raya del pantalón estaba un poco torcida, que si las toallas estaban demasiado ásperas, que si no podía tocar su armario en ninguna circunstancia, que si servía la sopa demasiado fría, que si los platos tenían que estar separados del borde de la mesa cinco centímetros. Todo así.

De ese aluvión de quejas, habría que estudiar bien cuáles eran realmente fidedignas.

—Entiendo. Me comentaron que Juan y Carlos tuvieron un problema con él cuando eran monaguillos —dijo Rosa.

La miré sorprendida. Otra cosa que no me había contado. Ella me devolvió una mirada apaciguadora, me lo contaría todo después.

—Oh, ya lo creo, y tanto. Hace años, apenas eran unos niños, sin querer o queriendo, vaya usted a saber, le rompieron al padre Damián un jarrón de cerámica que le había dejado su padre en herencia. El caso es que el piadoso padre Damián, cuando se enteró, se vengó de los críos pero bien. —Y añadió—: Les dirán que los castigó sin poder asistirle en misa durante un mes, eso fue lo que se comentó por el pueblo, pero no fue eso lo que pasó.

DECEPCIÓN
Hombros caídos
Labios apretados
Falta de contacto visual

La conversación con Marcela nos había ofrecido una información clave respecto a la esencia del padre Damián: tenía otra cara que desconocían la mayoría de sus convecinos. Si era capaz de actuar de la manera en que lo hizo con unos críos, podría haber sido muy cruel con adultos. Era hora de averiguar más sobre la verdadera naturaleza del difunto.

Para ello, tenía que hablar con mi tía. No sabía cómo era posible, pero ella ya se había enterado de que en la Guardia Civil me habían propuesto ayudar en la resolución del asesinato y que yo había aceptado.

Cuando llegué a casa era la hora de comer. Mi tía se encargó de poner la mesa, mientras yo improvisaba una comida muy sencilla: unas patatas con huevos fritos y pimientos.

Me encontraba un poco distraída. La conversación con Marcela... ¿Quién sería la mujer que estaba enamorada del padre Damián? ¿Sería Dolores? Viuda desde hace tantos años... Quizás.

Mientras comíamos, mi tía fijó en mí una mirada intensa y me dijo con voz severa:

—Cris, yo no me metería nunca en tus asuntos, pero... —Yo no estaba tan segura, sin embargo. Dejó la frase en el aire, buscando las palabras correctas, supuse—. Quiero que me digas que eres consciente, al colaborar en el caso del padre Damián, de que hay un asesino suelto por el pueblo. Esto no es como Madrid, aquí el asesino sabrá que estás ayudando a dar con él, y eso es peligroso.

Asentí. Hasta que mi tía no pronunció esas palabras, yo no había caído en esa posibilidad. Tragué saliva e intenté no darle demasiada importancia. Aproveché que el tema estaba sobre la mesa para hacerle las preguntas que deseaba:

—Tía, ¿cómo era realmente el padre Damián?

La mujer se quedó en silencio unos segundos, y a continuación respondió:

—A mí personalmente me parecía una buena persona, no sé qué le podía parecer a otros.

—Con algunas personas no se portó bien.

—Sí, puedo entender que algunas personas piensen así. Si me preguntas si es posible que el padre Damián fuera alguien diferente en función de con quien tratara, la respuesta es sí. Todos somos así.

—Sí, tía, lo entiendo. Pero no deja de ser chocante que todo el mundo ensalzara sus cualidades y nadie dijera nada negativo de su carácter hasta hoy.

—Porque esto es un pueblo, cariño, y nadie habla mal de los muertos. El padre Damián fue un santo para muchas personas, pero para otras... no sabría decirte.

—Y respecto a mujeres, ¿se le relacionó con alguna? —dije recordando la conversación que había oído el día del funeral.

Los ojos de Asunción se abrieron como platos.

—No, no, hijita, de eso no había nada o yo me hubiera enterado.

Insistí:

—Nos han comentado literalmente que una mujer bebía los vientos por él.

—Bueno —respondió visiblemente aliviada—, eso es otra cosa. Era un hombre muy atractivo, y a las viejas y no tan viejas nos encanta apreciar la belleza. A ver... —dijo pensativa—, ayudó mucho a Gisela en su momento, como sabes, y yo creo que ella le estaba muy agradecida. Alguna vez la he visto mirándolo con ojitos de cordero *degollao*, pero de ahí no pasaba la cosa, estoy segura.

Cuando terminamos de comer y de recoger la cocina, llegó la Paca para quedarse con mi tía mientras yo estuviera fuera. Subí a mi habitación a asearme un poco; Rosa me recogería en unos minutos para ir a la granja de Carlos.

Al bajar, escuché retazos de la conversación que estaban manteniendo mi tía y la Paca:

—Asun, sí, sí, lo que te digo.

—Pero bueno, aun así, tampoco es tan grave, ella es viuda desde hace más de veinte años, y nuestros tiempos no son los de ahora.

No pude averiguar de quién hablaban. Me acerqué para escuchar mejor.

—Ya, Asun, pero es que el chico tiene novia.

—¿Y estás segura? —insistió mi tía.

—Sí, sí, esta mañana la han visto salir de casa de su asistente, y llevaba la misma ropa que el día anterior.

Estaban hablado de Roberta, no cabía duda. ¡Dios mío! Pero qué nivel de control. Alguien había recordado la ropa con la que vestía Roberta el día antes. ¿Pero cómo podía ser posible? ¿Cómo de triste debía ser la vida de alguien para que pusiera todo su interés en la vida de otros?

Oí el coche de Rosa en la puerta y me despedí de mi tía y de la Paca rápidamente. Tuvieron la decencia de callar cuando me acercaba. Pobre Roberta, para una vez que se liberaba un poco... «Pero», pensé de pronto, «¿sería la primera vez?».

ADORACIÓN
Labios entreabiertos
Contacto visual constante
Boca seca

Las conversaciones con Marcela y mi tía habían alterado el orden de las visitas previstas. Mientras recorríamos los escasos cinco kilómetros que separaban el pueblo de la granja de Carlos, Rosa me relató lo que recordaba de la «venganza» del padre Damián.

Al parecer supo de ella por el propio Carlos —confesó culpable—, pero nunca llegó a creerlo del todo. Carlos, en su ostracismo, tampoco le explicó exactamente en qué había consistido la represalia. Únicamente le había dicho que había sido tan duro que hizo que lo odiara con todas sus fuerzas.

Sin embargo, Marcela había sido mucho más explícita. Nos había contado cómo llegó a enterarse.

—Estamos hablando de uno de los febreros más fríos que habíamos pasado en el pueblo —relató—. El agua de las canaletas se congelaba dentro de las tuberías.

Dijo que había pasado por delante de una de las ventanas de la casa parroquial que dan al patio interior, y los vio a los dos, de rodillas, con los brazos en cruz, sosteniendo en sus manitas pesados libros que no podían dejar caer al suelo.

—El malnacido los había obligado a quitarse abrigos, jerséis, camisas y pantalones. No me lo podía creer, ¿qué estaban haciendo esos niños ahí fuera? Los pobres no podían ya articular palabra, pero entendí que los había castigado el bondadoso padre Damián. Fui en su busca y, cuando lo tuve delante, lo increpé. —Marcela, mientras nos relataba los hechos, había mostrado en sus ojos la crispación propia de la rabia, con la mandíbula y los puños apretados—. ¿Qué pensaba que estaba haciendo con esos niños ahí en el patio?, ¿quién se creía que era? Helados como pajaritos, los pobres. Me dijo, con una frialdad que me heló la sangre, que hacía la obra de Dios. Le grité y lo llamé loco desalmado. Por lo visto les había hecho pasar toda la mañana en esa posición. No pude contenerme por más tiempo. Cogí a los niños, los bañé en agua templada, los vestí y los llevé a su casa.

—Tienes que admitir, Rosa —dije volviendo a nuestra conversación—, que esto que sabemos ahora debería hacernos ver que el padre Damián no era el santo que nos habían hecho creer todos.

El padre Damián había sido despiadado, perverso —no sabía cómo describirlo—, con unos chiquillos que habían roto un jarrón.

Rosa, fiel por naturaleza, no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente. Dio la callada por respuesta y siguió conduciendo en silencio.

—Rosa, los sacerdotes no suelen ser víctimas de asesinato. No en nuestra época. A este hombre lo habían intentado asesinar en otras dos ocasiones, y ahora nos enteramos de esto.

—No puedes estar segura, Cris.

—¿De qué no puedo estar segura? ¿De lo que nos ha dicho Marcela, del accidente de la maceta, de la salmonelosis negativa o de la cuchillada? —A Rosa no le estaban gustando nada mis observaciones, pero tenía que oírlas. Esto es lo que pasaba cuando se investigaba un asesinato en el que uno estaba involucrado emocionalmente. Rosa había tenido una relación mucho más estrecha que yo con el padre Damián. Investigar su asesinato le iba a pasar factura.

Atravesamos el vallado exterior del recinto e, inmediatamente, percibimos la mezcla de olores a animales y piensos suspendida en el aire. En una de las vallas había sido donde, siendo unos críos, encontramos a la cachorrita Canela, que estaba medio grogui del agotamiento al intentar escapar de los alambres que la aprisionaban. Todavía no se llamaba Canela.

Parecían haber pasado miles de años.

Carlos fue el primero que la vio y saltó como un resorte. Nos dijo que la acariciáramos para tranquilizarla, y corrió veloz a la granja a por unas tenazas. Llegó sin aliento; mientras tanto, Rosa, mareada al ver la sangre donde los alambres sin piedad habían mordido la carne del animal, se apartó a un lado, y yo, con paciencia, intentaba tranquilizar al perrete, que se ponía a aullar al más leve toque. Carlos cortó los malditos hierros oxidados con la precisión de un cirujano, y con mucho cariño liberó al chiquitín, que resultó ser chiquitina.

Y ese incidente derivó en varios acontecimientos que cambiaron de alguna forma nuestras vidas: Carlos decidió que estudiaría veterinaria; Rosa, que sería la dueña de la perrita; yo, que nunca tendría una mascota, el dolor que había visto en sus ojos se había clavado de forma cruel en mi subconsciente y no quería que nadie me mirara así de nuevo, y Canela, que, aunque a partir de ese momento tendría una nueva dueña, su corazón siempre sería de Carlos, hasta el final de sus días. Y así fue: durante los siguientes diez años, Canela saltaba a los brazos de Carlos siempre que tenía la oportunidad, y con sus ojos negros completos, miraba con una sonrisa, que podía ser humana, a su amado humano.

Rosa pareció leer mis pensamientos, porque me tomó la mano y dijo:

—Es curioso el amor. Cuando Canela murió, parte de mí se fue con ella, aunque ella siempre quiso a Carlos mucho más.

Y tú a Carlos también, pensé.

DESDÉN
Brazos cruzados
Mueca en los labios
Ojos entrecerrados

Llegamos en silencio a la granja. La entrada estaba enmarcada por un «trenecito aéreo de huevos volantes». Era una forma divertida de describirlo. Se trataba de una cinta transportadora que llevaba los huevos desde la granja ponedora hasta la nave envasadora. Realmente era una cosa digna de ver, todos esos huevos volando en el aire por encima de nuestras cabezas.

Aparcamos en la zona asignada y nos dirigimos a la nave envasadora, donde Carlos tenía su despacho. La puerta peatonal daba acceso directo al área donde se encontraban las líneas de envasado.

Nos acercamos al encargado, un chico bastante joven para el puesto, que en ese momento estaba explicándole a una operaria cómo detectar posibles enfermedades de los huevos a partir de las imperfecciones que mostraban; para ello usaban una potente luz con la que debían revisarse uno por uno. La lámpara de revisión parecía tener más luces que la chica, que estaba más pendiente del propio encargado que de las alteraciones de las cáscaras.

El chico nos señaló dónde se encontraban las oficinas y, tras una mirada en la dirección indicada, hallamos una puerta que abrimos sin llamar.

—Hombre, Cagney *and* Lacey —bramó Carlos al vernos—. ¿Qué? ¿Ya os han dicho en el pueblo que soy el único que no soportaba al maldito cura?

No soy una persona que se quede sin palabras fácilmente, pero esta bienvenida no me la esperaba. En teoría, éramos sus amigas, sobre todo Rosa. No tenía ni idea de dónde venía tanto resentimiento.

—Si me vais a preguntar si maté al venerable padre Damián, la respuesta es no, pero me quito el sombrero; el que lo hiciera le hizo un gran favor a este puto pueblo.

Rosa iba a contestar algo de malos modos, pero la interrumpí —no iba a permitir que su actitud nos afectara—. Le pregunté qué tenía contra el padre Damián; quería ver cómo lo explicaba, qué emociones transmitía.

Carlos nos miró fijamente. Finalmente, decidió responder algo más tibio:

—Digamos que lo conozco, conocía —se corrigió—, desde hacía muchos años, al fin y al cabo, Juan y yo fuimos sus monaguillos. —Cargó esta última palabra con sorna.

Rosa resopló, no era la respuesta que esperábamos, y cuando estaba a punto de manifestarlo, Carlos la interrumpió:

—No voy a decir nada más, Rosa. Si quieres, me llevas al cuartel detenido. No voy a hablar nada más del mierda ese.

—Vale, Carlos —respondió Rosa—, como quieras, ya nos enteraremos de otro modo. Dime, por favor, dónde estabas el lunes entre las seis y las nueve de la mañana.

Y en ese momento Carlos comenzó a mentir.

A los mentirosos compulsivos, los que se creen sus propias mentiras, es más difícil pillarlos, pero las personas normalmente sinceras, como Carlos, cuando mienten actúan de forma similar: aprietan los labios o se tapan la boca, parpadean mucho o mueven los ojos de un lado a otro y miran hacia la derecha. Carlos miró a la derecha.

—Estuve en la granja, como siempre a esas horas.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Estuve solo hasta las siete y después llegó Pablo.

—¿Entonces nadie puede confirmar lo que hiciste entre las seis y las siete de la mañana de ese lunes? —preguntó Rosa.

—Bueno, tú no, desde luego. —Y añadió con crueldad—: Aunque te hubiera gustado, ¿verdad?

Rosa había tenido bastante y, sin darme tiempo a nada, le puso las manos a la espalda y lo sacó esposado del despacho ante la mirada atónita de todos los trabajadores de la planta.

Carlos, muy enfadado, se apartó de ella de un empujón y gritó:

—¡Rosa, quítame las putas esposas! ¿Quieres saber con quién estuve esa noche? ¿Quieres saberlo? —gritó de nuevo—. ¡Pues con una chica de Rodellanos! Fuimos al cine, y después, para tu información, a cenar y luego a echar un polvo a su casa. Tengo su teléfono si quieres confirmarlo, se quedó muy contenta y me llama todos los días para repetir.

Rosa visiblemente afectada, le quitó las esposas y se dirigió sin decir una palabra más hacia el coche. Miré a Carlos muy enfadada —se había pasado tres pueblos—. Bajó la mirada. Lo que había dicho, y su forma hiriente de expresarlo, acababa de marcar un antes y un después en su relación con Rosa, y él lo sabía.

Subimos al coche sin decir una palabra y continuamos en silencio todo el trayecto de vuelta. Solo cuando hice el amago de abrir la puerta para salir, Rosa empezó a llorar. Sostuve su dolor abrazándola en silencio.

TRISTEZA
Caminar pesado
Ojos hinchados
Llanto

Pese a mi ámbito profesional, solía considerarme una anguila lisiada en lo referente al contacto físico con otras personas. Preferí optar por no hablar y continué abrazando a mi amiga, en un silencio apenas roto por la cadencia de sus hipos. Rosa lloraba por todos los años que habían ido pasando, por todas las esperanzas borradas y por todos los amores que no dejó que llegaran, esperando siempre al ansiado Carlos.

Por fin, parecía que Rosa podría abrir los ojos, aunque no estaba segura al cien por cien de que fuera a ser así. Era más que probable que, pese al batacazo de ese día, al siguiente, con la cara lavada, encontrase una justificación que solo a ella le serviría y volviera a las andadas.

Cuando llegué a casa, y después de dejar mi indumentaria para el frío colgada en la entrada, encontré a mi tía sentada a la mesa. En ella estaban dispuestos dos servicios impecablemente colocados. Sabía el esfuerzo que le habría llevado a mi tía poner la mesa con su brazo inútil, y lo que significaba. No había cenado por esperarme. Eran casi las diez de la noche.

Un puñetazo de ansiedad y vergüenza golpeó mi pecho. ¿Cómo podía ser tan egoísta? Desde que había aceptado el caso, había dejado a mi tía en manos de la Paca, sin consideración por ninguna de ellas. Eso no volvería a repetirse.

Le di un beso en la mejilla a mi tía, esperando poder transmitirle sin palabras lo avergonzada que me sentía, y me puse rápidamente a hacer la cena.

Si mi tía estaba enfadada o decepcionada, no lo demostró. Me siguió como un cachorrito a su amo y me fue preguntando toda clase de cosas respecto al caso que estábamos investigando.

Suspiré. Tenía que decepcionarla otra vez. Tuve que explicarle que no podía compartir información del caso con nadie, ella incluida.

Tras este último fiasco, y con un puchero de disgusto, se sentó de nuevo en su sitio a la mesa y esperó a que yo me sentara a acompañarla para la cena.

—Algo me podrás contar, ¿no? —dijo demostrando el disgusto en el tono de su voz.

—Tía, de verdad, no puedo contar nada. Podríamos tener problemas ambas. Cuéntame tú, ¿qué has hecho hoy? De eso sí podemos hablar.

Mi tía siguió enfurruñada y en silencio. Empecé a sospechar que había hecho algún pacto con la Paca para sonsacarme información del caso, así que parte de lo mal que me sentía se desvaneció al momento.

Estaba a punto de llevarme una cucharada a la boca de la crema de verduras que había hecho como primer plato, cuando sonó mi teléfono. Era Rosa.

Qué raro. No hacía ni treinta minutos que me había dejado en la puerta de casa, y habría apostado que no querría hablar, al menos no de Carlos, durante un tiempo.

—Sí, Rosa, dime.

—Tenemos una información nueva sobre el caso: las hermanas Dolores y Angustias son las

beneficiarias de la herencia del cura. Al parecer, según el testamento del difunto, eran familia de algún modo. Mañana les haremos una visita.

Había dicho lo que tenía que decir y colgó.

Mi tía había escuchado la conversación. Estaba segura. Sus ojos tenían de pronto un brillo travieso muy llamativo.

—Bien, tía, sé que has escuchado todo lo que ha dicho Rosa. Así que dime, ¿qué sabes sobre que Dolores y Angustias fueran familia del padre Damián?

No intentó negarlo.

—Pues estoy tan sorprendida como debes de estarlo tú. No creo que ni ellas lo sepan. Tantos años y nos enteramos ahora.

«Nos enteramos», había dicho. Como si ella debiera haber sido informada de algo.

En fin. Continué tomando la crema en silencio. Esta noticia cambiaba las cosas. De pronto, alguien sí tenía un móvil para el asesinato.

DETERMINACIÓN

Ceño fruncido
Labios apretados
Mentón alto

Claustrofobia, ese término serviría para describir lo que sentí cuando entré en casa de las hermanas. Un lugar oscuro, sin luz. Las personas que moraban allí no se habían permitido vivir.

Rosa había llegado tarde a recogerme esa mañana. Muy tarde. Cuando llegó, yo ya estaba completamente aterida. No se disculpó, cosa que estuve a punto de afearle, hasta que me fijé en las violáceas ojeras que ocupan gran parte de su cara. Muy probablemente no habría pegado ojo, pero me adelantó que no quería hablar sobre Carlos por el momento.

Fuimos a casa de Dolores y Angustias a pie; se encontraba a escasos cien metros de la de mi tía.

Cuando entramos, Dolores estaba terminando de arreglar a Angustias. Esperamos sentadas en el sofá hasta que estuvieron listas. La casa era muy sencilla, con muchos muebles, que habían pasado por épocas mejores, y todas las paredes estaban recubiertas de fotografías antiguas, probablemente heredadas de antepasados. No había huecos libres, lo que le confería a la casa un aire lúgubre, casi tétrico. De las ventanas colgaban espesas cortinas que impedían la entrada de luz, y su peso tal vez dificultara su apertura y, por tanto, la ventilación, por lo que la atmósfera era rancia. La mesa del rincón de la salita estaba cubierta por toda una suerte de medicamentos —para tratar la enfermedad de Angustias, supuse—.

Dolores tomó la palabra y dijo mirándonos fijamente a los ojos:

—Creo que es importante aclararos que nosotras no sabíamos nada de ninguna herencia, ni siquiera sabíamos que el padre Damián y nosotras fuéramos parientes.

Rosa y yo nos miramos y sin mediar palabra nos preguntamos cómo era posible que estuvieran ya en poder de esa información. Nosotras la habíamos obtenido a partir de una orden judicial y la lectura del testamento oficial no se produciría hasta tres días después.

—No tienen por qué preocuparse, que fueran las beneficiarias de la herencia no implica necesariamente que la policía las vea como posibles sospechosas —las tranquilizó Rosa

—Vemos películas, y sabemos cómo funciona la mente policial —contestó muy seria Angustias.

Lo cierto es que, pese a que tenían motivos para el asesinato, las había descartado como sospechosas. Angustias era dependiente y, si bien Dolores estaba en posesión de sus facultades, era complicado que hubiera llevado a cabo un asesinato premeditado, teniendo que dejar sola a su hermana. Además, los tiempos no cuadraban.

—De verdad, no hay por qué preocuparse —reiteré, aunque luego me vino una idea a la mente—, pero sí nos gustaría saber si han podido averiguar de dónde viene esa relación de consanguinidad.

—No. Estamos tan sorprendidas como vosotras —respondió Dolores—. Sabemos que nuestra madre no se hablaba con su familia por parte de padre por algo que había pasado años

atrás, cuando nosotras éramos unas crías. Algo relacionado con el marido de su prima, si no recuerdo mal, pero no estábamos al tanto de que nuestra madre tuviera relación con la familia del padre Damián. En absoluto.

—Bueno, si averiguan algo más, por favor, es importante que nos lo hagan saber.

—Sí, por supuesto. Esta tarde miraré en el desván, que hay cosas del año de Matusalén, a ver si podemos encontrar alguna pista. Sé que tenemos guardados documentos y quién sabe...

Mientras salíamos, me aparté un poco de Rosa y le pregunté a Dolores por el estado de su hermana:

—Cada vez está peor —dijo con voz apagada—. Ya no la puedo dejar sola ni un momento. Estoy por trasladar mi cama y que durmamos en la misma habitación. Cada vez tiene las crisis más continuas.

—En algún momento tendrá que tomar la decisión. —Pese a mis palabras un tanto crípticas, Dolores entendió a la perfección mi mensaje.

Negó con la cabeza mientras fruncía el ceño.

—No —respondió tajante—. Mientras yo pueda, mi hermana se quedará en casa conmigo. Asentí y la miré con tristeza. En breve Dolores no podría con su hermana.

SOBRECOGIMIENTO
Hombros caídos
Mano temblorosa a la frente
Inclinarse con las manos en las rodillas

Como volvíamos a pie de la casa de las hermanas —yo estaba literalmente congelada—, Rosa me pidió que la acompañara a la librería, que estaba de camino a mi casa, a recoger un pedido de libros que había hecho sobre criminología, y así aprovecharíamos para entrar en calor.

Mi cuerpo empezó a caldearse en cuanto entramos. La librería estaba acondicionada para que los clientes se encontraran a gusto y rebuscaran lo que desearan. Percibí el olor inconfundible a libros nuevos. El aroma seco a papel y cartón, a tinta recién impresa y a madera, de las estanterías de pino, de una librería bien surtida. Sentí la música de fondo, que invitaba a la compra, y el sonido de otros clientes que conversaban, mientras los chiquillos enseñaban deseosos a sus padres los cuadernos para colorear que habían descubierto en la sección de niños.

Así pues, en tanto que Rosa trataba con el propietario en el mostrador, yo me dediqué a fisgonear a mis anchas. Mi intención era curiosear la sección de divulgación científica, esperando encontrar alguna novedad en mi línea de trabajo. Aunque dudaba mucho que hasta San Juan llegaran las publicaciones anglosajonas de los nuevos eruditos de la investigación, y que prometían adelantarse al resto con publicaciones de carácter más inmediato que los libros, y mejor valoradas: las revistas científicas de renombre.

Atravesé varias de las altas estanterías con carteles que indicaban las distintas áreas, hasta que tuve al alcance de mi vista la sección que buscaba. Pero algo que atisbé por el rabillo del ojo llamó mi atención y me giré a la derecha. Allí me encontré frente a un muro de libros, todos iguales, y un gran panel que ampliaba la imagen de su carátula. Lo reconocí al instante.

Por fin se había publicado el último libro de Patrick Rothfuss. De pronto sentí que las lágrimas se agolpaban en mis ojos sin miramiento, y solo tuve oportunidad de decirle a Rosa que la esperaba fuera, antes de que mis mejillas se empaparan con la humedad salina de mis lágrimas que, congeladas por el frío exterior, enmarcaron mi dolor, poniéndole la guinda perfecta.

Llegué hasta la plaza y me senté en un banco. Intenté analizar mi reacción. Era visceral. No hacía falta ser psiquiatra para saber de qué se trataba: no había superado mi ruptura con Danny.

Con *El nombre del viento*, el primer libro de este autor, Danny y yo inauguramos una forma de ocio particular e íntima. Leíamos el mismo libro, a la vez. Incluso nos esperábamos para empezar un nuevo capítulo, en el caso de que el otro no lo hubiera terminado, y tras la lectura de la tarde, con una taza de café en la mano, lo comentábamos. Nos inundaba una sensación placentera, que arañaba nuestros cerebros, haciéndolos vibrar. Felicidad.

No llegamos a leer la segunda parte de la trilogía; entre la publicación de la primera y la segunda novela habían pasado cuatro años, y queríamos leérmola completa, así que decidimos esperar a que los tres estuvieran en el mercado. Lamentablemente, nuestra historia terminó antes. Cinco años antes.

Imaginé a Danny en Massachusetts, o donde viviera ahora con su familia, paseando delante

de una librería y viendo expuesta la nueva obra de Rothfuss. Conociéndolo, sonreiría, recordando con nostalgia nuestros momentos, y continuaría con la conversación que estuviera manteniendo con su nueva pareja. Eso sería todo.

Mientras, yo no podía respirar. Sentía que a mi cuerpo lo habían introducido en una mesa de tortura medieval, y una prensa despiadada aplastaba mi pecho hasta vaciarlo.

Rosa me encontró unos minutos después, completamente helada, pálida y boqueando como un pez. Se esperó conmigo hasta que me tranquilicé lo suficiente y me acompañó a casa.

LÁSTIMA
Barbilla caída
Sacudir la cabeza
Hombros curvados

La siguiente entrevista de la ruta debía ser Pepa, al fin y al cabo, era la persona que había descubierto el cuerpo. Yo ya me encontraba suficientemente repuesta de mi crisis del día anterior. No era la primera vez que me ocurría algo así. Quizás no tan fuerte. Mi tía, sin embargo, se llevó un buen susto. No me había visto nunca tan pálida. Estaba tan preocupada que tuve que contarle algo para distraerla, así que le conté lo que había mantenido en secreto para mí misma desde hacía meses: la propuesta de John.

—Y bien, ¿qué vas a hacer? —preguntó a las bravas.

Mi tía y mi padre se habían estado evitando todo este tiempo. Habían tenido sus más y sus menos. Más menos que más. Pero era fácil evitar a mi padre; él se evitaba incluso a sí mismo.

Su hermana se había casado con un borracho con aires de grandeza, y la había dejado cuando las cosas no iban bien para, después, triunfar en su profesión en su país de origen. Eso había provocado cierto resentimiento que los años no habían ayudado a curar. Ahora yo le venía con esto.

—Todavía no lo sé —contesté. Y era verdad, no había tomado una decisión. Dicho esto, me fui a mi habitación y me quedé encerrada en mi cárcel de pensamientos el resto de la tarde.

ASOMBRO
Boca y ojos muy abiertos
Respiración agitada
Parpadeo rápido

—¿Sí? —respondí un poco hastiada a la llamada entrante, mientras me limpiaba de las comisuras los restos de helado de chocolate que me estaba comiendo a dos carrillos y veía por enésima vez Rebeca en mi piso en Madrid.

Era inaudito cómo podías odiar a alguien por sus actos en la vida real, pero amar su obra de una forma tan pasional. Además de con Hitchcock, me ocurría algo similar también con Picasso, Michael Jackson...

No llegué a reconocer el teléfono. Supuse que la llamada vendría de alguna universidad americana, pidiéndome que fuera a realizar allí algunos trabajos.

Recuerdo que incluso pensé en la respuesta que iba a darles. Estaba hasta arriba de trabajo, y no quería realizar más viajes de los ya planificados en mi apretada agenda, al menos no por el momento.

—¿Cris? —preguntó una voz dubitativa.

Error. Horror. Era John.

Lllamarle John había sido la venganza personal a un padre ausente. Jamás volví a llamarlo papá.

—Cristina Peterson al aparato —dije en un intento de parecer profesional, como si no hubiera reconocido su voz, como si no fuera la última llamada que esperaba en el mundo. En cierto modo, lo era.

—Cris, soy John, tu padre. Verás... —hizo una pausa. Aunque llevara su discurso bien preparado, no le resultaría fácil verbalizarlo. Llamarse a sí mismo John era una especie de reconocimiento a su derrota—, conocí a alguien, a alguien muy especial, hace dos años. Se llama Jenny —soltó la primera bomba—, voy a casarme —soltó la segunda— y, bueno... estamos esperando un bebé —soltó la tercera.

Mi silencio se hizo patente, tragándose todo pensamiento lógico, mudo por una furia que crecía desde mis vísceras y pujaba por atravesar mi piel.

—Me gustaría que vinieras a nuestra boda. En realidad, me gustaría... —continuó aclarándose la voz— que vivieras un tiempo con nosotros, ya sabes... Que formaras parte de la vida de tu hermano.

Mi silencio después partió, dividido entre los latidos de mis sienes y mi respiración, que ya era audible en su resuello.

—Va a venir a la boda mucha gente que conoces. Lo pasaremos muy bien. He invitado a Paul, Deborah, Susie, Danny.

A Danny. Colgué. Después, vomité.

De esta llamada habían pasado dos meses. Seguía sin poder darle una respuesta.

IMPACIENCIA
Ceño fruncido
Tono de voz agudo
Mandíbula apretada

La casa de Pepa estaba situada al final del pueblo. Años atrás se encontraba a las afueras, pero como este había ido creciendo, ahora la casa quedaba dentro.

Pepa se mostró un tanto sorprendida al vernos. Nos hizo pasar a la sala de estar; la recorrí con la mirada. Pepa había alumbrado sus paredes cubriéndolas con multitud de lienzos, muy probablemente pintados por ella misma.

A pesar de mi falta de conocimiento en el tema, como en el cuadro que había visto en casa de mi tía, se podía apreciar la vibrante vitalidad que fluía de sus pinceladas. Casi toda la temática era floral. Presidiendo la pared central, una pintura particularmente grandiosa, con un granate vivo y de grandes dimensiones exponía una flor que reconocí, si bien no recordé su nombre. El resto de la sala destacaba por lo anodino, con muebles pasados de moda y tapetes de ganchillo sobre los sillones.

En la salita nos ofreció cafés y pastas de mantequilla que yo acepté de buen grado, dejando de paso que fuera Rosa la que tomara la palabra; yo me permití disfrutar de la explosión dulce y untuosa que sentí en mis papilas en cuanto engullí la primera pasta.

—Pepa, hemos venido en visita oficial. Cris nos está ayudando en la investigación de la muerte del padre Damián. —El comentario, un tanto seco, y la mirada recriminatoria subsecuente iban dirigidos a mí, por lo que tragué casi sin masticar la segunda pasta que me había metido en la boca—. Grabaremos esta conversación, si estás de acuerdo.

Pepa asintió.

—A ver si así se resuelve el tema. Ya ha pasado más de una semana y no he oído que se haya detenido a nadie, ni siquiera hay sospechosos —dijo agria.

Rosa ignoró su tono y continuó:

—Si bien no podemos informarte sobre los avances en el caso, ya que se ha decretado secreto de sumario, te aseguro que nos estamos dejando la piel. Necesito que le cuentes a Cris con todo detalle lo que pasó ese día.

—Ya lo he contado cinco veces —respondió Pepa—. Está bien, lo volveré a repetir las veces que haga falta —añadió suspirando.

Pepa nos relató que llegó a la casa parroquial como siempre, sobre las nueve de la mañana, un poco más tarde porque se entretuvo en regresar a casa a por las flores para la iglesia que se le habían olvidado. Nada más entrar, fue a ver al padre Damián, que a esas horas solía estar en el despacho leyendo. Prefería leer allí porque estaba ya cansado de su habitación.

—Llevaba casi una semana recluido en ella, entre lo del golpe en la cabeza y la salmonelosis, y estaba ya un poco harto de esas cuatro paredes. Y... —hizo una pausa— cuando llegué, lo encontré muerto sobre la mesa.

Analiqué su tono de voz y de primeras consideré que no había mentado. Pero no era una

prueba fehaciente, debería estudiar las grabaciones de nuevo para estar segura del todo.

—Estaba muy aturdida. Por lo que recuerdo, Marcela llegó unos minutos después.

Rosa le preguntó, una vez más, si conocía a alguien que pudiera ser capaz de hacer algo así o que tuviera algo contra el padre Damián. Esta negó con la cabeza, aunque añadió:

—El único del pueblo que no soportaba al padre Damián, vete a saber por qué, era el Carlos. Pero vamos, que no lo veo haciendo algo así.

Rosa se revolvió incómoda ante mi mirada acusatoria. Comenzaba a levantarse para despedirse, dando por concluida la conversación, pero la interrumpí:

—Pepa, ¿cómo describiría el carácter del padre Damián? Usted lo conocía bien. ¿Había notado algún cambio en su actitud o comportamiento en los últimos días? ¿Quizás estaba más nervioso de lo normal?

—Por lo que sé, todo el mundo lo quería, era muy atento. No noté nada diferente en su forma de ser. Es más, estaba contento, había superado el golpe en la cabeza y la salmonelosis y se veía con fuerzas para retomar su vida normal.

Cuando salíamos de la casa, me fijé en detalle en el jardín. Realmente estaba muy bien cuidado. Pude reconocer el arbusto de la entrada. Era el mismo que había servido de modelo para la pintura de las flores granates que tanto me había llamado la atención, aunque en esa época del año no tuviera flores. Por fin recordé de qué especie se trataba; era un ejemplo más de que la belleza podía ser muy peligrosa a veces. Me vino a la mente el brigada Miñana, no sé muy bien por qué. Se trataba del *Ricinus communis*, conocido como ricino, árbol del demonio o higuera del infierno. No era una planta ornamental ni tampoco autóctona en la Mancha. Su presencia en ese jardín no tenía demasiado sentido.

—Pepa —le dije—, esta planta no es común por aquí. ¿Cómo es que la tiene en su jardín?

—¡Ah, has reconocido el ricino! —respondió Pepa sorprendida—. La mayoría de la gente piensa que es una higuera. Me lo trajo mi Luis de Canarias, de cuando estuvo asignado allí.

Claro, eso tenía sentido, en Canarias el ricino era una especie invasora.

—Lo verás en muchos jardines de San Juan. A la gente le gusta tanto cuando está en flor que me piden esquejes todos los años.

Cuando estábamos a punto de entrar en el coche, Rosa me preguntó:

—Cris, yo no he estudiado de plantas, pero el ricino es un veneno, ¿verdad?

—Correcto, Rosa, pero en este caso no es solo relevante porque sea un veneno. La ricina, su toxina, produce, si no recuerdo mal, unos síntomas que pueden ser confundidos con una salmonelosis grave. Debemos solicitar que analicen la sangre tomada en la autopsia del padre Damián. Mucho me temo que sea positiva en ricina. Si, además, hay más gente en San Juan que puede tener acceso a este veneno, tenemos un verdadero problema.

ENVIDIA
Mirada ceñuda
Labios se estrechan
Tensión bajo los ojos

El cabo Mariano Ojeda estaba muy nervioso esa mañana. Había perdido más de quinientos euros en el bingo. Una vez más. Las tarjetas de crédito no daban más de sí, y su mujer ya le había dado un ultimátum la última vez. No, ella no podía enterarse de que se encontraban de nuevo en esa situación. De lo contrario, cogería a sus hijas y se marcharía a Madrid con su hermana.

Tenía que estudiar bien cómo solucionarlo. Ese dinero era necesario en casa. Si con su escaso sueldo y las deudas acumuladas casi no llegaban a fin de mes, con esta nueva sería imposible.

Tenía que reponerlo inmediatamente. El problema era que no sabía cómo hacerlo. Había quemado todas sus velas: no podía pedir más adelantos en el trabajo, en los comercios ya no les fiaban, y con sus amigos tampoco podía contar, les había dado el sablazo a todos.

El sonido de su móvil le apartó de sus pensamientos. La pantalla mostraba el nombre de Rosa la trepa, y en ese preciso instante lo recordó: tenía que haber ido a Rodellanos para hablar con Carolina Arias y confirmar la coartada de Carlos Escudero, pero se le había olvidado completamente, inmerso en sus problemas económicos.

Pensó rápido. Estaba harto de tener que justificarse ante todos. El tal Carlos había dado una coartada demasiado elaborada para que fuera inventada, era obvio. Tampoco creía que fuera necesario tener que ir a otra población a corroborarlo. Además, estaba harto de Rosa, era una capulla engreída. Se creía más importante que nadie por su ascenso, pero Mariano sabía que solo lo había conseguido por ser mujer. Ahora las cosas funcionaban así, discriminación positiva lo llamaban.

Cuando descolgó, respondió con un tono que sabía rayaba en la insubordinación:

—¡Que sí, coño, que está confirmada! —Y colgó sin despedirse.

A continuación, llamó por teléfono al móvil que le habían dado de Carolina. Tras un pitido de confirmación de tono, saltó el contestador. «Vaya por dios», pensó, «bueno, probaré más tarde». Sin embargo, de nuevo quedó atrapado en sus pesimistas pensamientos económicos y volvió a rumiar la forma más eficaz para salir del atolladero en el que se encontraba. La llamada no realizada quedó en un quinto plano en su cerebro.

NERVIOSISMO
Movimientos cortos y bruscos
Torpeza
Parpadeo rápido

Si la casa de Pepa estaba casi en un extremo del pueblo en una dirección, la casa de Gisela estaba en el otro, pero en dirección contraria; puerta con puerta con la casa de Roberta.

Rosa conducía un poco enérgica de más para mi gusto. Es cierto que teníamos algo de prisa porque queríamos terminar la reunión a mediodía, pero, aun así, me hizo ir incómoda en el coche.

Gisela abrió la puerta sin que el timbre hubiese llegado a sonar y nos dirigió a la sala de estar. Tras ofrecernos asiento, se acomodó ella también y nos miró expectante.

Rosa tomó la palabra de nuevo, explicándole el motivo de la visita, aunque ambas sabíamos que Pepa ya la habría informado. Yo me limité a escuchar, mi labor en esta ocasión era estar atenta a las expresiones faciales y corporales de Gisela.

Aunque normalmente las palabras que eligen las personas a la hora de comunicarse resultan muy relevantes para decidir si alguien miente u oculta información, en este caso iba a resultar más complicado, porque al ser extranjera, la elección que hiciera de sus palabras se debería más a su capacidad lingüística, que en este caso parecía limitada, que a una selección psicológica. Debía fijarme más, por tanto, en sus manifestaciones corporales y faciales.

Gisela explicó básicamente lo mismo que había dicho en su declaración inicial, sin embargo, estaba muy nerviosa. Los foráneos siempre se alteran ante la policía; es un acto instintivo, por lo que esos nervios podían no implicar nada en absoluto. No estaba en su país, no era una ciudadana más.

—Llego a las diez y media de la noche, me *cambio* por Dolores y Angustias. Ellas *marcharon* en cuanto yo *llego*.

—¿Cómo vio al padre Damián? ¿Estaba animado?

—Cansado, a esas horas siempre *flojo*. Después de cenar *quedar* dormido enseguida.

—¿Qué hizo una vez se hubo dormido?

—Cogí un libro y leí un poco, pero muy pronto *yo dormí* también.

—¿Sobre qué hora?

—Serían las once y media de la noche, más o menos.

Hasta ese instante, aunque muy nerviosa, Gisela nos había dicho la verdad, pero a partir de ese momento de la conversación, empezó a mentir.

—¿A qué hora se despertó?

—Cuando *empezó salir* el sol, serían las seis y media. Me levánté *prepararle* el desayuno y a asearle. Desayunó y sobre las nueve *leyendo* tranquilo en su despacho —relató mientras se retorció las manos.

—Sí, sí —dijo Rosa impaciente, todo eso ya lo sabíamos, no estábamos llegando a ningún sitio—. Roberta confirmó que la vio llegar sobre las nueve y media a casa.

El semblante de Gisela mutó de una tensión intensa a una expresión de alivio. Mmmm, ¿qué había pasado aquí?

—¿Notó algo fuera de lo común o que le llamara la atención? —continuó Rosa.

—No, nada. Todo fue *igual siempre*.

—¿Sabe de alguien que hubiera querido hacerle daño al padre Damián?

—Llevo días pensando en ello. No. Lo único que se me ocurre es que *era* un intento de robo, porque en el pueblo nadie *querer hacer* daño.

—Gisela, unos días antes el padre Damián tuvo un accidente, le cayó una maceta en la cabeza.

—Sí, fue cuando *empezar* a hacer los turnos entre nosotras.

Rosa asintió antes de preguntar:

—¿El padre Damián vio a alguien? ¿Sugirió algo? ¿Pensó que pudiera haber sido algo premeditado?

—No, que yo *saber* no.

Justo antes de despedirnos, Gisela preguntó tímidamente por sus gafas de lectura.

Rosa sonrió:

—Bueno, al menos hemos resuelto un misterio. Las gafas de lectura son tuyas.

—Sí, me las dejé olvidadas ese día y, claro, ya no *poder* recogerlas.

—No se preocupe, luego mandaré a alguien para que se las traiga de vuelta.

SOSPECHA
Frente arrugada
Piel enrojecida
Mirar fijamente

—¿Y dices que el brigada Miñana está casado? —pregunté discretamente mientras mi mirada se perdía en la siguiente chuleta que iba a coger, y de paso disimulaba un poco.

Era viernes noche, y Rosa y yo habíamos quedado para cenar en la bodega-restaurant de un pueblo cercano. Había pasado la tarde repasando la documentación para las siguientes conferencias mientras mi tía veía un rato la televisión y, sin querer, me había puesto a pensar si Miñana tendría una relación. Supuse que sí, alguien tan guapo e interesante no podía estar solo.

Rosa rio a carcajadas, mofándose de mí. Por lo visto, mi intento de disimulo no había colado.

—Creo que sí, porque tiene una foto de la familia perfecta en la mesa de su despacho, pero como es tan reservado... no lo sé con seguridad —dijo mientras le hincaba el diente a su segunda chuleta.

Rosa me había propuesto cenar en ese restaurante porque se trataba de un lugar tranquilo, donde podríamos hablar abiertamente del caso sin oídos indiscretos.

Me recogió a las nueve de la noche, puntual como siempre. Recordé agachar la cabeza antes de entrar en el coche. A veces mi estatura me hacía sentir incómoda —mi adolescencia fue algo dura por ese motivo; alta como una jirafa y grande como un elefante—; otras veces, sin embargo, mi corpulencia me hacía sentir poderosa.

Si en las anteriores ocasiones en las que me había desplazado con Rosa en coche había mostrado una conducción un tanto impetuosa, al salir del pueblo, por carretera nacional, me pareció literalmente un peligro al volante.

Se encontraba en su salsa. Yo, sin embargo, comencé a ponerme nerviosa. Intenté hablar lo mínimo, de forma que Rosa pudiera concentrarse en la carretera, pero fue un error. El hecho de que yo callara la animó: fue describiéndome cada casa, cada edificio, cada campo. Me contó, con todo lujo de detalles, a quienes pertenecían y la relación que tenían esas personas con otras gentes del pueblo, de las que yo no sabía, ni quería saber, absolutamente nada. Su atención empezó a dispersarse: señalaba los distintos lugares, gesticulaba con las manos...

Todos mis intentos de que condujera más despacio y más atenta resultaron infructuosos. Con la última curva mal tomada recuerdo incluso que llegué a cerrar los ojos. Necesitaba bajar del coche, necesitaba un cigarro urgentemente.

El pueblo estaba relativamente cerca, por lo que mi sufrimiento duró menos de lo que mis terrores preveían.

En cuanto bajé del coche eché mano a mi pitillera y, si hubiera sido una buena católica, habría besado el suelo. No quería ni imaginar cómo sería la vuelta, cuando Rosa, además, llevara unas cuantas cervezas.

El restaurante resultó ser un lugar muy pintoresco. Estaba decorado en la forma tradicional manchega, con paredes encaladas en blanco y la consabida cenefa azulona. Los elementos

decorativos eran pequeñas antigüedades, muy probablemente propiedad de la familia que regentaba el local, y que en otro tiempo habrían estado acumulados sin orden en un sótano, pero que ahora, cuidados y lacados, lucían primorosamente, cada uno en la ubicación perfecta.

El local no estaba demasiado concurrido, resultaba acogedor. Nos sentamos en la mesa propuesta por un camarero elegantemente uniformado, al lado de una ventana.

Tras la primera ronda de cañas, y los pinchos que siempre las acompañan en la Mancha, decidimos, antes de comenzar a charlar, pedir los platos en los que consistiría la cena: asadillo de pimientos, mojete de patatas y chuletillas de cordero a la brasa.

Solo entonces nos dispusimos a hablar del caso.

—Vamos a hacer un resumen de lo que tenemos hasta ahora —comenzó Rosa—. Por un lado, tenemos como sospechosas a Pepa, Gisela, Angustias, Dolores y Marcela.

—Medio pueblo —suspiré—. Bien, creo que podemos dejar de lado a Carlos, si su coartada se confirma.

—Sí —afirmó Rosa con un poso de pesadumbre en su voz—, su coartada está confirmada.

En ese momento se acercó el camarero con la comanda. Así que procuré pausar las conexiones neuronales entre mi estómago y mi cerebro, ya que de forma automática comencé a salivar con las viandas que tenía delante.

Aclarándome la garganta, continué:

—Pepa no tiene coartada, pero tampoco tiene móvil. Gisela lo mismo, pero sé que mintió cuando hablamos con ella y se me escapa el motivo. Puede que no tenga nada que ver con el asesinato, pero me chirría, la verdad.

—Gisela sí tiene coartada. Roberta confirmó que llegó a su casa sobre las nueve y media.

—No, Rosa. El forense estableció la hora de la muerte entre las seis y las nueve de la mañana. De hecho, es Gisela la que más me preocupa. Si Gisela se fue a las nueve y dejó al padre vivo, el asesinato debería haberse producido justo a continuación, cuando llegó Pepa. —Interrumpí mi perorata para hincarle el diente a una de las chuletillas de cordero. Su deliciosa grasa chorreó por las comisuras de mis labios, y me chupé los dedos antes de proseguir con la boca todavía llena—: Lo que no le hubiera dado margen porque a las nueve y diez llegó Marcela. Eso suponiendo que Gisela hubiera dicho la verdad en ese punto, porque podría haberlo asesinado ella misma antes, desde las seis. Sinceramente —concluí—, no me parece que sea la asesina, pero desde luego nos ha mentado, y no sabemos en qué ni por qué.

—Además, tampoco tenemos móvil. Nadie parece tener motivos para asesinarlo. Bueno —continuó Rosa tras una pausa—, excepto Dolores, Angustias y Carlos. Pero él tiene coartada, y Dolores y Angustias... no me preguntes por qué, pero no las veo asesinando.

Rosa, ahora sí, hablaba de Carlos como un posible sospechoso. Su coartada le había hecho mella.

—Oh, yo sí las veo asesinando, pero no de forma premeditada. Sin embargo —hice una pausa dramática para dar un sorbo al delicioso vino afrutado—, alguien sí tiene motivos. Lo que ocurre es que todavía no los conocemos. Me voy a tomar el sábado para reflexionar. Necesito pensar y... —dije acordándome de pronto— también hay algo que necesito aclarar con Roberta.

—¿Con Roberta? —preguntó Rosa muy sorprendida—. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Bueno, es solo algo que quiero confirmar.

Rosa bufó, quería saber lo que tenía que preguntarle a Roberta, pero no pensaba dar mi brazo a torcer. Necesitaba despejarme yo, antes de poder aclarar nada a otros. En mi cabeza había cosas que me rondaban sin parar. La primera la tenía bastante clara y es la que pensaba confirmar con Roberta al día siguiente, pero había otros asuntos más difíciles de desenmarañar. Por ejemplo, las

mujeres y la violencia no eran ni mucho menos una mezcla habitual, y en este caso había muchas mujeres, demasiadas.

Desde que llegué a San Juan había tenido una sensación de sororidad importante, y eso me gustaba. Mujeres que se ayudaban las unas a las otras, que habían permanecido juntas ante las situaciones más duras, pero me preguntaba si esa sororidad no estaba ocultando algo más.

—También hay otra cosa que me preocupa, y mucho —dije intentando apaciguar su enfado—. El asesino lo intentó varias veces. Primero con la caída de la maceta.

—Pero luego... ¿la salmonelosis? —continuó Rosa.

—No, Rosa, no. No hubo ningún caso de salmonelosis, fue descartado por el hospital, fue un intento de asesinato. Cuando tengamos el resultado analítico de la ricina, se aclarará. Estoy convencida de que será positivo. El caso es que el asesino lo intentó una y otra vez, hasta que lo consiguió. Lo que me lleva a pensar... —Volví a quedarme absorta.

—Bueno, el caso es que estamos como al principio —se quejó Rosa—. La semana que viene tenemos prevista una reunión con la jueza del caso, y no sé bien qué le vamos a contar, seguimos sin ningún sospechoso.

—Algo hemos avanzado, Rosa. Solo que todavía no lo suficiente. Tenemos que encontrar todas las piezas antes de poder encajarlas.

Después de la cena, para ayudar a bajar la comida y minimizar los vapores del vino, decidimos dar un paseo. Bajamos la calle y llegamos a un riachuelo; un agradable sendero iluminado lo bordeaba. El sonido del agua junto a las cascadas naturales hubieran sido de lo más relajantes si no fuera por el frío que hacía, que calaba hasta los huesos.

—Rosa, tengo otra cosa que no me quito de la cabeza y que tú me puedes aclarar, creo —dije tiritando. Rosa volvió su cara hacia mí y me miró interrogante—. ¿Qué quiso decir Roberta el otro día con lo de que «más se perdió en la guerra», refiriéndose a Mateo y a Juan? —pregunté.

—Pues no sé a qué se refería respecto a Juan, la verdad. Pero respecto a Mateo... —Hizo una breve pausa, imagino que para buscar las palabras adecuadas, pero por lo visto se lo pensó mejor y habló sin rodeos—. Era un auténtico hijo de puta. Mi padre estuvo a punto de meterlo en el calabozo en más de una ocasión. Era un borracho y un alborotador. No sé qué le veían las mujeres, pero le dio muy mala vida a Dolores, siempre con líos de faldas y con broncas. —Hizo otra pausa, esta vez más larga—. Probablemente hasta la maltratara, aunque claro, era otra época. Hace veinte años la gente desconocía lo que eran los malos tratos. Una pena, la verdad, pero fue un alivio que la palmara.

—De salmonelosis, ¿no? —dije levantando una ceja.

—Sí, de salmonelosis... —respondió Rosa dubitativa.

CAUTELA
Cabeza inclinada
Ojos entrecerrados
Labios fruncidos

Dediqué la mañana del sábado a no hacer nada. Estaba baja de moral. Esa tarde las amigas de mi tía se reunirían como siempre en su casa. Tomé la determinación de evitar la reunión y, en lugar de llamar a Roberta por teléfono, decidí quedar con ella en persona y tomar un café en el Clavel, con la esperanza de que ella pudiera ayudarme a resolver algunas preguntas que tenía en mente y, de paso, salir y que me diera un poco el aire. Sin embargo, mi plan no resultó como había esperado. Dolores y Angustias aparecieron en la casa de mi tía antes de lo previsto y pidieron expresamente hablar conmigo en privado.

Mientras mi tía terminaba de arreglarse, las hice pasar a la salita y, tras acomodarlas, Dolores tomó la palabra:

—Hemos venido un poco antes porque creemos que esto es importante. —Sacó de su bolso unos documentos bajo mi atenta mirada, cada vez más interesada. Se trataba de unos sobres de color amarillento—. Hemos revisado el desván en busca de documentos o fotografías que nos permitieran conocer algo más sobre nuestra relación de parentesco con el padre Damián, como nos pediste, y hemos encontrado estas cartas. A nosotras nos cuesta mucho leerlas, debido a que la letra está muy apretada y nuestra vista ya no es la que era, pero tal vez en la policía tengan herramientas que les permitan analizarlas.

—Sí, como en CSI —dijo Angustias.

—Sí, cariño, como en la tele —asintió Dolores—. La única conclusión a la que hemos llegado es que nuestra madre y la madre del padre Damián eran primas —dijo entregándome las cartas.

Les di las gracias, tomé los documentos y me dirigí al despacho. Acto seguido, saqué los folios de sus sobres y me dispuse a leerlos. Estaban fechados ambos en el año 1963. Los pliegos estaban muy amarillentos y la letra bastante borrosa. La tinta se había desgastado en algunas zonas por los pliegues y la humedad que habría recibido todo ese tiempo en ese desván. La letra era difícil, muy pegada una línea a otra; un intento de ahorrar papel, supuse. Se exhibían multitud de faltas de ortografía y palabras inacabadas que dificultaban aún más su lectura. Me costó bastante conseguir descifrar la información que querían transmitir a su destinatario.

De una parte, se confirmaba que la madre del padre Damián y la de Dolores y Angustias eran primas hermanas, pero las cartas dejaban entrever algo más. La madre del padre Damián le relataba a su prima que estaba asustada por el comportamiento errático que su marido empezaba a mostrar. Le ponía varios ejemplos: lo de sus estigmas, que ella misma veía cómo se abría en carne por las mañanas y que él luego parecía no recordar; el trato hacia Damián, su hijo, conllevaba cada vez más violencia y lo condenaba por cualquier niñería como pecador impío. Le explicaba que, aunque ella se consideraba una mujer piadosa, su marido se había convertido en un fanático religioso, y que Dios la perdonara, decía, pero le tenía un miedo atroz.

Me quedé pensativa un buen rato. Volví a introducir las cartas en sus sobres y las coloqué encima de los montones de papeles en los que había ido depositando los documentos para mi simposio. Al día siguiente las llevaría al cuartel.

Después de despedirme de las hermanas y de mi tía, salí de la casa antes de que llegaran el resto de las invitadas.

SOLEDAD
Mirada anhelante
Hombros caídos
Suspiros intensos

Caminé sin prisa por la calle de Castelar. Según se decía, el nombre de la calle había sido elegido de una manera bastante curiosa. El tren que transportaba el féretro del ilustre historiador Emilio Castelar y su comitiva fúnebre hizo una parada en San Juan antes de continuar su viaje hacia Andalucía, donde sería enterrado. Debido a esa extraña visita y a la importancia del finado, el pueblo decidió nombrar la calle principal en su honor. Actualmente, se trataba de la calle comercial más importante y estaba abarrotada, como siempre a esa hora.

Bajé la calle en dirección a la pastelería. En uno de los escaparates, una tienda de fotografía exponía las imágenes de las comuniones, bautizos y fiestas infantiles del año anterior. Una de ellas correspondía a una niña que podría haber sido yo a su edad: regordeta, pelirroja y con un lazo rojo en su pelo.

Me quedé mirándola ensimismada unos minutos.

Yo tendría unos cinco años, pero lo recuerdo como si fuese ayer. Era el mes de septiembre, el mes de la feria. Mis padres me iban a llevar para montar en la noria. De todas las atracciones, era la que más nos gustaba a los niños. Era muy alta y se podía avistar a kilómetros. Sus luces en la noche y en movimiento creaban hilos luminosos y brillantes que se enlazaban formando una espiral de color. Nos encantaba.

Mi madre me había puesto el vestido nuevo que habían confeccionado en el verano entre mi tía y ella. Era precioso, blanco con lazos bordados en rojo, parecía una princesa —no recordaba haberme sentido así antes—. Mi madre había completado el conjunto con un hermoso lazo de raso de color rojo que trabó en mi pelo. Recuerdo que estaba ansiosa porque mi padre volviera del trabajo para que me viera así, la niña más guapa que hubiera visto jamás.

Entretuve la espera dibujando en mi cuaderno. Mis dibujos solían tener siempre la misma temática: caballos y perritos en el campo que coloreaba con fruición. El color por lo visto era muy importante para mí. Mi padre admiraba mis dibujos, decía que lo hacía muy bien. De hecho, en la universidad obtuve altas calificaciones también en dibujo artístico.

Pero la tarde pasó y mi padre no llegaba. Ya había caído la noche cuando apareció por casa, borracho.

Mi madre le hizo entrar a la cocina. El aliento de mi padre dejó un rastro casi visible en su trayecto hasta allí. Me produjo arcadas. Aun hoy, ese hedor a alcohol agrio me hace vomitar.

Todavía no sabía distinguir el inglés del español. Era tan pequeña... Para mí todo era la misma cosa.

Pude oír a mi madre gritar desde la cocina —no sé en qué idioma— aun con la puerta cerrada. Sus gritos hubieran atravesado la Tierra hasta llegar a su núcleo. Mi padre abrió la puerta de la cocina para coger la puerta de la calle. La furia que había en sus ojos me produjo terror. Se volvió un segundo y me miró. Su mirada se suavizó.

Yo llevaba el cuaderno con mi dibujo en la mano para mostrárselo, pero no hubo tiempo, se giró y cerró de un portazo tras él, mientras mi madre lloraba en la cocina.

Me arranqué el lazo del pelo, arrastrándolo suavemente a través de mi cabello ensortijado. Una vez en mis manos, lo deshice lentamente, apreciando la simpleza de su superficie, la perfección del raso liso, y después, lo estrujé con todas mis fuerzas dentro de mis puños, una y otra vez, hasta que su superficie quedó sembrada de horribles pliegues desiguales. Lo tiré al suelo.

No volví a ver a mi padre hasta que cumplí quince años.

ENFADO
Fosas nasales ensanchadas
Mentón alto
Ojos muy abiertos

Entré en la pastelería el Clavel, y busqué entre las mesas, allí estaba Roberta esperándome mientras removía su café con leche. Me aproximé a la barra y pedí otro y, además, sin poder resistirme, uno de sus maravillosos pasteles de crema pastelera con mantequilla dulce que me servirían para disolver el amargo recuerdo que acababa de rememorar.

Una vez acomodada, y tras saludarla, le dije:

—Roberta, ni tú ni yo nos andamos con rodeos, así que te lo voy a preguntar directamente.

—Dispara.

—¿Esa noche, la del asesinato del padre Damián, la pasaste con tu asistente? ¿De verdad llegaste a ver a Gisela llegar a casa?

Roberta se tomó su tiempo para responder, bajó los ojos y empezó a jugar con una servilleta, la dobló varias veces, después la desdobló y, finalmente, hizo una bola descuidada con ella.

—Mira, pues sí, pasé la noche con mi asistente, y no, no llegué a ver a Gisela esa mañana. Ale, ya está dicho —confesó mirándome a los ojos con una actitud un tanto chulesca.

A continuación, interrumpió la reprimenda que esperaba —yo ya había cargado la escopeta —, y continuó:

—¿Qué quieres, Cris? Este pueblo es muy pequeño, el chaval tiene novia y no quería ponerle en un aprieto, y como veía a Gisela todas las mañanas, tampoco pensé que tuviera tanta importancia.

Lo que me faltaba por oír. Apreté la mandíbula y le dije:

—No me llames idiota a la cara, anda. Tú sabías perfectamente que ese detalle era clave y, es más, podría tener un impacto directo en la investigación. Así que déjate de chorradas. Actuaste de forma egoísta y, si te soy sincera, dudo mucho que tu motivación fuera mantener la imagen del chico. Creo que tiene que ver contigo y con la opinión que tienen de ti en el pueblo.

—Está bien, Cris, OK. ¿Qué más quieres que te diga?

—Nada, da igual, déjalo —dije sabiendo que no había más que añadir.

ANTICIPACIÓN
Manos sudorosas
Humedecerse los labios
Suspirar con los ojos cerrados

Cuando llegué a casa, me la encontré desierta. Mi tía había dejado una nota en la cocina en la que explicaba que cenaría en casa de la Paca y que luego esta la ayudaría a ponerse el pijama. Terminó la nota con un guiño.

La verdad es que por mucha inquina que le tuviera a la Paca, se estaba portando de maravilla con mi tía, y a mí me estaba haciendo muchos favores; había que reconocérselo.

Al lado de la nota, me habían dejado preparada la cena. Imaginé que la habrían hecho entre las dos, porque mi tía aún no podía con toda esa faena y la cocina volvía a estar impecable.

Abrí la protección de papel metálico del plato y comencé a babear. Habían frito chorizos, salchichas de Peter y pimientos.

Decidí darme una rápida ducha antes de cenar y así desconectar del caso, porque me estaba volviendo loca. Era una maraña que no había forma de desentrañar.

Que Roberta no hubiera visto a Gisela esa mañana podría no significar nada en el caso o cambiarlo todo. Gisela podría haber salido antes de la casa parroquial. ¿Qué implicaciones tenía esa posibilidad? Empecé a diseccionarlas una a una:

Que Gisela lo hubiera matado, y por eso mintiera, pero esto iba en su contra. Tenía más posibilidades de ser incriminada si mantenía su postura inicial en la que indicaba que se había marchado a las nueve, pues esto limitaba que el asesinato lo hubiera podido realizar otra persona.

Ahora bien, si ella se hubiera marchado antes... En ese caso cualquiera que tuviera llaves de la casa parroquial podría haber accedido antes de que llegara Pepa.

Cualquiera...

Me metí en la ducha. El agua caliente, casi hirviendo, eliminó cualquier rastro del frío exterior.

Según me acercaba al armario para buscar mi pijama, caí en la cuenta de que, al día siguiente, pese a ser domingo, tendría reunión en el cuartel y que debería ir presentable.

Puse en la cama varios conjuntos aceptables. Al final me decidí por el menos sobrio, pero que mejor me quedaba. No quise pensar que la elección tenía que ver con que mañana vería de nuevo al brigada Miñana.

FRUSTRACIÓN
Postura rígida
Ojos entrecerrados
Puños apretados

Al entrar en la sala, Rosa me escaneó de pies a cabeza con la mirada. Bueno, tampoco era para tanto. Me había maquillado un poco y había optado por algo más elegante que mis cómodos jerséis de cuello vuelto. ¿Y qué?

El cabo Ojeda también me miró, pero con una sonrisa soez y repugnante. Miñana, sin embargo, si notó algún cambio en mi indumentaria, no lo demostró.

Esa mañana teníamos la reunión de coordinación del equipo. Todos esperaban que yo tomará la palabra, así que, una vez servidos los cafés —no había ni una miserable galleta—, comencé:

—Creo que es el momento de hacer un resumen de lo que sabemos hasta ahora. Mi objetivo es esclarecer la situación de los sospechosos respecto a la oportunidad y el motivo. Aunque, con franqueza, creo que todavía quedan demasiadas cuestiones por aclarar, estamos en el camino correcto. —Esto último lo dije más por apaciguar a mi audiencia que porque yo lo creyera a pies juntillas.

»Empezaré repasando los sospechosos que habían tenido motivos para asesinar al padre Damián. —Me aclaré la garganta y comencé—: Si bien las sospechosas Dolores y Angustias son las que a ciencia cierta disponen de un móvil más plausible, no hemos descubierto ningún indicio que nos lleve a pensar que ellas pudieron asesinarlo.

—¿Las descarta como sospechosas? —preguntó Miñana.

—Sí —respondí con una seguridad que no poseía. Me miró e hizo un gesto para que continuara—. La otra persona de interés, Carlos Escudero, tiene una coartada sólida para el momento del crimen —dije mirando al cabo Ojeda, quien, sorprendentemente, rehuyó mi mirada—. Hoy, por tanto, seguimos sin tener sospechosos claros para el crimen.

»Respecto a los motivos —continué—, ha sido descubierta recientemente una antigua rencilla que, aunque con alguna duda, se podría considerar como motivo para el asesinato. La pregunta consecuente es por qué ahora.

»En cualquier caso, esta rencilla nos ayuda a describir el carácter de la víctima como el de una persona vengativa y cruel, por lo que es factible que hubiera otras personas de las que no sabemos absolutamente nada que, afectadas por su personalidad, tuvieran motivos para asesinarlo.

»Además, hemos averiguado que Roberta nos mintió al confirmar que Gisela había llegado la mañana del crimen a las nueve y media a su casa, porque Roberta no había estado presente. —No había estado presente porque estaba en otro lugar y con otra persona, y aunque yo no verbalizase este pensamiento, mi último comentario provocó la risita del cabo Ojeda, que fue seguido de forma infantil por el cabo Rubiales. Por lo visto, ya se había corrido la voz. Miñana intervino, esta vez con una tos seca que hizo que las risas de ambos se congelaran, y yo continué, haciendo caso omiso a esos dos del parvulario—: Lo que amplía la posibilidad de que otras

personas pudieran asesinar al padre Damián al abrir el intervalo de tiempo en el que el difunto se encontraba solo en la casa parroquial. —Estaba dando por cerrada mi exposición, cuando me acordé de las cartas—. Ah, antes de que se me olvide. Dolores y Angustias me han traído unas cartas —dije hurgando en mi bolso, pero las cartas no estaban ahí—. Oh, perdón, me las he debido de dejar en casa de mi tía.

El cabo Ojeda entrecerró sus ojos; en ellos percibí un brillo cruel. Aproveché mi desconcierto para hacer un comentario por lo bajini a Rubiales sobre mi falta de profesionalidad.

—En esas cartas —continué lanzándole a Ojeda la mirada más asesina de mi repertorio—, se determina que la madre del padre Damián estaba más que asustada por el comportamiento errático de su marido.

»Por otro lado, estamos todavía a la espera del resultado del análisis toxicológico, pero estoy convencida que será positivo en ricina y esto pondrá en duda todo lo que se pensaba sobre las muertes por salmonelosis en el pueblo, las de los maridos de Roberta y Dolores. De momento, sabemos que Pepa tenía acceso al veneno, pero es muy probable que otras muchas personas en el pueblo también lo tuvieran, porque, por lo visto, Pepa ha regalado esquejes de la planta.

—Bien —dijo Miñana—, ¿pero todo esto a dónde nos lleva?

Era una buena pregunta, para la que lamentablemente todavía no tenía respuesta. Ante mi silencio incómodo, continuó con un tono demasiado frío para mi gusto:

—En resumen: no tenemos nada sólido en qué basarnos para detener a nadie. Pensaba que con usted a bordo nos moveríamos más rápido, pero veo que seguimos igual. —Esta frase se me clavó como un puñal en el corazón. Tragué saliva. Tenía razón, pero las cosas llevaban su tiempo. No verbalicé mi pensamiento, sin embargo. Mientras, Ojeda seguía riendo ya no tan por lo bajo—. En fin —continuó—, ¿indíquenos cuál será su estrategia a partir de ahora?

Yo me encontraba más perdida que un pulpo en un garaje, pero respondí, aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir:

—Pues...

No pude continuar porque al brigada Miñana le sonó el teléfono.

—Sí, entiendo, gracias. —Y colgó. Luego se dirigió a nosotros y dijo—: La reunión se aplaza hasta nueva orden. Se ha denunciado la desaparición de uno de nuestros sospechosos, Angustias Molinero. Quiero que todos se dirijan hacia su domicilio de inmediato.

ANGUSTIA
Sudoración visible
Retorcerse las manos
Voz temblorosa

Dolores no podía parar de llorar, aunque tuviera los ojos hinchados y enrojecidos de tantas lágrimas. Con voz entrecortada, iba respondiendo como podía a las preguntas de los agentes.

Cuando se levantó de madrugada para tomar un vaso de agua, pasó por la habitación de su hermana y se la encontró vacía. Eran las cuatro de la mañana y no había ni rastro de Angustias.

La búsqueda se había organizado inmediatamente debido a su condición médica, y se había reunido a un gran equipo, al que se habían sumado, además, muchos voluntarios; casi cincuenta personas se habían congregado de forma desinteresada para ayudar a Dolores.

Roberta la abrazaba con cariño, intentando tranquilizarla, pero sus esfuerzos resultaron en vano. Dolores no descansaría hasta que encontraran a su hermana.

Y en ese momento se desvanecieron todas las dudas que nadie pudiera tener respecto a la posibilidad de que Dolores o Angustias hubieran podido ser las asesinas del padre Damián. Dolores no habría dejado a su hermana sola para matarlo, y Angustias no tendría la capacidad intelectual necesaria para asesinarlo a sangre fría y hacer desaparecer su rastro. No, ellas no eran las asesinas.

La búsqueda se había centrado en los lugares favoritos de Angustias, se había dado parte a tráfico y se estaban recorriendo por carretera los kilómetros que podría haber avanzado ella sola a pie. De momento, sin resultados.

Solo quedaba esperar. Claro que esperar no era lo mío. De pronto, se me ocurrió algo.

Se suele pensar que la gente en una situación de crisis intenta buscar refugio en lugares donde se siente segura, pero otras veces sucede lo opuesto. Me acerqué a Dolores y, tomándola de las manos, la miré a los ojos y le dije muy seria:

—Dime dónde crees que jamás hubiera querido ir tu hermana voluntariamente. No a los sitios habituales o que le agraden, sino todo lo contrario; al lugar donde le sucediera años atrás algo muy duro, algo que hubiera querido borrar para siempre.

Tras unos momentos de vacilación, los ojos de Dolores se iluminaron y enunció con voz firme:

—A la antigua casa.

TERROR
Respiración acelerada
Temblores
Incapacidad para parpadear

Carmen estaba recogiendo la ropa sucia de las habitaciones. Tenía que poner unas cuantas lavadoras. Estaba más tranquila, Luisito había vuelto a ser el mismo de siempre. Llevaba varios días en los que se portaba mejor y estaba realmente contento. Carmen también, sus miedos habían comenzado a calmarse. El problema principal, que se hiciera pis en la cama, también había desaparecido como por arte de magia.

«Toquemos madera», pensó Carmen. «Luisito lleva días sin mojar la cama, todo un éxito. Y, por si fuera poco, la muerte del padre Damián, que Dios lo tenga en su gloria, ha permitido que los domingos no tenga que volver a ver al *pesao* del Carlos».

Los niños habían estado jugando tranquilamente en su habitación con sus juguetes durante toda la tarde. Se los oía reír sin parar y a Carmen le alegraba el alma escucharlos. Sin embargo, al pasar por la habitación para recoger la ropa de los niños, vio algo que le heló la sangre: el Superman de Pablito comenzó a acariciar las partes íntimas del Spiderman de su hermano Luisito, mientras profería gemidos lujuriosos.

Acto seguido, Luisito, saltó como un resorte y, gritando con furia, comenzó a golpear a su hermano con el muñeco por todas partes: en la cabeza, en la cara, en el cuerpo, con una fuerza que parecía sobre humana, hasta que Carmen pudo sujetarlo y calmarlo. Así permanecieron los tres, llorando en silencio hasta que llegó la noche.

ALIVIO
Risa temblorosa
Cerrar los ojos
Suspirar

Por «la antigua casa», Dolores se refería a una vieja casa abandonada que se encontraba a dos kilómetros de su actual residencia. Según explicó Dolores, se trataba de la casa de sus padres, en la que había vivido junto a su marido durante los años de matrimonio. A la muerte de este, la habían dejado atrás. No dio detalles sobre los motivos por los que Angustias consideraba esa casa como algo traumático. Tampoco se los pedimos. No era el momento.

La casa se encontraba medio en ruinas, por lo que, antes de que el equipo de la Policía municipal pudiera entrar, un miembro del Cuerpo de Bomberos tuvo que acceder primero para cerciorarse de que no hubiera riesgo de desprendimientos. Una vez se hubo confirmado que el área era segura, pudimos pasar sin problemas.

Encontramos a Angustias en lo que había sido el corral de la casa, anexo a esta. Se había introducido en un hueco del muro interior, hecha un ovillo.

Cuando por fin pudieron sacarla, su mirada estaba ausente. Miró a su hermana confusa y esta rápidamente se acercó a ella para abrazarla, pero Angustias se apartó de sus brazos y gritó:

—Matadlos, matadlos a todos. Cabrones. Hijos de puta. Que se mueran todos. Todos, sí. Hasta el alemán. —Y su risa demencial terminó con sus palabras y su consciencia. Se desmayó.

DOLOR
Palidez
Boca entreabierta
Ojos muy abiertos

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando, harta de dar vueltas en la cama, decidí levantarme y preparar una manzanilla. La cena había sido demasiado copiosa; había aliviado la ansiedad que me había producido el fiasco de reunión y la desaparición de Angustias con un buen atracón que ahora estaba pagando.

Al coger el móvil, me di cuenta de que tenía varias llamadas perdidas de John.

John era como un huracán, cada vez que intentaba regresar a mi vida arrasaba con todo. Hacía mucho tiempo que me había protegido a mí misma de él. Pero esta vez era diferente.

Cuando me soltó el notición me cabreé, mucho. Tanto que me tuve que contener para no lanzar contra la pared el teléfono último modelo que me había costado casi mil pavos. No era suficiente con colgarle. Necesitaba romper cosas. Pero me contuve, como digo, y tras varias inspiraciones profundas, simplemente le bloqueé el teléfono durante un mes.

Ese tiempo fue suficiente como para que ampliara mi perspectiva y empezara a valorar el otro asunto clave asociado al egoísta de mi padre: mi futuro hermano.

Dejé que la manzanilla se fuera enfriando y aparqué el tema en una parte de mi cerebro que yo catalogaba como «mis después», y repasé de nuevo lo que sabíamos del caso. Si bien era cierto el resumen que había realizado Miñana sobre los resultados que habíamos obtenido hasta aquel día, no estaba de acuerdo en que no hubiera habido avances. Al menos ahora sabíamos muchas más cosas y había más cuestiones sobre la mesa.

No se había encontrado el arma del crimen, el famoso cuchillo cebollero. Según comentó Marcela, en la casa parroquial no se disponía de ese tipo de cuchillos; eso implicaba que el asesino tenía que haberlo llevado a la casa parroquial esa mañana con intención de matar. Suponía una premeditación despiadada.

Sabíamos que Carlos tenía un motivo, aunque puede que demasiado endeble, para matar al padre Damián, y nos planteaba la pregunta de por qué en ese y no en otro momento de los últimos treinta años.

Sabíamos que el padre Damián no era la persona amable y cariñosa que yo había creído toda la vida.

Sabíamos que Roberta nos había mentido, lo que, por tanto, ponía en duda el horario de salida de Gisela y, a su vez, la hora a la que Pepa había llegado a la casa parroquial.

Sabíamos que Mateo había sido un mal hombre y que Angustias lo odiaba.

Además, se abrían una serie de preguntas sin respuesta: ¿por qué la imagen de mujeres ayudándose las unas a las otras me generaba tanta desazón?, ¿mi cerebro veía algo más que sororidad en esa imagen y me advertía de esa manera?, ¿a qué se refería Angustias con la frase que había gritado en la casa antigua?, ¿en qué había mentido Gisela?, ¿sabía Roberta que Mateo era mala hierba y por eso había hablado de esa manera de él y de Juan?, ¿y Juan?, ¿qué problema

había tenido Roberta con él? Hasta donde sabía, Juan había sido siempre encantador.

Por último, lo de la ropa. Si Marcela había visto a Pepa vestida con la ropa con la que aparecía en las fotografías realizadas en la escena del crimen, era muy difícil que en diez minutos Pepa hubiera podido matar al padre Damián y cambiarse antes de que llegara Marcela; porque el asesinato habría manchado sus ropas, sin ninguna duda. Si Carlos o Gisela hubieran sido los asesinos, se habrían cambiado de ropa sin que nadie se hubiera percatado, por lo que este punto era un callejón sin salida.

Necesitaba un cigarro, así que, con el abrigo bien abrochado sobre mi pijama, un gorro que pillé de la salita y en zapatillas de estar por casa, salí a la puerta de la calle armada con un mechero y mi pitillera.

¿Cómo influía la mentira de Roberta en la respuesta de Gisela? Podía no ser relevante. Simplemente no la vio ese día llegar a casa. Pero Gisela había mentido, de eso estaba segura. Mmm..., cuando la informamos de que, inicialmente, Roberta había confirmado, vamos a decir, su coartada, Gisela se sorprendió. Ahí había algo, estaba segura. Tantas cosas me molestaban que a veces tenía la sensación de que necesitaba rascarme el cerebro por dentro de los picores que notaba. «Ah, no, es el gorro», pensé sonriendo.

Me lo quité y los picores desaparecieron al instante.

Demasiadas preguntas sin respuesta. Suspiré y tiré la colilla al suelo de la acera, en el pequeño charco formado entre unas baldosas rotas; se apagó al instante.

Observé con otros ojos. Fuego y agua. ¡Gasoil!

Gisela no había llegado a casa a las nueve y media de la mañana ese lunes, sino mucho antes.

GRATITUD
Tocar a otra persona
Ojos relajados
Sonrisa amplia

El timbre del teléfono convirtió el silbante sonido del proyectil que acababa de disparar en una resonancia estridente e incoherente, pero que le aceleró las pulsaciones hasta llevarla a pensar que estaba sufriendo un infarto.

Salió de su pesadilla recurrente, en la que disparaba y disparaba, pero no acertaba a su objetivo, para abrir los ojos y mirar la hora de su despertador. Eran las dos de la madrugada.

Rosa tomó su teléfono y contestó adormilada a una llamada que se mostraba como desconocida. Tras responder, su dormido cerebro por fin reconoció a la persona que se encontraba al otro lado de la línea. Era el Gordo, del Bodegón.

—Está borracho como una cuba y molesta a los clientes, Rosa.

Ella lo entendió por fin. El Gordo podía haber llamado directamente al cuartel y eso habría significado que Ojeda tuviera más problemas de los que tenía ya en ese instante.

Quedó en que en diez minutos estaría en el Bodegón.

Cuando llegó se encontró al cabo Mariano Ojeda en un estado de embriaguez tal que ni siquiera pareció reconocerla.

Ojeda y ella no eran amigos, ni siquiera lo consideraba un compañero, pero hizo lo que se esperaba de ella.

Consiguió sacarlo del bar sujetándolo, porque este iba dando bandazos e increpando a todo aquel que se encontraba en su camino, y el bar a esas horas estaba lleno.

Cuando por fin se encontraron en la calle, pareció recuperar un poco la compostura:

—Esto... Gracias, pero ya te puedes ir. Llegaré bien a casa.

El aliento rancio le provocó unas nauseas que apenas controló, mientras negaba con la cabeza. Lo acompañaría.

Caminaron en silencio. El gélido aire de la madrugada pareció sacarle de su modorra alcohólica y no hubo más tropiezos en el trayecto.

Cuando llegó a su casa y sacó las llaves, se volvió hacia Rosa, que tenía una respuesta preparada al agradecimiento previsible que Ojeda mostraría en ese instante. Pero no fue así.

—Que sepas que esto no cambia nada. No estoy de servicio, así que ahora mismo no soy tu rango inferior, solo un civil —dijo esto mientras le dirigía una mirada cargada con tanta rabia y repugnancia que Rosa no pudo articular palabra—. Sigo pensando que eres una zorra sin escrúpulos y que desde que has llegado al cuartel no has hecho otra cosa que joderme.

No esperó respuesta. Entró en su casa y cerró de un portazo. Detrás de ella, varias persianas se alzaron para comprobar qué había sido el ruido que los había despertado de madrugada.

Rosa continuó su camino de regreso a casa en silencio, helada de frío y con lágrimas en los ojos. Cada vez entendía menos a la gente.

NEGACIÓN
Levantar la cabeza
Frases cortas
Apartarse

Antes de dirigirnos a casa de Gisela, le pedí a Rosa que realizara una comprobación muy sencilla, pero que sería clave para enfocar adecuadamente el interrogatorio. La respuesta a esta llamada confirmó mi teoría; por fin estábamos llegando a alguna parte.

Gisela nos recibió mucho más nerviosa que en la ocasión anterior. Sospechaba que esta segunda visita sería más incisiva, y estaba en lo cierto. En este caso, el interrogatorio lo dirigiría yo:

—Gisela, queríamos que nos aclarara algunas dudas que han surgido durante el curso de nuestras investigaciones.

Tragó saliva, y asintió. Yo continué:

—Sabemos que la mañana del crimen no llegó usted a su casa a las nueve y media de la mañana.

Gisela negó mi afirmación con la cabeza y dijo:

—No sé de dónde *sacar* eso, pero no...

—Y lo sabemos —continué sin esperar a que terminara de hablar— porque esa mañana se encontraba usted en su casa a las ocho de la mañana, recibiendo al personal de la empresa de gasoil.

Esta vez su rostro no mostró emoción alguna. Se congeló.

—Por tanto, me gustaría que nos explicase por qué nos mintió.

Pero Gisela apretó los labios y se mantuvo callada durante los cinco siguientes minutos en los que permanecimos en su domicilio. Era obvio que no pensaba responder, así que nos marchamos. Eso sí, le explicamos de manera clara que mentir a la autoridad en un caso de homicidio estaba considerado obstrucción a la justicia.

De camino al coche, Rosa no pudo contenerse más y me preguntó:

—Bueno, ¿me vas a explicar cómo supiste lo de la empresa de gasoil?

—Fácil —dije mientras le mostraba una sonrisa jocosa—, ella misma lo comentó en la merienda en casa de mis tías. Ese lunes, como todos los habitantes del pueblo que disponen de depósito de gasoil para alimentar la calefacción, debía estar en su casa a las ocho de la mañana. De otra manera, no se lo llenarían.

INDIFERENCIA
Hombros bajos y sueltos
Mirada perdida
Pausas largas antes de responder

El martes por la tarde, Rosa me llamó para decirme que habían llegado los resultados del informe toxicológico. La sangre del padre Damián era positiva en ricina.

Me anoté otro tanto.

Quedaba de manifiesto que el asesino había intentado acabar con la vida del padre Damián en al menos otra ocasión y que, tras su fallo, tuvo que intentarlo de una manera más contundente.

Demostraba que la necesidad de matar había sido implacable; que, además, el asesino no disponía de conocimientos suficientes para manejar con garantías el veneno, aunque tuviera acceso al mismo, y, finalmente, ponía en duda que otras muertes asociadas a salmonela hubieran tenido lugar.

¿Mateo y Juan habían muerto también asesinados? Pero ¿por quién? Y ¿por qué? ¿Cuál era la conexión entre los casos? No entendía nada, pero en mi cabeza no dejaba de resonar la frase que había gritado Angustias en la casa en ruinas: «Matadlos a todos».

—Cris, ¿sigues ahí? —dijo Rosa al teléfono.

Inmersa en mis pensamientos, no me había dado cuenta de que Rosa había seguido hablando. Miré el móvil, llevaba tres minutos de conversación de los que no había escuchado absolutamente nada.

—Sí, claro —mentí de forma flagrante.

Rosa no pareció creermelo y repitió su última frase:

—Digo que si esta noche nos vamos a cenar tú y yo a las Cancelas.

—Sí, perfecto —dije solo con medio cerebro. El otro medio se estaba ocupando de una idea que se me acababa de ocurrir—. Nos vemos a las nueve. Ahora, por favor, pásame con Miñana, necesito hablar con él.

Y al brigada Miñana le pedí que confirmara mi nueva intuición, en este caso, con la Policía alemana.

ARREPENTIMIENTO

*Frotarse el pecho
Mirar fijamente los pies
Suspiro profundo*

La llamada de Rosa confirmando la hipótesis de envenenamiento por ricina había activado mi cerebro entumecido. A resultados de esta confirmación se me planteaban muchísimas preguntas, algunas de las cuales sabía quién podría ayudarme a responder.

Sin darle muchas más vueltas, cogí mi abrigo, me despedí de mi tía que iba a pasar la tarde con Dolores y Angustias y marché en dirección a la farmacia de Roberta.

Las últimas palabras que había tenido con ella no habían sido agradables. Roberta me saludó desde el mostrador con un simple gesto con la cabeza y una mirada enmarcada por unos ojos fríos. Vaya, no me lo iba a poner fácil.

Me vestí de mis formas más profesionales y le dije:

—Necesito que me ayudes con algunas consultas técnicas relativas al caso que estamos investigando.

Su rostro se relajó, asintió e hizo que la acompañara a la planta superior. Había dado en el clavo. Roberta no podía dejar marchar la oportunidad de volver a la normalidad aprovechando mi petición de ayuda.

—Tú dirás —dijo manteniendo una actitud altanera que, sin embargo, yo ya no me creía.

—Necesito que me digas todo lo que sepas del ricino y del proceso de extracción de la ricina.

Sus ojos se abrieron mucho de pronto, y una pequeña mueca de sorpresa apareció en su rostro. Para una persona normal ese gesto hubiera pasado inadvertido, pero no para mí. Tomé nota mental del mismo: no era la primera vez que Roberta se planteaba que la ricina tuviera que ver con el caso que investigábamos.

—Supongo que estáis pensando que la ricina está relacionada con el homicidio del padre Damián... —No terminó la frase, esperaba una constatación por mi parte que no llegó. No pensaba compartir ninguna información del caso con nadie. Así pues, continuó—. Sí, es posible —dijo confirmándose a sí misma—. El envenenamiento por ricina podría producir los mismos síntomas que una toxiinfección por salmonela.

Hizo una breve pausa para ordenar sus pensamientos.

—Sobre lo que me preguntas, de las semillas del ricino se extrae su aceite. El aceite de ricino no es tóxico porque en su proceso de extracción se destruye la toxina de la planta: la ricina. El uso habitual del aceite de ricino es como purgante, ingerido para aliviar el estreñimiento, y en su uso tópico, para la limpieza facial o hidratación de la piel, puesto que es rico en vitamina E.

»En el laboratorio seguimos extrayendo aceite de ricino que, tras su purificación, embotellamos y vendemos a los clientes. El proceso es bastante sencillo: una vez que las semillas están secas, las metemos en la prensa de la que extraemos, lo que podríamos llamar, el precursor del aceite. Es una especie de pasta que contiene también la ricina, la toxina.

»Una vez que se ha extraído el aceite de la pasta, lo pasamos por un proceso de

calentamiento y purificación que destruye la ricina. A partir de ese momento, no es tóxico. —Se detuvo un momento para aclarar—. No es tóxico si se usa en la dosis adecuada, quiero decir. Si se usa en grandes dosis, también resultaría toxico, aunque no por la ricina, sino por los principios químicos del propio aceite.

Asentí comprendiendo, pero ese no era el caso. El examen toxicológico había confirmado la presencia de ricina.

—Y sobre la ricina, ¿qué me puedes explicar?

Esta vez Roberta permaneció en silencio y se giró para buscar algo en la pequeña librería que tenía a su espalda. Revisó despacio los títulos de los libros y tomó un volumen bastante pesado: *Principios de botánica y aplicaciones*.

Lo abrió en su índice y buscó la página que deseaba.

—Espera un momento. Sí, aquí está —dijo—. Para extraer la ricina del aceite de ricino se utilizan disolventes orgánicos. Cada semilla de ricino contiene aproximadamente entre 1 y 30 miligramos de ricina por gramo. Así que una sola semilla podría matar a una persona. —Y mirándome a los ojos añadió—: Ahora bien, si se busca ese efecto, habría que calcular correctamente la dosis y no sería fácil —explicó con un deje de orgullo en su voz. Vino a decirme que ella sí podría llevarlo a cabo.

—¿Con orgánicos a qué te refieres? ¿Aguarrás, por ejemplo?

—Pensaba en el hexano, pero sí, imagino que el aguarrás podría funcionar.

Mi cerebro estaba procesando esta información. Si el aguarrás podía servir, cualquiera con acceso a las semillas podría extraer ricina; si se hacía con una prensa y un par de botellas de aguarrás que se venden en cualquier droguería como disolvente para las pinturas. Todo sería muy fácil y sencillo. En muchas casas en el pueblo, todavía hoy, se disponía de prensas para elaborar aceite o vino.

Le di las gracias. Cuando me dirigía a la puerta, Roberta me dijo casi en un susurro:

—Escucha, Cris... Yo —balbuceó— no lo hice bien. Lo siento. Fui una egoísta y una irresponsable. Quería que lo supieras.

Volví asentir, pero esta vez apreté su mano y se la sostuve unos segundos antes de volverme hacia la puerta y marchar llevando a conmigo las miles de ideas que bullían en mi cerebro.

CANSANCIO
Frotarse los ojos
Tocarse la frente
Mirada al suelo

A pesar de que cuando Rosa me había planteado ir a cenar esa noche no la había estado escuchando atentamente —bueno, no la había escuchado—, cuando por fin capté que se refería a cenar en las Cancelas, la mejor pizzería del mundo, según mi versada opinión, no lo dudé ni por un segundo; una cena deliciosa a base de hidratos de carbono me vendría como anillo al dedo para dar combustible a mi cansado cerebro y desconectar. Pero claro, la vida siempre nos sorprende.

Mis planes respecto a una agradable cena en la que el asesinato del padre Damián no fuera el plato principal se vieron frustrados. Rosa no me dio tregua. El resultado del informe toxicológico que confirmaba nuestra teoría le había infundido una gran dosis de confianza:

—Entonces está claro, la asesina fue Roberta. Deberíamos estar deteniéndola ahora mismo —dijo con parte de la pizza que estaba masticando, asomando por la boca.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendida.

—¿No es obvio? Es la única persona que tiene acceso al ricino y con conocimientos suficientes para prepararlo de forma que se convierta en una sustancia mortal —comentó tras darle un nuevo bocado a la sabrosa pizza morena, una de las especialidades de la casa—. Me he estado informando. Para conseguir extraer ricina, así es como se le denomina el veneno del ricino, deben tenerse conocimientos notables de química y la única que conocemos que los posee es Roberta.

—Te equivocas. Con una simple búsqueda en Internet se puede obtener esa información. El punto clave es precisamente ese, Rosa. Roberta no hubiera fallado. Por otro lado —continué mientras empezaba mi segunda pizza individual, esta vez había elegido la corsa, también deliciosa—, la mitad del pueblo tenía acceso al ricino. Pepa había estado regalándolo a todo el que se lo pidiera, por lo que el acceso al veneno no nos sirve para cribar a nadie. —Aunque, pensé para mis adentros si aquello realmente era así. No habíamos encontrado evidencias que lo sustentaran—. Lo importante es centrarnos en la víctima —añadí—, y en quiénes podían tener algo en su contra lo suficientemente grave como para asesinarlo. Y ahí, seguimos a oscuras.

—La gente mata por muchos motivos.

—No estoy de acuerdo —dije negando con la cabeza—. Aunque es cierto que todos podemos asesinar si se dan las circunstancias apropiadas, en la práctica la mayoría de los asesinatos no se dan sin un motivo plausible. Fuera del ámbito de la enfermedad mental, las personas, vamos a decir normales, no matamos por cualquier razón. Y en este caso, todavía no hemos encontrado esa razón.

Rosa se revolvió incómoda en su asiento, mi observación le pareció paternalista y yo lo sabía, pero ella no había estado en contacto con otros asesinatos hasta ahora; yo sí.

Estábamos a punto de pedir el postre, cuando le entró una llamada del cuartel. La

información que recibió fue lo suficientemente grave como para que Rosa se quedara lívida, y añadió, sin entrar en detalles, que debía volver al cuartel urgentemente.

Le pregunté si la acompañaba, pero respondió tajante:

—No, Cris, termina tu cena tranquila. No tiene que ver con el caso.

Acto seguido, salió del restaurante a toda prisa dejándome con la palabra en la boca.

DESESPERACIÓN

Voz ahogada

Mirada fugaz

Temblores

Salí del restaurante y me dirigí a paso lento hacia la casa de mi tía. Se había levantado viento. Y eso era mucho peor que solo frío intenso. Calculé que la sensación térmica era de cinco grados menos que antes de entrar. Tras abrocharme el abrigo, con todos los corchetes y botones posibles, me ajusté la bufanda bien al cuello, y retiré la mano de uno de mis guantes lo justo para poder prender un cigarro. Era curioso no saber si la voluta originada en mi exhalación era el resultado del humo del cigarro o del aire helado circundante.

La desbandada de Rosa tenía que ver con Carlos. Estaba segura. Pero no la culpaba, era muy difícil liberarse de ese tipo de relación.

Durante los dos años posteriores a mi ruptura con Danny, cada vez que veía a una embarazada se me saltaban las lágrimas. Recuerdo que diluviaba, y que un relámpago sucedido de su ronco amigo me provocaron un violento escalofrío. Recorrió mis vertebras de arriba abajo como un nefasto presagio.

No era la primera vez que habíamos tenido esa conversación. Pero sabía que en esa ocasión no podría librarme tan fácilmente. Danny a veces era como una morena: mantenía a la presa entre sus mandíbulas y no la liberaba por mucho que esta se esforzara.

Había visto cómo Danny miraba a una pareja con su niño en brazos en nuestro paseo de regreso a casa.

—Cris, sé que siempre huyes de esta conversación, pero tenemos que hablarlo.

En ese momento, yo ya me sentía acorralada. Mi pulso comenzó a acelerarse, pero intenté disimular con inocencia, como si no hubiera sabido de antemano a dónde nos llevaría en algún momento aquella conversación, que estaba maldita. Podrida desde el inicio. Me había seguido toda mi vida, en un éxodo absurdo en el que el final siempre llegaba a destino y el destino era el inicio; en un bucle infinito.

«No estoy dispuesta a perderte», grité para mis entrañas. Tampoco estaba dispuesta a perderme a mí.

Había alargado el momento todo lo que había podido. Me había mentido a mí misma, pensando que él sería diferente. Que él me elegiría a mí.

Pero Danny tenía razón; huía de esa conversación, con la convicción del preso que excava un túnel apuntalándolo cada pocos metros, con la esperanza de que no fuera a desmoronarse.

—Tú dirás —dije a secas, manteniendo mi mirada en sus ojos. Quizás la última mirada que nos ofrecimos el uno al otro.

—Cris, quiero que me digas si vas a querer tener un hijo conmigo. No hace falta que sea ahora —añadió, solo para postergar la lectura de un veredicto redactado de antemano—. Dime que sí —dijo con la voz deshecha mientras las lágrimas deformaban su hermoso rostro y brillaban con la fulgurante luz del último relámpago.

Pero no pude decir que sí.

INCRECULICIA

Palidez facial

Boca entreabierta

Ojos muy abiertos

Gachas de harina de titos, otro manjar de San Juan de los Alcázares. «Tito» es la forma coloquial con la que se conoce en San Juan a la almorta, planta leguminosa de la que se obtiene esta harina. Su uso estuvo limitado a la alimentación animal desde finales de los años sesenta, y no fue hasta el 2018 que Aesan determinó que el riesgo para la población era despreciable. En cualquier caso, y a pesar de la prohibición, su consumo persistió a lo largo de todos esos años.

Los ingredientes de las gachas son: harina de titos, aceite, ajo, pimentón, sal y agua. Suelen servirse acompañadas de los embutidos fritos del santo puerco, es decir, chorizo, morcilla, salchichas y, por supuesto, panceta. Panceta, no beicon, que quede claro.

Realmente estaban increíbles. Y estábamos mi tía y yo dale que dale al moje, cuando, de pronto, unos golpes en la puerta interrumpieron nuestro almuerzo.

—¡Asun! —gritó la Paca a través de la puerta—. Asun, abre.

Madre de Dios. No estaba enfadada, estaba aterrada. Cada vez que esta mujer atravesaba la puerta de casa de mi tía, se avecinaba tormenta. ¿Qué habría pasado esta vez?

De cualquier modo, me apresuré a abrir la puerta antes de que mi tía hiciera amago de levantarse.

—¿Qué ha *pasao*? —dijo mi tía cuanto entró la Paca descompuesta.

—Que se han llevado al Carlos preso.

—¡Pero qué dices, criatura! —exclamó mi tía poniéndose en pie.

—Lo sé de primera mano, Asun. Que ayer por la noche se llevaron al Carlos *detenío*, por abusos.

—¿Abusos? —preguntó de nuevo mi tía; su cara no daba crédito.

—Sí, abusos, Asun. Abusos de los que hacen a los niños.

El pan mojado que me llevaba a la boca resbaló, y un pegote de gachas cayó sobre el mantel de hilo.

VENGANZA
Entrecerrar los ojos
Mostrar ligeramente los dientes
Labio inferior hinchado

El cabo Mariano Ojeda quería sangre, la llevaba queriendo desde que la inepta de Rosa trajo a esa gorda prepotente a su lugar de trabajo. Pero ahora tenía en su mano conseguirla.

Vio a su herramienta acercándose a la máquina de café. Advirtió que estaba sola por primera vez desde que había llegado esa mañana con toda su corte.

La verdad es que no estaba nada mal para la edad que tenía la señora. Entradita en carnes y con unas buenas formas. Ojeda la había clasificado como de las que se hacen las duras, pero que lo que realmente quieren es que les den caña.

La situación obligaba. Sabía que se lo tenía que jugar a todo o nada, así que fue derecho a por ella. Se aproximó sigilosamente hasta la máquina de café, acercó mucho su cuerpo al de la mujer y, casi rozándola, le dijo al oído:

—Hola, guapa, ¿te puedo ayudar en algo?

La cara de la mujer expresó una mezcla de sorpresa y asco que le hizo arrepentirse de inmediato del tipo de aproximación que había utilizado. Estaba claro que con ella no iban esas cosas, así que decidió cambiar de táctica:

—Perdone, discúlpeme, por favor, la había confundido con otra persona.

La jueza Eugenia Navarro lo miró con ojos achinados. No terminó de tragarse la excusa que había escuchado, y tampoco entendía que ninguna otra compañera de trabajo tuviera que ser tratada en esos términos, pero consideró dejarlo ahí; tenía prisa y no quería perder el tiempo con un idiota así en ese momento. No obstante, bajó la mirada a su número de identificación y lo anotó mentalmente.

El cabo Ojeda, que se dio cuenta del movimiento casi imperceptible de los ojos de la jueza, tragó saliva. Se la estaba jugando, pero de todas, todas. Tomó aire. Si había algo le gustaba en esta vida era el juego. Bueno, allá iba.

—Perdóneme, de verdad. Ahora sí que la he reconocido a su señoría. Claro, como es usted tan guapa, la he confundido con otra muchacha que trabaja aquí. Una hermosura.

La paciencia de la jueza estaba llegando a su límite:

—Dígame qué quiere y no me haga perder más el tiempo, por favor. Aprovecho para recordarle que ese tipo de tratamientos están completamente fuera de lugar en un entorno laboral, más en el cuerpo.

Ojeda empezaba a estar harto de la jueza, ¿quién se creía que era hablándole del cuerpo? ¡Lo que le faltaba por oír! Pero respiró profundamente y continuó con su misión.

—Nada en concreto, su señoría —mintió—. Solo que me pareció recordar que en la lista de evidencias que su señoría se lleva del caso del padre Damián, no se han incorporado unas cartas que creo recordar que se comentaron como prueba.

—¿Qué cartas? ¿Y por qué no tengo yo copia de las mismas?

—Las que se localizaron en casa de las sospechosas Dolores y Angustias Molinero. Le fueron entregadas en mano hace días a Cristina Peterson, ya sabe, la colaboradora civil en el caso, pero no se han incorporado como prueba.

El semblante de la jueza fue transformándose lentamente. Su rostro exasperado se deformó en un rictus de cólera por tanta incompetencia.

Ojeda se apartó lentamente de ella como un felino satisfecho tras relamerse los bigotes a placer.

DEPRESIÓN
Mirada vacía
Movimientos letárgicos
Postura flácida

Me dirigí hacia el cuartel a todo lo que daban mis piernas —que no era mucho, teniendo en cuenta las cuestas que había en el trayecto— y nada más llegar subí a encontrarme con Rosa. En el pasillo me crucé con el cabo Ojeda. Me saludó con una sonrisa cínica. Automáticamente, mi cerebro lo registró como un acto sospechoso, pero no le di más importancia y seguí adelante. Rosa se encontraba en su mesa, tenía la mirada perdida del que se encuentra tan superado por las circunstancias que no sabe ni por dónde empezar a moverse. Cuando me vio, se levantó y me dijo que no era un buen momento, que estaba con otro tema importante.

No me amilané y le dije mirándola a los ojos:

—No me vengas con chorradas, Rosa. Tenemos que hablar.

Por mi tono, Rosa debió pensar que no le quedaba otra, me llevó a la sala del café y cerró la puerta.

—Muy bien, Cris, ya te has enterado.

—Sí, ya me he enterado —repetí con acritud—, ahora cuéntame todo lo que sabes.

—Carmen Ramírez, la madre de los monaguillos, presentó este lunes una denuncia en la que acusaba a Carlos de abusos sexuales a sus hijos. Me pareció tan absurdo que no le di importancia, pero los compañeros que llevan el caso lo han investigado y han decidido que hay indicios suficientes para detenerlo —explicó Rosa con los ojos inundados en lágrimas—. No me lo puedo creer, Cris, Carlos nunca haría algo así.

Asentí. Yo tampoco podía creerlo. Basándome en mi experiencia, Carlos no daba el perfil de abusador infantil.

—Esto no tiene ningún sentido, Rosa. No te preocupes, tus compañeros lo aclararán.

—Pero es que hay algo más, Cris —continuó Rosa—, Carlos tampoco tiene coartada para el día del asesinato.

—¿Cómo? Pero si dijiste que estaba confirmada.

—Eso fue antes de saber que Ojeda no la había comprobado. Maldito imbécil —escupió Rosa con la voz temblorosa por la ira—. Mintió, no llegó a verificarla y ahora no podemos dar con la chica. Al parecer está en Andorra esquiando, con el teléfono desconectado por el famoso *roaming*. Nos hemos puesto en contacto con el hotel, pero de momento nada.

—Con lo que Carlos vuelve a ser sospechoso del asesinato del padre Damián —dije pensativa.

—Sí. Mañana y yo vamos a interrogarlo ahora.

ORGULLO
Sonrisa cómplice
Ojos brillantes
Mentón alto

Rosa salió de la sala del café arrastrando los pies, con el movimiento del autómatas que actúa más por programación que por convicción.

Yo, sin embargo, fui incapaz de moverme. Mi mente la llenaba la imagen de Carlos. Pero no el Carlos adulto, distante y frío, incluso ácido, sino el Carlos niño. Carlos, el defensor de las causas perdidas.

Recordé la época en que, siendo unos críos, quedábamos después de la siesta y salíamos escopeteados nada más levantarnos porque estábamos como locos por vernos, por estar juntos. Juan, Carlos, Rosa y yo. Los cuatro mosqueteros. Jugábamos al escondite, al pillapilla, a la peonza, a la pelota... y a todo lo que a nuestras cabecitas efervescentes se les ocurría.

Una tarde, Juan se acercó a nosotros corriendo, casi volando; tenía unas zapatillas nuevas. Eran preciosas, blancas, relucientes, estaba feliz. Aunque Juan siempre estaba feliz.

Nos animó a que lo siguiéramos, entre risas, pero el resto nos quedamos un poco rezagados mientras comentábamos la suerte que tenía Juan, porque sus padres, dueños de la botica del pueblo, tenían muchos posibles, como se decía entonces, mientras que el resto teníamos para comer, que no era poco.

Juan dobló la esquina con una radiante sonrisa en la cara, pero se encontró de golpe y porrazo con los Ramones, unos chicos mayores que tenían el mismo nombre y que eran famosos por su ruindad. Eran bordes y maleducados con los adultos, y crueles con los otros niños. El mayor de ellos rastreó como un radar el origen de la felicidad de Juan y rápidamente localizó sus brillantes zapatillas. Acto seguido decidió robárselas.

Y en eso estaba cuando lo alcanzó Carlos. Llegó corriendo a todo lo que daba su cuerpecito enclenque, y con esa misma velocidad, descargó su puño, sin misericordia y con todas sus fuerzas, en el Ramón más grande, que cayó como un coloso todo lo inmenso que era, con el labio sangrante y partido. Y mientras este permanecía en el suelo, atontado por las nuevas circunstancias, Carlos comenzó a gritarles a todo pulmón que la próxima vez los golpearía a todos.

Era como si el dios Thor lo hubiera poseído. Su voz parecía venir de otro lugar; rugiente, un bramido de otra época. El magullado se levantó todavía aturdido y se marchó despacio, sin darnos la espalda, mientras los otros salieron corriendo sin mirar atrás.

Nunca más nos molestaron, ni aunque estuviéramos solos, era como si supieran que Carlos se vengaría si nos hacían algo a alguno de nosotros.

Luego nos contó, mostrando su espléndida sonrisa, que, si no podías con todos, siempre había que golpear al más fuerte.

—Como en la granja —dijo—, si te haces con el fuerte, los demás animales te siguen.

Era nuestro héroe. No levantaba un metro del suelo y era flaco como un alambre. Creo que

Rosa se enamoró de él en ese momento.
Antes de que Carlos cambiara.

CONFUSIÓN
Deglución excesiva
Ojos entrecerrados
Morderse el labio

Desde la sala de observación anexa observé impotente a Carlos a través de las pantallas de televisión en la sala de interrogatorios. Estaba completamente desconcertado, mantenía su espalda rígida, como si el hecho de relajarla pudiera empeorar su suerte, como si las cosas pudieran ponerse aún más feas para él. Sus ojos permanecían anclados a la pared, inexpresivos y ajenos al parpadeo incómodo del fluorescente que, de forma intermitente, iluminaba la pequeña habitación, haciéndola parecer por unos segundos un quirófano preparado para operar y, por otros, una lúgubre cueva.

El sonido de la apertura de la puerta me hizo salir de mi ensimismamiento. Entraron el brigada Miñana y Rosa:

—Rosa, explícame qué hago aquí. No entiendo nada —exigió Carlos.

El brigada se adelantó a Rosa, que permaneció en silencio

—¿No ha entendido los cargos? —preguntó Miñana.

—Sí, sí, pero no entiendo qué tienen que ver esos cargos conmigo. Obviamente es un error. Un tremendo error —dijo mirando fijamente a Rosa, quien no pudo sostener su mirada.

—Le explico —dijo el brigada con voz calma—. El pasado lunes, la señora Carmen Ramírez puso una denuncia contra usted por un posible caso de abusos sexuales a sus hijos, Luis y Pablo. Como sabrá —continuó—, estas denuncias se investigan siempre, y el forense ha encontrado evidencias que lo confirman.

La cara de Carlos expresaba una mezcla de sorpresa, asco e incompreensión:

—Luis y Pablo... No —gritó—. No, no, no. —Y comenzó a llorar como un niño—. ¡No! —bramó.

—Se han presentado los cargos. Si no tiene nada más que añadir, la jueza del caso le tomará declaración en unos minutos.

Dicho esto, Rosa y Miñana abandonaron la sala dejando que yo observara las migajas de Carlos desperdigadas sobre la mesa.

No, no, no. Todo esto es de locos.

—Esto no va a pasar. Esto acaba aquí y ahora. —Y salí echando humo en dirección a la sala donde narices estuviera la jueza.

FURIA
Piel enrojecida
Pies separados
Gritar

Era increíble. Increíble. Carlos era mi amigo, pero no se trataba de eso. Yo era experta en comunicación no verbal, podía reconocer a un pedófilo y Carlos no lo era. No lo era y no iba a permitir que lo trataran como tal.

Sin asegurarme completamente de si lo que sentía era emocional o racional, me dirigí como una fiera a la sala donde se encontraba la jueza preparando la declaración con el brigada Miñana.

Al entrar, supe inmediatamente que estaba metiendo la pata hasta el fondo, pero una vez allí, decidí que lo mejor era meterla del todo, al menos escucharían lo que tenía que decir.

Tanto la jueza como Miñana me miraron estupefactos por la interrupción. Nadie en su sano juicio entraría así en una reunión de ese calibre.

—Buenas —dije a modo de introducción—. Mi nombre es Cristina Peterson. Me gustaría expresar mi más sincera repulsa por la detención del civil Carlos Escudero —dirigí mi mirada a la jueza—. Le va a destrozar la vida a ese muchacho. ¿No lo entiende? Carlos no es el culpable de esos abusos. Lo sé porque me dedico a la investigación en comunicación no verbal desde hace casi diez años y puedo asegurar...

No llegué a terminar la frase. El brigada Miñana se puso en pie de un salto y me sacó a empujones de la sala.

No dijo ni una palabra, pero su mirada... Su mirada mezclaba todo tipo de emociones: enfado, ira, decepción. Y, además, anticipaba que la cosa no iba a quedar así.

Me dio la espalda y cerró la puerta tras él.

Yo me quedé mirando la puerta como una idiota durante varios minutos. Hundida, decidí volver a casa de mi tía Asun, pero claro, la cosa no iba a resultar tan sencilla.

VERGÜENZA
Rubor en las mejillas
Sudoración visible
Tartamudeo

Recorrí el pasillo lentamente. Me sentía completamente desubicada. Consideré no despedirme de nadie y salir a la calle, pero en el último momento pensé que tal como estaba Rosa, al menos debía despedirme de ella.

Le di un abrazo y cuando estaba a punto de dejar la sala, oí a mi espalda una potente voz que pronunciaba mi nombre. Era el brigada Miñana, quería hablar conmigo en su despacho.

Parecía que ese día infernal no había terminado.

No pronunció una sola palabra hasta que nos sentamos. Si en anteriores ocasiones me había costado descifrar la información que transmitían sus gestos y su mirada, en este caso no había duda. Continuaba con la mirada que me había suministrado en la puerta unos minutos antes.

El enfado no se le había pasado. De hecho, parecía incluso más enfadado.

Mientras él hacía un esfuerzo notorio para buscar las palabras apropiadas, yo me dediqué a revisar el despacho con la mirada. Su estado corroboró mi juicio previo. Era sobrio, organizado; no había ni un solo papel fuera de lugar. El único objeto personal era un marco, muy probablemente con la fotografía de su mujer y sus hijos, pero desde la posición en la que me encontraba, no llegaba a verlo.

—Cristina, como creo que sabe, la interrupción de la reunión que estábamos teniendo la jueza y yo hace unos minutos ha sido completamente inaceptable. De hecho, ha sido contraproducente. Ha empeorado, en mucho, la situación del detenido porque ha sido usted puesta en entredicho. Su magnífico currículum no ha servido para eliminar las dudas que ya traía la jueza sobre usted.

Lo miré sorprendida. Eso sí que no me lo esperaba. Debió leer en mi rostro mi incompreensión, porque dijo:

—Si recuerda, en la última reunión, usted comentó el contenido de unas cartas que las sospechosas Dolores y Angustias Molinero le habían entregado a usted. No las trajo ese día consigo y a mí, sinceramente, se me olvidó reclamárselas después. El caso es que no están en la lista de pruebas que la jueza tiene que valorar. Solo este hecho, del que, como ya le digo, me siento responsable, nos ha puesto en la picota. Digamos que su actuación con la jueza y el hecho de que sigamos sin un sospechoso claro, excepto el susodicho Carlos Escudero, le ha permitido a la jueza sugerir que la apartemos del caso.

Vaya tela. Así estaban las cosas. Era impresionante ver cómo todo se podía estrujar hasta que perdiera la forma. Ahora bien, no iba a permitir que un error tonto como ese, bueno, y el otro, pusieran en duda mi profesionalidad. Iba a comentárselo a Miñana de forma tajante, pero no hubo oportunidad.

—No quiero echar más leña al fuego con este tema —continuó en un tono más calmado—. He logrado convencer a la jueza de que sus aportaciones al caso están acelerando el proceso.

Pero ojo, no voy a permitir otra actitud como la que ha tenido en la sala de reuniones. Ahora puede marcharse, y recuerde traerme esas cartas lo antes posible.

Asentí como una niña pequeña a la que le habían soltado una merecida reprimenda y aceptaba el justo castigo.

Me levantaba para irme cuando, en el último momento, Miñana me dijo con un guiño:
—Y aléjese de la jueza, por favor.

MELANCOLÍA

Ojos brillantes

Sonrisa ligera

Hombros caídos

Eran las cuatro de la tarde. No había comido, pero no tenía hambre. Caminé con paso lento y la mirada perdida hacia la casa de mi tía Asun. El sonido de mis pisadas en el empedrado romano que todavía se conservaba en algunas zonas de San Juan ejerció un efecto calmante en mi mente.

La bronca de Miñana me había afectado más de lo que quería admitir. No era solo que hubiera hecho el ridículo con la jueza y que hubiera metido la pata al olvidar entregar las cartas. Era algo más. La sensación de haberlo decepcionado... A él.

No estaba acostumbrada a cagarla en el trabajo. Mi vida profesional era básicamente el único sustento de mi autoestima, mi tabla de salvación.

Seguía sin encontrar los motivos que habían llevado al asesino a matar al padre Damián, y si a esto le añadíamos los posibles homicidios de Mateo y Juan, el caso se convertía en algo inabarcable.

Al pasar por la plaza, mi sensación de tristeza se acentuó al recordar cómo había sido allí mi niñez y adolescencia. La plaza había sido el corazón de San Juan, y junto con el imponente ayuntamiento, habían formado el conjunto perfecto.

Por las tardes, la plaza se llenaba de vida con niños corriendo y jugando junto a la fuente, con adolescentes recostados en su césped comiendo pipas y bebiendo limonada, mientras las personas de más edad se sentaban a charlar en los bancos de piedra a la sombra de árboles centenarios.

Pero todo ello quedó atrás en mi memoria. Como en muchos otros pueblos, la plaza había sido reemplazada por un adoquinado anodino que solo se utilizaba durante algunas semanas al año para festivales y otras actividades, mientras escondía en su subsuelo un *parking* privado con un uso bastante limitado.

Cuando llegué a casa de mi tía Asun, la pesadumbre me había calado bien hondo, pero no tuve que decir una sola palabra. Nada más entrar por la puerta, mi tía me leyó como si fuera un libro abierto; me pidió simplemente que le preparara una infusión. De paso, me hice una también para mí. Las cartas esperarían un poco más en el despacho.

Nos sentamos en la salita en silencio. Observé cómo el vapor emergente de las infusiones desaparecía a pocos centímetros del borde de mi taza, y escuché el suave tintineo de la cucharilla de mi tía al raspar el fondo de la suya en pos de un azúcar ya disuelto.

—Bueno, hijita, ¿me cuentas de una vez lo que te preocupa?

—No es nada importante, tía, he tenido una discusión con el brigada Miñana y me he quedado un poco molesta. Pero de verdad, nada importante.

Mi tía levantó una ceja, me sonrió y, tras un sorbo a su infusión, dejó la taza sobre la mesa.

—¿El brigada Miñana no es ese hombretón tan guapo que viene de Madrid?

—Sí, supongo —contesté sin muchas ganas de seguir esa línea de conversación.

—Mira, hijita, te voy a ser muy sincera, porque, entre otras cosas, si no lo digo reviento y una no está ya *pa* guardarse las cosas por dentro.

La miré fijamente, no estaba muy segura de lo que iba a decir, pero me olía que no me iba a gustar nada.

—Estás completamente bloqueada. ¿No se dice así en tu jerga? No has superado lo de tu padre y eso no te permite avanzar. Desde que rompiste con el inglés ese —estadounidense, pensé a la defensiva— no has vuelto a tener una relación seria. Sigues sin tomar una decisión respecto a la boda de tu padre, y ha llegado el momento de que lo hagas. Tu decisión compromete la relación que tendrás con tu futuro hermano.

Tomó aire y continuó:

—El Miñana este te gusta —dijo sin darme tregua—, pero no eres lo suficientemente honesta contigo misma para admitirlo. Abre los ojos, Cris, que la vida te está pasando, aunque tú no te des cuenta.

Esto era lo último que me faltaba por oír ese día. No tenía fuerzas para discutir. Mis ojos se humedecieron de rabia y tristeza. Era tan injusto. ¿Qué culpa tenía yo? Danny me había dejado porque yo no quería tener hijos, y no quería tener hijos porque mi padre había sido un desastre como padre. Era de manual. En mi fuero interno me daba un miedo terrible que yo fuera tan mala madre como él había sido mal padre. Y Danny se fue. Sí. Se fue por ese motivo. Pero él no me quiso lo suficiente. No me quiso lo bastante como para quedarse a mi lado, luchar para convencerme. Se fue, y ahora él sí tenía la vida que quería con otra persona.

Decidí, sin embargo, no decir nada. Me levanté, le di un beso a mi tía en la frente y me arrastré al despacho con mis lágrimas pujando por aparecer para buscar las famosas cartas.

INCERTIDUMBRE

Morderse el labio

Arrugar la frente

Entrecerrar los ojos

Me senté en la silla del despacho e inspiré varias veces para tranquilizarme. Miré la mesa, perfectamente ordenada: los bolígrafos en su lugar, la grapadora en la esquina superior derecha, todos los archivadores alineados. Revisé la mesa de nuevo.

¿Dónde coño estaban las cartas?

Mis manos comenzaron a temblar y el sudor impregnó mis axilas. Antes de que me diera cuenta, empecé a notar los latidos de mi corazón en los oídos.

Miré por todas partes. Levanté los montones de folios que mi primo tenía en el otro lado de la mesa y nada. Busqué en las estanterías, en el armario. Nada.

Intenté tranquilizarme. ¿Faltaba algo más?

Sí, todos mis apuntes para el simposio de Washington. OK, eso era más raro. Tal vez no tuviera nada que ver con el caso. ¿Quizás?

Salí como alma que lleva el diablo a la salita:

—Tía —casi grité, ella levantó la cara estupefacta—, ¿sabes dónde están mis documentos? Los que tenía encima de la mesa. No están. He buscado por todas partes.

—Tranquila, mi niña —dijo levantándose—. Están en el armario del despacho.

—No están —negué con una voz mucho más aguda de lo que esperaba—. He mirado por todas partes.

—Sí, hijita, sí. Espera que te lo enseñe.

Despacio y ayudada por mí, la llevé hacia el despacho.

Abrió el armario y, como yo le había dicho, no había nada. Sin embargo, lentamente se agachó y abrió un pequeño cajón que estaba disimulado entre las vetas de la madera, y ahí se encontraban todos los documentos perdidos, ordenados a la perfección, y por supuesto, también las cartas.

Respiré profundamente, a fin de calmar unos nervios completamente alterados.

No entendía por qué a mi tía se le había ocurrido guardar todo ahí ni qué hacía ese cajón secreto en el armario, pero me sentí tan aliviada...

Una vez los deposité en la mesa, una absurda idea cruzó mi mente. Recordé vagamente la conversación con Marcela, todas esas prohibiciones. ¿Y si...?

No dediqué ni un segundo a madurar mi idea, cogí el teléfono y llamé a Rosa. Tenía que verla enseguida.

ASCO
Palidez facial
Apartar la mirada
Escupir o vomitar

Cuando llegué a la casa parroquial, era noche cerrada y la temperatura había caído drásticamente. Rosa me estaba esperando en la puerta, enrollada en su abrigo, completamente atarida.

—Sí que has tardado... —dijo tiritando—. Estoy helada. Bueno, dime qué es eso tan importante que hay que ver que no puede esperar a que sea de día.

No respondí. Le pedí con un gesto que abriera la puerta y que esperara a ver. Al fin y al cabo, era una intuición que podía resultar en nada.

Cuando entramos, encaminé mis pasos a la habitación del padre Damián. Rosa me siguió en silencio; sabía que estaba muerta de curiosidad, pero debería esperar.

La habitación estaba impecable. Marcela había hecho un gran trabajo con la limpieza, desde luego. Mi mirada voló sobre todas las superficies hasta detectar lo que buscaba.

Me dirigí al armario. Estaba vacío, como esperaba; el nuevo párroco llegaría al día siguiente, lo cual simplificaba mi búsqueda. Con la linterna del móvil en una mano, alumbré como pude el interior del armario.

Al agacharme para acceder mejor a él, Rosa se acercó tanto a mí que noté su aliento en mi oreja:

—Por favor, Rosa, ¡apártate un poco!

—Pero dime qué estás buscando, la curiosidad me mata.

Volví a ignorarla y seguí a lo mío. No estaba segura, pero Marcela durante la entrevista había comentado que entre las cosas que exasperaban al padre Damián, y que ella tenía prohibido tocar, se encontraba su armario. Palpé la madera con cuidado y noté una pequeña imperfección, apenas perceptible, en el rincón inferior izquierdo. Como en el armario de casa de mi tía, alguien había sido muy hábil al camuflarla con la veta de la madera, pero allí estaba, una pequeña hendidura.

Hice presión sobre esta y el panel se movió, revelando un hueco oculto. Al iluminarlo, extraje su contenido con cuidado.

—Oh, santo Dios.

RESIGNACIÓN
Hombros caídos
Suspiros
Lágrimas silenciosas

Eran fotos. Multitud de fotos. De niños. Muchas de Carlos y Juan, de cuando eran pequeños, desnudos, en posiciones...

Rosa me quitó las fotografías de las manos y las miró brevemente. Su asco se reveló en décimas de segundo, se giró y vomitó allí mismo.

Resbaló hasta el suelo y permaneció allí, balbuceando entre lágrimas.

—Carlos, oh, mi pobre Carlos. Juan. Juanito, Cris, hay fotos de Juanito de niño. Y Lola. También está Lola, la hija de Pepa.

No pude retenerla. En cuanto pudo sostenerse por sí misma, Rosa salió boqueando como un pez hacia la calle. La seguí. El aire fresco nos vino bien a las dos. La abracé y la llevé al callejón de la izquierda. Por allí no solía pasar nadie. Lo último que necesitábamos era público.

—Todo está bien, Rosa. Por fin todo está bien. Ya sabemos lo que les pasó a todos.

—No entiendes nada —me gritó Rosa con la rabia acumulada por los años de desdén de Carlos, del que por fin ahora conocía la causa. Esa distancia, ese «te quiero, pero no te quiero» con el que la llevaba atando toda la vida. Por fin ahora entendía, lo entendía todo. No lo hacía más fácil, quizás era más difícil. Comprendió que la distancia que Carlos interponía no era un capricho suyo, sino una imposibilidad, una costra de protección que evitaría romper por todos los medios—. No hay nada que esté bien. —Y me sorprendió con una reflexión que yo no había hecho todavía—: Que Carlos resultara víctima de abusos no lo libera de los cargos. Es más, implica que pudo ser el abusador de esos niños. ¿No lo ves? La víctima que se convierte en verdugo. ¿Cuántos casos no hay de este tipo?

—No, Rosa, tranquila. De verdad, todo se va a aclarar. Carlos no tiene el perfil del abusador. Nunca llegó a normalizar la situación. Su carácter cambió, se avinagró, eso no pasa con las víctimas de abusos que se convierten en abusadores de adultos. Carlos es inocente... —y añadí mucho más despacio—, al menos en ese caso.

—¿Qué quieres decir con «al menos en ese caso»? —preguntó Rosa anonadada.

—Que, sin una coartada convincente, Carlos tuvo más que claros motivos para asesinar al padre Damián.

—Y no la tiene —concluyó Rosa con la mirada perdida sobre los adoquines del suelo.

FRACASO
Mentón hacia el pecho
Falta de contacto visual
Voz quebrada

Cuando me desperté al día siguiente, en la primera persona que pensé fue en Pepa. Ella debía conocer la existencia de esas fotografías. Le pedí a mi tía su teléfono; quería hablar con ella inmediatamente. Mi tía no sabía lo que estaba pasando, pero no me preguntó nada. Miró el reloj y me respondió que Pepa estaría a esa hora en el cementerio. Iba todos los jueves a poner flores a su hija y a su nieto.

Había un buen paseo hasta el cementerio y hacía frío, así que me abrigué bien y salí a toda prisa, esperando llegar allí antes de que Pepa decidiera irse.

Me quedaba poco. Una hilera verde oscuro lo hacía visible en la distancia.

El cementerio de San Juan estaba muy bien cuidado. Aquí las visitas eran mucho más frecuentes que en otros lugares. Los vecinos no lo visitaban solo el Día de Todos los Santos, y eso se podía observar en el estado de mantenimiento del cementerio.

Fui atravesando lentamente los pasillos cubiertos con piedrecitas grises, con cuidado de no resbalarme. Estas crujían con cada uno de mis pasos, adelantando mi presencia a un público inexistente. Las lápidas, blancas, negras, grises, todas ellas sobrias, me acompañaban tranquilas en un paseo de fotografías antiguas y epitafios lóbregos.

Por fin atisé a Pepa. Me acerqué a ella en silencio mientras la mujer rezaba de rodillas. Cuando se percató de mi presencia, enjugó sus lágrimas y me saludó:

—Hola, Cris. ¿Me estabas buscando?

—Sí, quería hablar contigo, pero no pretendía molestarte.

—No te preocupes —dijo levantándose.

—Quería decirte... —Empecé la frase, pero no sabía bien como continuarla; opté por ir directa al grano—. Hemos descubierto quién fue el responsable de la violación de Lola.

Pepa se limitó a asentir. Su voz, sin embargo, reveló un ligero temblor al preguntar:

—¿Quién fue?

—El padre Damián.

No me preguntó cómo lo sabía ni si estaba segura. Solo volvió a asentir.

—Después de tantos años... —dijo apretando los puños—. Si lo hubiera sabido antes, lo habría matado yo misma. —Y comenzó a llorar—. Mis niños, mis pobres niños.

Me cogió de la mano, y yo la acerqué a un banco cercano y nos sentamos.

—No sé si sabes cómo murieron mis niños. Mi Lola, tan hermosa. Mi Daniel, tan pequeño, tan inocente.

No quise interrumpirla, así que negué con la cabeza. Tenía que desahogarse. Esperé.

—Violaron a mi niña. A mi Lola. Y como estaba muerta de miedo, no me quiso decir quién la había violado. ¿Cómo iba a decirlo? El cura del pueblo. Maldito, así se pudra en el infierno, malnacido. —Y empezó a llorar de nuevo, después sacó su pañuelo y se secó las lágrimas

despacio, tranquila—. Mi niña quedó embarazada y, nada más dar a luz, se quitó la vida. Pobrecita mía. No supo ver el precioso don que Dios le había mandado para compensarla. Pero no la culpo. Yo tampoco sé qué hubiera hecho en su lugar. Daniel nos vino a traer de nuevo la felicidad, pero poco duró. Nació enfermito. Tenía una enfermedad rara, CIPA se llamaba. Con ella no se suele durar mucho, ¿sabes? No se siente dolor, y si no hay dolor, no hay aviso. Con seis añitos, se cayó de un árbol y se murió el pobrecito sin enterarse; hemorragia interna, dijeron. Con su marcha acabó para siempre mi felicidad. Nunca más la he vuelto a sentir.

Rompió a llorar.

Tampoco pude yo contener las lágrimas. La acompañé en silencio en su camino a casa.

ELACIÓN
Risa intensa
Sacar pecho
Músculos temblorosos

De vuelta, recibí una llamada de Miñana en la que confirmaba otro de mis supuestos. Las piezas comenzaban a encajar en mi cabeza. El informe de la Policía alemana indicaba que no se sabía nada del paradero del marido de Gisela desde hacía cinco años; de hecho, según sus informaciones, seguía en España.

Eso cambiaba las cosas. ¿Realmente el marido de Gisela había abandonado a su mujer, había desaparecido o alguien lo había hecho desaparecer? Pero seguía sin comprender qué tenía que ver la desaparición del marido de Gisela con el asesinato del padre Damián. No veía la conexión. Podía ser que no estuvieran relacionados en absoluto.

Sororidad. Ricino. Salmonela. No. No tenía sentido. Demasiados años de diferencia. Todo me daba vueltas y vueltas en un cerebro que parecía querer explotar.

Llegué a casa pensando en echar una cabezadita. En mi experiencia, lo mejor para un cerebro cansado es dormir. Los pensamientos parecen procesarse y encajan mejor.

Pero, por supuesto, allí estaba la Paca de nuevo en casa de mi tía para frustrar mis planes de un plumazo. Lo de dormir la siesta del borrego quedaba descartado. Con mi tía y ella dándole a la sin hueso en la cocina, por muchas vueltas que di en el sofá, no pude conciliar el sueño.

¿Quién dijo mantén cerca a tus amigos y a tus enemigos más cerca aún? En fin, decidí acompañarlas y me acerqué a la cocina a tomar una cerveza y algo de picar.

—Pues sí, Asun, el niño de la Satur no va a llegar a nada por mucho que su madre se empeñe. Se están dejando un dineral en él para nada.

—Mujer, yo tampoco diría eso.

Aunque me senté con ellas, básicamente me ignoraron y siguieron con su cháchara, y yo desconecté.

—Y del otro, ¿qué me dices?

—Del otro poco se sabe, Paca.

—Pues eso digo yo, que haría falta un milagro porque claro...

Las burbujas de la cerveza ascendían por el cuello del botellín, perfectamente coordinadas con mis pensamientos efervescentes. Mi mente se encendió como de un fogonazo.

Me levanté de un salto y me dirigí a la salita como una exhalación. Sobre la mesa, las estampas de los santos. La primera, la del Niño Jesús.

—Eso es. Ahora todo encaja.

Le di un beso a la Paca, que me miró como si estuviera loca, y salí corriendo hacia la calle. Necesitaba aire.

OPTIMISMO
Faz brillante
Deglución rápida
Sonrisa mantenida

Pasear era casi tan bueno como dormir para despejar la mente.

El aire fresco me vigorizó, y tras unos primeros minutos en los que el frío casi me obliga a regresar, fui entrando en calor. Lo que iba a ser un paseo reflexivo por las calles de San Juan se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en un paseo por el campo. Atravesé las calles del pueblo, bordeé el cementerio hasta salir del terreno municipal y llegué a uno de los caminos que conectaba con la carretera nacional.

Me sentía completa, por fin había comprendido quién era el asesino, el motivo y los medios. Ahora todas las piezas encajaban, o casi todas. Todavía había preguntas...

¿Existía alguna relación entre el asesinato del padre Damián y las otras muertes? En las de Mateo y Juan, la ricina tenía algo que ver, de eso estaba segura. ¿Eran también homicidios?, ¿el asesino era el mismo?

No. No tenía sentido, el *modus operandi* había sido distinto. ¿Estábamos tratando con dos asesinos?

¿Qué motivos había para asesinar a Juan? Mateo era una persona vil y habría mucha gente que podría haber tenido motivos para matarlo, ¿pero a Juan?

«Matadlos a todos», había dicho Angustias. ¿Era la frase de una demente o tenía algún sentido? ¿El hecho de que Gunther Müller, el marido de Gisela, estuviera en paradero desconocido implicaba que estaba muerto? ¿Lo había matado Gisela? Ella sola no parecía factible. Deshacerse de un cadáver no es una tarea sencilla.

De regreso, un coche se paró a mi lado. Era Carlos. Salió del coche para abrazarme; se había enterado de mi quijotesca defensa. Por fin se habían retirado los cargos contra él. Los psicólogos forenses, tras varias sesiones con los niños, establecieron que había sido el padre Damián quien había abusado de los pequeños.

Además, la coartada de Carlos por fin pudo ser corroborada. Carolina Arias prestó declaración y confirmó todo lo que había dicho él desde el principio.

—¿Eras tú al que vi cerca de la iglesia el día en que luego coincidimos en el Bodegón?

—Sí —contestó—. Siempre iba los domingos para recoger a los niños y los acercaba a su casa. Tenía miedo, miedo por ellos.

Se sentó en una piedra grande al lado de la carretera, dejando el coche en marcha y con la puerta abierta. Su mirada se encontraba perdida en algún punto del suelo.

—Nos hacía las cosas después de la misa... —Hizo una pausa, y continuó con la voz temblorosa—: Estaba contento de lo bien que lo había hecho, de todo lo que había transmitido a sus feligreses, y quería compartirlo... el hijo de puta —explicó aplastando con su dedo una hoja seca en el suelo.

Me miró a los ojos y prosiguió:

—Yo no sabía que les estaba haciendo eso de nuevo a los niños —dijo con la voz rota—. No había tenido otros monaguillos. Juan y yo fuimos los últimos. Y así había sido por más de veinte años. Él sabía que yo no era capaz de denunciarlo. Ni después de tantos años. No era capaz de confesármelo ni si quiera a mí mismo. —Movi6 la cabeza—. No, no lo era. Teníamos ese *statu quo*: 6l no cogía monaguillos, yo no daba el paso. Pero todo eso cambi6 el a6o pasado. Cuando me enter6, no me lo podía creer. —Apret6 los pu6os—. Fui a buscarlo y lo cogí del cuello, esa mierda de alzacuellos en el que escupía con sus actos sali6 volando. No se asust6; me mir6 con ojos inocentes, como si no supiera de qu6 le hablaba, como si no recordara las cosas que nos hizo hacer. Pero para cuando me march6, me asegur6 de que recordara: si tocaba un pelo a los ni6os, yo lo matarí y, Cris —dijo llorando, fijando sus ojos en los míos—, lo hubiera cumplido. De haberlo sabido, lo habría matado con mis propias manos.

Cuando se calm6, enjug6 sus lágrimas con los pu6os de su camisa y se metió en el coche. Antes de emprender su camino, me mir6 y de pronto sentí que el universo volvía a ponerlo en su sitio. Thor estaba de nuevo en 6l.

Me senté en la piedra que había ocupado Carlos unos momentos antes. Respiré profundamente, estaba en paz. Las cosas empezaban a solucionarse. El hecho de haber sacado a la luz las sombras del padre Damián había aliviado parte de la losa que Carlos portaba desde hacía muchos a6os. Juan y 6l.

Juan.

Juan no había cambiado nada. Juan había sido alegre y feliz. No había variado su actitud en todos los a6os de su vida. Juan que muri6 de algo como una salmonelosis.

DUDA
Mirada hacia el suelo
Aclararse la garganta
Morderse la mejilla

Llegué a casa sin aliento después de subir por enésima vez la maldita cuesta. Desde la puerta grité a mi tía:

—Tía, llama a tus amigas y a Roberta. Diles que es muy importante que vengan todas a casa esta tarde.

Mi tía me miró como si estuviera trastornada. Tuve que insistirle, pero a la postre decidió obedecerme, eso sí, su mirada indicó sin género de dudas que ella me haría caso, pero que yo le debía una explicación, la cual exigió realizadas las diligencias solicitadas:

—Bien, hijita, cuéntame de qué se trata.

Yo había tenido tiempo para reflexionar y decidí que se lo iba a contar todo. Desde el principio. La resolución del caso había sido insólita; me había puesto en una situación incómoda y necesitaba su consejo.

El asesinato, por muy cruel que hubiera sido —todos lo son—, entrañaba la reparación de un daño. Se revertía la situación haciéndose justicia.

Tampoco habría riesgo de reincidencia, no en este caso. Con la muerte del padre Damián, se había iniciado y finalizado la carrera homicida del asesino, pero para la ley, un asesinato es un asesinato. Alguien se había tomado la justicia por su mano.

¿Pero era justo llevar al asesino ante un juez? Un juez que actuaría teniendo en cuenta únicamente las disposiciones establecidas en la ley, absteniéndose de cualquier otra consideración.

Ahí estaba mi gran duda. Justicia o legalidad.

Tras escucharme, mi tía Asun permaneció en silencio unos minutos. Mis palabras habían hecho mella en ella. Averiguar por fin quién era el asesino y sus motivos la dejaron sin habla. Pálida, me cogió la mano. Ahora sí entendió por qué se lo había contado todo y la complejidad que mi pregunta acarreaba.

Se levantó y sacó del taquillón la botella de mistela y dos vasitos. Los llenó y, mientras su dorado coloreaba los pequeños recipientes, dijo:

—Cris, no es fácil responder a tu pregunta y respetaré la decisión que tomes. Pero, ya que pides mi opinión, creo que lo mejor es que dejes las cosas como están.

Acto seguido, se tomó el chupito de mistela de un trago.

PARANOIA
Apretar la mandíbula
Transpiración
Piel pálida

Se encontraban todas sentadas en la sala, expectantes. Sus caras mostraban nervios, estupefacción, e incompreensión. ¿Qué hacían ahí?, se preguntaban. ¿Qué iba a decirles?

Yo, por mi parte, una vez las vi sentadas y atentas, comencé mi exposición. Iba a ser larga, tenía a mano un vaso de agua.

—Os he reunido a todas aquí para contaros una historia, y como en todas las historias, hay parte de verdad y una parte, digamos, inventada.

Roberta bufó y estuvo a punto de levantarse para marcharse, pero mi mirada iracunda la detuvo. Ni de coña se iba a marchar después de la que había liado con su mentirijilla.

Había preparado mi discurso en esos términos, y así iba a continuar.

—En la primera parte, la fidedigna, voy a contaros cómo y por qué se produjo el asesinato del padre Damián.

»Casi inmediatamente descartamos que fuera un intento de robo. Las cerraduras no estaban forzadas, no hubo lucha de ningún tipo.

»Que la víctima fuera el padre Damián era casi extraordinario porque, por un lado, los sacerdotes no suelen ser víctimas de asesinato y, por otro, porque él era una persona querida, muy querida en el pueblo. Mi tía y otra serie de personas me comentaron cómo había ayudado de forma personal a Roberta tras la muerte de su marido, a Pepa en las dificultades que pasó tras la muerte de su hija y de su nieto, y a Gisela con la desaparición de su marido. —Estas se agitaron con mi comentario.

»El caso es que el buen padre Damián estuvo a punto de morir en dos ocasiones anteriores muy cercanas en el tiempo. Le cayó una maceta en la cabeza que casi lo mata, que podría haber sido un accidente, y después contrajo una salmonelosis. Salmonelosis de la que se suponía era fácil contagiarse en el pueblo, porque había un foco, un foco histórico. De hecho, el pobre Carlos había estado siempre en el ojo del huracán, suponiéndose que su granja era responsable de ese problema, hecho que nunca fue probado.

»Para resolver el crimen nos chocábamos una y otra vez con el problema de la oportunidad, impuesto por los horarios de los turnos para cuidarlo. En las horas establecidas por el forense, en las que debería haberse producido el homicidio, este no podía haberse llevado a cabo, porque cumpliéndose los turnos descritos por los testigos, el homicidio hubiera sido inviable.

»A no ser, claro, que alguien hubiera mentido. Y ahí nos topamos con el siguiente aspecto importante del caso, las mentiras.

Todos mentían. Roberta, Pepa, Gisela, Carlos y hasta Rosa mentían. ¿Por qué lo hacían? ¿Para protegerse a ellos mismos? ¿Eran mentiras piadosas, mentiras irrelevantes que no tenían nada que ver con el caso? ¿O era la mentira del homicida?

Hice una pausa, quería ver los rostros de todas. Todas ellas. Todas mujeres.

—Otro problema que de forma inconsciente me llevaba confundiendo casi desde el principio era la cantidad de mujeres involucradas. Me venía a la mente todo el tiempo la palabra sororidad. Mujeres que, ante la adversidad, se ayudan las unas a las otras... y esto, claro, al final resultó clave.

Todas mis oyentes se revolviéron en sus asientos. Todas estaban involucradas en el concepto de sororidad, aunque todavía no entendieran qué tenía que ver eso con el caso.

—Pasemos, por otro lado, a hablar de los sospechosos según los horarios que ellos mismos indicaron:

»Pepa no había tenido oportunidad de matar al padre Damián, puesto que si Gisela se había marchado a las nueve de la mañana de la casa parroquial como mantenía, Pepa no había podido tener tiempo de matarlo antes de que llegara Marcela a las nueve y diez. A este factor se añade que ni Pepa ni Gisela tenían motivos.

»Quienes sí tenían motivos, motivos económicos, eran Dolores y Angustias, porque habían resultado ser las beneficiarias de la herencia, pero ellas desconocían este hecho, y ellas no mentían.

»Respecto a Carlos, sí tenía motivos, esa inquina y ese odio ferviente al padre Damián, y, por si fuera poco, no tenía coartada. Porque su coartada no se pudo verificar. Con lo que era un buen candidato para ser el asesino. Pero cuando empezamos a investigarlo, los motivos realmente no eran tan graves. Os recuerdo que al principio pensábamos que se trataba de la venganza que había llevado a cabo el padre Damián contra Carlos y Juan en represalia por la rotura del jarrón, regalo de su padre. Si bien llamaba la atención la actitud vengativa del padre Damián, ¿realmente esta era tan grave como para asesinarlo?

»Nos enteramos después de que Roberta, que inicialmente había confirmado la, digamos, coartada de Gisela, también había mentido, ya que aunque casi todas las mañanas veía a Gisela llegar a las nueve y media a su casa, ese día no lo hizo. Ese día no pudo verla porque no estaba en su casa. —No quise explicar dónde estaba, no era relevante. Además, seguramente el resto de mi concurrencia ya lo supiera. Había mentido por el qué dirán; para Roberta era algo muy importante. Miré a Roberta, que me devolvió una mirada entre avergonzada y asustada—. En resumen, ya nadie podía confirmar que Gisela llegara a su casa esa mañana a las nueve y media.

»¿Y si nos planteáramos que Gisela tampoco hubiera dicho la verdad? Es decir, que no hubiera salido de la iglesia a las nueve, sino a las siete de la mañana. Entonces ella sí habría tenido tiempo de asesinar al cura, pero también Pepa, que, entonces, no tendría coartada. Si Gisela hubiera salido a las siete de la mañana, Pepa podría haber asesinado al cura desde las siete hasta las nueve y diez, hora en que llegó Marcela.

»Cuando descubrimos los casos de abusos a Carlos, Juan y Lola, nos enteramos de que Carlos sí tenía coartada, con lo que desaparecía de la lista de sospechosos.

»Lo mismo ocurría con Pepa. Ella sí hubiera tenido motivos para matar al padre Damián, pero Pepa no podía saber este hecho, nadie lo sabía, excepto sus víctimas: Carlos, Juan y Lola. Y volvemos al mismo planteamiento: si no lo sabía, Pepa no tenía motivos o, mejor dicho, los tenía, pero los desconocía. Nunca supo quién había violado a su hija y, por tanto, no sabía que el padre Damián era el padre de su nieto.

»Por otro lado, ¡cuánto ricino había por todas partes! Teníamos ricino en la farmacia, que usaba Roberta para preparar las formulaciones; en el jardín de Pepa, que lo había recibido de su hijo en Canarias, y, según Pepa, en medio pueblo, porque se había dedicado a regalar la planta de flores rojas a quien se lo pidiera. Pero ¿esto era cierto? Durante el transcurso de nuestras investigaciones, nadie, ni una sola persona, comentó que Pepa le hubiera regalado un esqueje de

esta planta. Solo teníamos su palabra.

Esta me lanzó una fría mirada mientras asentía.

»Tras un análisis toxicológico, descubrimos que la ricina había sido la causante del segundo intento de homicidio del padre Damián. Intento que falló. Podíamos, por tanto, descartar a Roberta como asesina. Ella no hubiera fallado en la dosis que, con sus conocimientos, habría sido letal.

»Entonces, ¿quién mató al padre Damián? Solo Gisela había tenido la oportunidad de hacerlo... si ella estaba diciendo la verdad. Pero Gisela mintió, porque no salió de la casa parroquial a las nueve ese día. No, ese no era un día corriente. Ese día era lunes y, por tanto, tenía que volver antes para estar a las ocho de la mañana en su casa para esperar a la empresa de gasoil. Ese era el día en que llegaba la empresa suministradora al pueblo. Gisela se fue de la casa parroquial a las siete de la mañana.

»El descubrimiento de la mentira de Gisela puso en la palestra de nuevo a Pepa, que no tenía coartada. Pero tampoco motivos, ¿verdad? Supusimos que averiguó los abusos del cura a su hija después de la muerte del padre Damián, cuando encontramos las fotos escondidas en su armario. Pero ¿y si no fuera cierto? ¿Y si lo había averiguado antes? No mucho antes, sin embargo.

Pepa continuó con la mirada fija en mí. Era una mirada calculadora. Estaba evaluando si lo sabía o no, si yo sabía que ella era la asesina.

—Pepa averiguó quién era el padre de su nieto, el violador de su hija, no en el momento de la violación ni en el momento de la muerte de su nieto, sino muchos años después, y lo averiguó de golpe, de sopetón, delante de todas nosotras.

Mi concurrencia empezó a ponerse nerviosa, solo mi tía y Pepa permanecieron impasibles.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Cris? —protestó Roberta—. Si Pepa lo hubiera sabido antes...

La interrumpí haciendo un gesto con la mano.

—Fue en la merienda con el padre Gregorio y padre Damián —continué con voz firme—. Ahí, por primera vez se habla del padre del finado. Oímos al padre Gregorio referirse a él, a sus estigmas y a que obraba milagros, que no sentía dolor. Él mismo lo había demostrado, según dijo, tocándole dichos estigmas. Pero la realidad era otra, como muchos otros falsos santos, se agujereaba las manos para abrirse esos estigmas. Sin embargo, a diferencia de otros, pudo mantener su engaño durante años porque no sentía dolor al hacérselos. En realidad, no tenía dolor físico alguno, ya que sufría la enfermedad de CIPA, de la que la falta de sensibilidad al dolor es su síntoma principal.

»La CIPA, la misma enfermedad que sufría el nieto de Pepa. La enfermedad que fue letal para su pequeño cuerpecito y que, tras una caída aparentemente sin consecuencias, le produjo esa hemorragia interna fatal por la que murió desangrado ante los ojos impotentes de su abuela.

»Cuando Pepa oyó al padre Gregorio decir que el padre del padre Damián obraba milagros y que no sentía dolor al tocarle los estigmas, sumó dos más dos y resultó que el padre Damián había sido el violador de su hija. A partir de ese momento, su único objetivo fue vengarse.

Pepa permaneció impertérrita, mientras el resto se mantenía en un silencio tal que absorbía el aire de la salita.

—Y todo hubiera salido bien para la asesina, que sabía que Gisela tenía que volver antes ese día porque se comentó en la merienda. Como digo, todo hubiera salido bien, la asesina habría podido llevar a cabo el crimen sin testigos, pero Gisela tuvo que volver porque había olvidado sus gafas de lectura. Gafas que, con todo lo que aconteció después, volvió a dejarse en la escena del crimen.

»Así pues, resuelto el asesinato del padre Damián, solo me queda relataros, digamos, la parte inventada. Con este asesinato no habían terminado los homicidios que se habían producido en San Juan de Los Alcázares. Nos encontramos con otros crímenes, perfectamente ocultos, pero a la vista de todos.

Mi público permanecía inmutable, pegado a sus asientos, como si un movimiento en falso pudiera hacer realidad la pesadilla que estaba experimentando. Y yo, desafortunadamente, iba a convertir esa pesadilla en una certeza que destruiría su forma de vida.

—En la iglesia alguien insinuó que el marido de una de vosotras había sido un maltratador, yo automáticamente se lo achiqué a Dolores, ya que Mateo lo había sido. Pero no se referían a Dolores, sino a otra persona.

Esta vez fue Gisela quien me miró asustada.

—Lamentablemente, muchas mujeres sufren malos tratos a manos de sus maridos, no solo en España, también en el resto del mundo. También en Alemania —continué—. Gunther Müller nunca volvió a su país. Nunca salió de España. Gisela lo asesinó, probablemente harta de esos malos tratos que no habían desaparecido al cambiar de residencia.

Gisela me interrumpió para aclarar:

—Casi *morir* en su última paliza. Era él o yo.

—Y alguien te ayudó, ¿verdad? Probablemente Roberta, que vivía al lado. Y Gisela, en agradecimiento, no dudó en auxiliar a otra mujer que necesitaba ayuda desesperadamente la mañana del asesinato del padre Damián: Pepa.

»Cuando Gisela regresó a por sus gafas, el asesinato ya se había producido y Pepa, desesperada, le explicó sus motivos. Gisela no se lo pensó dos veces: le proporcionó una coartada que, sin esa casualidad, Pepa no habría podido tener. Ella se arriesgaba a ser sospechosa, pero no le importó, tenía que devolver de alguna forma lo que otra mujer había hecho por ella.

»Solo me queda resolver, por tanto, el foco histórico de salmonelosis en el pueblo. Para ello tenemos que volver al tema de los niños abusados por el padre Damián. Carlos, debido a su carácter, tras los abusos se convirtió en alguien tímido y amargado, que no supo reponerse; no tenía ayuda externa para poder salir del trauma que el hecho le había generado. Pero el caso de Juan, sin embargo, fue diferente. Su carácter no cambió, siguió pareciendo encantador, alegre y feliz. ¿Cómo supo gestionarlo por sí mismo? No pudo. Se convirtió en un pedófilo, a su vez.

Roberta estuvo a punto de levantarse de la silla.

—Muy probablemente, Roberta lo descubriera. Roberta, una mujer sumamente inteligente que no podía permitir que la gente lo supiera. Así que, arrastrada por su ego, decidió acabar con la vida de su marido sin contemplaciones, de raíz, y para ello usó ricina. Conocía perfectamente la dosis que debía suministrar y que, además, los síntomas serían compatibles con una salmonelosis. Fue ella la que empezó el rumor del foco de salmonela en el pueblo.

»Años después, y he aquí mi otra suposición, ocurriría lo mismo con Dolores y Angustias. Juntas mataron a Mateo, probablemente, hartas de sus abusos.

—Me forzó —dijo Angustias.

Asentí muy seria, y continué tras unos segundos:

—Dolores y Angustias le pidieron el veneno a Roberta, quien les proporcionó la dosis correcta y, de forma efectiva, el homicidio de Mateo volvió a confundirse con un caso de salmonelosis.

»Así pues, nos encontramos en este punto. Tenemos dos asesinatos que han prescrito, los de Juan y Mateo, y otros dos que no lo han hecho.

Mi tía, sin poder contenerse por más tiempo, tomó la palabra:

—Mira, Cris, si tienes que elegir entre la justicia y la ley, el camino correcto debe ser siempre el de la justicia.

Cerré los ojos y callé por unos segundos.

—No —sentenció. Nadie podía asumir el papel de juez y ejecutar su propia justicia.

Me levanté y llamé a Rosa al cuartel de la Guardia Civil.

COMPASIÓN
Sonrisa triste
Abrazar sosteniendo
Tono suave

Los días siguientes pasaron como una exhalación. La noticia corrió como la pólvora. La vox *populi* había exonerado a Carlos, comprendido a Pepa —excepto mi primo Pedro, que no hacía más que decir que se lo veía venir, no sé muy bien por qué— y puso al padre Damián en la picota. Su recuerdo en el pueblo quedó mancillado para siempre; su tumba fue profanada con pintadas que lo tachaban de pedófilo.

Mis primos por fin habían regresado de su viaje, y entre fotografías, vídeos y regalos, nuestra sosegada morada acabó convertida en una auténtica casa de locos, cosa que nos vino muy bien a mi tía y a mí, que no queríamos sacar el tema a relucir.

Llegó el día fijado para mi marcha y Rosa se ofreció a llevarme a la estación. Después de despedirme de mis primos, mi tía me abrazó muy fuerte y me preguntó al oído:

—¿Has decidido lo que vas a decirle a John?

—Sí, tía —dije dándole un fuerte abrazo con el que quería expresar lo que ella significaba para mí. Por no ponerme más tonta, me subí al coche, sin calcular, claro, y me pegué un golpe en la cabeza.

Era cierto, había tomado una decisión y, es más, se la había hecho saber a John. Le había dicho que iría a la boda con una única condición: Danny no debería ir.

Mi padre había tenido que elegir por una vez entre su hija y el resto. Además, le había explicado que esa decisión sería el inicio de una relación más estrecha que mantendría con él y su nueva familia. Finalicé aclarándole lo que me había costado tomar esa decisión y que lo hacía única y exclusivamente por estar en la vida de mi nuevo hermano.

Iba a tener un hermano. Y esa sensación despertó en mí la necesidad de protegerlo de todo, de todos, pero sobre todo de su propio padre. El mío. No iba a permitir que le hiciera daño. Que le hiciera lo que me hizo a mí.

Para mi sorpresa, mi padre lloró al teléfono. Dijo que sí, que aceptaba mis condiciones y las que hicieran falta. Que quería tenerme por fin en su vida.

Cuando colgué, no pude evitar llorar yo también.

En la estación, Rosa me dio un fuerte abrazo y, enjugándose con disimulo las lágrimas, me dijo con una sonrisa:

—Por cierto, tengo dos noticiones: han sancionado a Ojeda y Miñana se vuelve a Madrid.

—¿Sí? —dije más interesada en la segunda parte que en la primera.

—Sí, por lo visto Ojeda estaba hasta arriba de deudas de juego —agregó mientras yo asentía; que un guardia civil apostara en juegos de azar incumplía varios artículos del reglamento—, y Miñana, por lo visto, se estaba separando de su mujer, pero ha decidido darle otra oportunidad a su matrimonio y regresa a Madrid.

—Ah —dije. «Pues qué bien», pensé.

A punto de poner un pie en el tren, decidí que Rosa se merecía que le dijera unas palabras también o, al menos, yo merecía decirlas.

—Rosa —comencé—, pide un traslado y vete lo más lejos que puedas de aquí, a algún lugar de España donde no puedas volver al pueblo en un permiso. Carlos no te quiere —continué muy seria—, probablemente no pueda amar a nadie nunca sin ayuda profesional y, conociéndolo, no la pedirá ni la aceptará, aunque se la ofrezcan.

Rosa me miró mientras las lágrimas volvían a rodar por sus mejillas, sin intentar evitarlas esta vez, pero no habló. Nos abrazamos y subí al tren.

Arrellanada en mi asiento, pensé en el daño que habían hecho los cuentos de hadas a todas las niñas durante generaciones. El príncipe misterioso y callado que al final se da cuenta de que está enamorado de la princesa.

«¡Chorradas!», pensé. «Deberían prohibirlos».

De Roberta para Roberta

Una no debería tenerle asco a su marido. Llevaba tres días pensando en ello; no le veía otra salida.

Así, sin venir a cuento, mi mundo se había ido a la mierda. Con un clic. Había sido un simple clic. Abrí el ordenador y de pronto todas las ilusiones, los planes para el futuro, la familia, todo se había ido por el retrete.

Lo que son las cosas, ahora no recordaba lo que estaba buscando, algo que en ese momento consideraba importante. En la búsqueda de ese algo encontré la carpeta. Era un tanto extraña, ni siquiera parecía una carpeta, el idiota había personalizado el icono con una mariposa de colores. Estaba protegida, pero la clave no era la de siempre; eso también me resultó extraño.

En el cajón del escritorio estaba su libretita de claves. La abrí, despacio, muy despacio. Repasando su letra apretada encontré la palabra Mariposa y, pegadita a ella, la clave “4ng3l1t05”. Angelitos. Esa palabra impactó en mis vísceras como un rayo en el momento de la electrocución. Me temí lo peor, pero no di tiempo a mi mente a pensar nada más, con los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos, introduje la clave en la petición de apertura de la carpeta, y entonces sí llegaron las arcadas.

Fotos de niños.

No recuerdo cuántas veces llegué a vomitar.

Nunca habíamos tenido un gran sexo. Lo hacíamos una vez al mes, más por cumplir que por necesidad. Ahora entendía por qué.

Habían pasado tres días desde que vi la carpeta por primera vez. No sabía cómo había podido esconder el asco. Dormir a su lado en la cama me resultaba insufrible. Tres noches.

En cuanto él se quedaba dormido y su respiración se volvía rítmica, me levantaba despacio, me volvía al salón y permanecía mirando el techo las horas que restaban para que amaneciera. Dormir se me hacía imposible.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas, y por fin llegué a la única conclusión honesta conmigo misma y con mi conciencia. Tenía que pararlo, porque él no iba a parar.

Reprimiendo mis arcadas, me obligué a volver a mirar las fotos de nuevo. No había niños conocidos, lo que me hacía suponer que él no había hecho las fotos. No había dado el paso todavía, pero lo daría. Sabía cómo funcionaban esas cosas.

No me planteé ir a la Policía, la vergüenza sería demasiado grande. ¿Tenía que pagar yo por su depravación? El pueblo entero iba a mirarme a mí, sería la mujer del pedófilo lo que me quedara de vida.

Sabía lo que tenía que hacer.

Usaría ricina, se lo pondría en el café, que disimularía su sabor amargo. No existían pruebas para confirmar la exposición a la ricina. Su ingesta le provocaría un sangrado intestinal tan potente que en tres días sería fatal.

Tendría que esperar tres días más. Tres noches más.

De Roberta para Dolores

Tres años después, pensaba que todo había quedado atrás. El tiempo, la vida, lo va borrando todo. Lo bueno y lo malo, hasta que crea un paisaje de recuerdos borrosos en los que ya no se distingue la realidad de las palabras que, como un mantra, repites por las mañanas cada día y cada noche al acostarte para poder soportarte a ti misma.

A fuerza de años, había vuelto a la normalidad. A una normalidad, al menos. A no ser un fantasma que solo transita. A tener algo de ilusión para poder enfrentarme a ese otro día más, y luego al siguiente.

Cuando vi su cara aquella tarde, supe que algo había ocurrido. Algo muy grave, trascendental, algo que te desgarrar y pone tu vida patas arriba, para lo que no había marcha atrás.

Me reconocí a mí misma en su rostro convulso.

Habíamos quedado después de misa. Estaba descompuesta, y lo estaría por mucho tiempo, tal vez años. Lo sabía por experiencia. Si alguien podía entender por lo que estaba pasando, esa era yo.

No sé por qué recurrió a mí. Quizás había comprendido el motivo por el que yo me convertí en un espectro sin vida durante años. Simplemente, ató cabos.

Habló poco, no era necesario; rellené los huecos que faltaban por mí misma.

—Una violación es una violación, aunque se dé en la santidad del matrimonio —había conseguido decir mientras las lágrimas recorrían sus mejillas y su voz se quebraba, haciendo añicos sus últimas palabras.

La tomé de la mano y la abracé con fuerza. Continuó:

—No ha sido un error, sabía que era a mi hermana a quien forzaba, lo sé. Pero también sé que no volverá a pasar nunca. —«Nunca», esa palabra fue verbalizada mientras sus ojos me miraban fijos, ahora secos, y proyectaban odio inyectado por fuerza.

Estaba plenamente convencida. Yo la miré y lo entendí de inmediato, sabía lo que había que hacer, pero era su decisión; era indispensable que lo entendiera. Se lo expliqué.

Lo comprendió al momento. Era obvio que lo tenía decidido. Lo había pensado mucho y muy profundamente; venía ya convencida.

Quería que muriera, y que lo hiciera con dolor. Quería poder mirarlo a los ojos y que se sintiera desvalido, indefenso, como se habían sentido ellas cuando ocurrió.

Le indiqué la dosis que debería suministrarle, cómo sería el proceso, pues yo lo había vivido, y que no sería algo fácil de ver. Le expliqué cuánto tardaría en morir.

Ella asintió. Cogió la botellita de ricina con decisión, mirándome a los ojos. Su mano no tembló al tomarla.

De Roberta para Gisela

Era una vecina más, pero de las buenas, de las que no daban mucha conversación ni se metían en tu casa sin avisar.

Era una noche sin luna de invierno, hacía muchísimo frío e iba vestida de blanco. Ni una lágrima recorría su rostro. Un camión desgarrado, un labio sangrante y un ojo morado eran las únicas evidencias en ella, y él, claro. Ensangrentado en el suelo, se encontraba él con un cuchillo clavado en el cuello, como la puntilla que se le da a un cerdo antes de abrirlo en canal.

Supe inmediatamente lo que había pasado y no me lo pensé dos veces. Le dije que se cambiara de ropa, pero no parecía entenderme; se lo repetí por señas. Fue obediente y se la quitó; se desnudó allí mismo en la fría oscuridad de la noche.

Estaba en shock, la llevé dentro, la lavé y la ayudé a ponerse ropa limpia. Cogí su ropa ensangrentada y la uní al cuerpo de él, como un sudario, amortajado con la sangre que él había vertido de ella.

En una carretilla trasladamos el cuerpo hasta mi huerto, detrás de su casa. La senté paciente, mientras yo hacía un hoyo muy profundo, y lo metimos dentro. Acabamos justo cuando empezaba a amanecer. La llevé a la casa y la metí en la cama. Le dije que no saliera en unos días, hasta que los moratones y magulladuras hubieran desaparecido. Yo le llevaría la comida mientras tanto.

Seguía en shock.

NOTA DE QUETA

Los autores autopublicados lo tenemos muy complicado a la hora de obtener la visualización necesaria, —ya sabes, que nos conozcan, que aparezcamos en las primeras páginas de búsqueda—, por lo que, si te ha gustado la novela, sería maravilloso que la recomendaras a tus familiares y amigos.

Conocer tu opinión me ayuda no sabes de cuántas maneras. Si puedes, pon una valoración en la página del libro en amazon: <https://biolink.website/quetabermejo>

Mil gracias.

Te espero en la siguiente novela de Cristina Peterson.

AGRADECIMIENTOS

A Kiko y Aritz, mis compañeros en la vida, por ayudarme a tejer con ilusión y paciencia cada página de esta novela.

A mis padres, los mejores del mundo. No importa la locura que se me ocurra, ellos siempre pensarán que puedo conseguir lo que me proponga.

A mi hermana, por sus palabras colmadas de ilusión tras leer el manuscrito.

A Egon, la primera persona que leyó este libro, por su calidez y franqueza.

A Augusto López, mi maestro.

A Patri, por su apoyo, por su escucha, por sus ideas, por acompañarme en el viaje, por hacerme sentir que era también el suyo.

CRÉDITOS

Título: La verdad del Cuervo

Primera edición en libro electrónico: Mayo de 2024

Autor: Queta Bermejo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal). Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.